FRAY MOCHO



"Ratos de ocio"

N.º 753

PAGINA INFANTIL — AVENTURAS DE PIPIRI

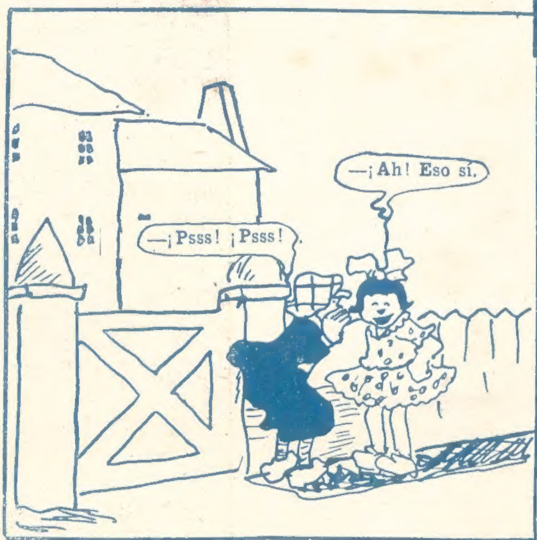


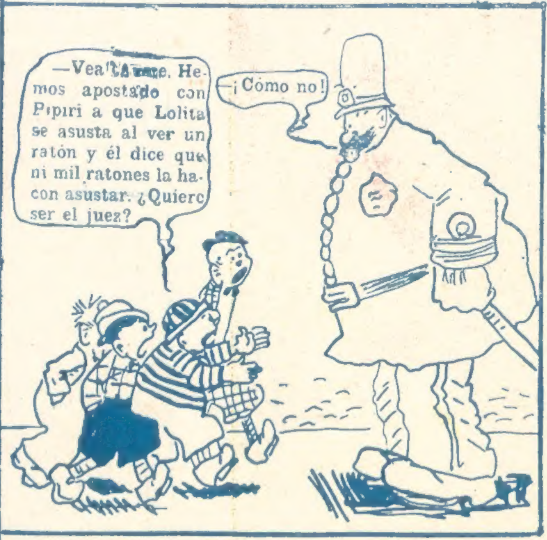




















FRAY MOCHO

Año XV — **Buenos Aires, 28 de septiembre de 1926** — **N.º 753**



EL CRIMEN DE VICENTE LÓPEZ, por Rojas



—Acabo de comprar este cianuro para matar hormigas.
—Y a mí ¿que me cuenta con eso?
—Es que, como el jardín lo tengo en Vicente López no quiero que me comprometan en la muerte del Dr. Ray

EL LECTOR PREOCUPADO CON EL SUCESO.—¡Mozo! ¡Tráigame una María Poey con papitas!



EL "CHORRO".—¡Todo es cuestión de categorías...!



Se vende un magnífico terreno en el pintoresco pueblo de Vicente Lopez. Al frente mismo de la casa del crimen. Es el lugar preferido por la gente de buen gusto y de refinamientos ultramodernos. Ideal para instalar un observatorio desde el cual podría verse perfectamente el dormitorio de la hermosa María Poey ya que antes no se pudo ver otra cosa.
Se garantiza que cobrando 20 centavos la entrada, el terreno se paga solo en una semana. Aprovechen la bolada!

—Si yo hubiese sido la autora del crimen, ¿qué hubiera dicho la gente?
—Que lo habías matado de un susto



EL GESTO

Por Marcelo Peyret

Gaspar Frías, con su magra figura y su espíritu apocado, era, de todo el corrillo que diariamente se reunía a la hora del "vermouth-tango", alrededor de una de las mesillas del "cabaret" X, el menos afortunado en amor.

Defendíase de las burlas de sus amigos demostrando un olímpico desprecio por las mujeres, y sonreía desdeñoso cada vez que uno de los del grupo relataba una aventura.

—Y, ¿de qué te enorgulleces? ¿Crees que vale tus afanes?

—Mira ,hijo — se le contestaba. — Para tener derecho a decir que no nos gusta el "champagne" es necesario haberlo tomado y sobre todo poderlo tomar. De lo contrario...

—De lo contrario, ¿qué?

—De lo contrario, es necesario recordar la fábula del zorro y las uvas, a las que despreció por estar altas, diciendo que estaban verdes.

—¡Bah! El día que yo quisiera...

Todos reían ante la baladronada y Gaspar Frías llenábalos de denuestos.

Por eso, cuando una tarde llegó al "cabaret", Lilí, una hermosa francesita de tan peregrina belleza como larga fama, todo el corrillo se puso a mirarla ávidamente, deseoso de que se fijase en ellos, sin parar mientes en Frías, que, profundamente emocionado, la devoraba con los ojos.

Uno a uno la invitaron a bailar, menos Frías, que no sabía hacerlo.

De Lilí se contaban cosas extrañas. Nacida en los suburbios de París, su niñez había transcurrido en una taberna de "apaches", de la que su madre era propietaria, saliendo de allí para debutar como bailarina en un "music-hall" de ínfima categoría. De tablado en tablado, su fama fué creciendo, y cuandos dos hombres se dieron puñaladas por ella, fué contratada en un teatro central. Su vida estaba matizada de varias tragedias. Amante de la fuerza, de las actitudes viriles, sus amantes, para serlo, debían demostrar el temple de sus hombrías. Era, por eso, una mujer peligrosa, y no sin cierto temor a futuros compromisos se presentaban los aspirantes a su ternura.

Varias anécdotas de su vida se conocieron bien pronto, comentándose en el corrillo en que actuaba Frías, y apagando el entusiasmo de los que al principio se propusieron conquistarla.

Entonces fué cuando Gaspar Frías anunció a sus amigos el propósito de hacerla suya.

Todos rieron. Era tan absurda la pretensión, que a no ver la expresión de seriedad del rostro de Frías todos hubieran creído en una broma.

Este, muy tranquilo, declaró:

—Me gusta..., y la conquistaré.

Sus amigos se prometieron un buen espectáculo con la tentativa inaudita del magro y apocado aspirante.

—¿Cómo te las arreglarás?

—Ya encontraré los medios.

—¿Cuándo comenzarás a enloquecerla?

—No faltará la ocasión.

—No la hagas sufrir mucho... ¡pobrecita!

—¡Idiotas!

Y como le vieran realmente fastidiado, no volvieron a dirigirle nuevas pullas.

Pasaron varios días, y Frías no daba principio a su tarea, concretándose tan solo a mirar a la bailarina, fijamente, cada vez que pasaba cerca de él. Pero ella ni pareció darse cuenta que en el mundo existía personaje tal.

Hasta que una tarde..., una tarde sucedió lo inconcebible.

En una mesa vecina al corrillo hallábase sentado un hombre corpulento, de formas atléticas y mirada feroz. Hablaba a gritos, enojándose con el mozo que lo servía, dirigía bromas soeces a las mujeres, y miraba a los hombres de manera tan provocativa, que todo el "cabaret" comenzó a sentirse molesto, previendo una gresca. Y nadie parecía en disposición de ánimo para enfrentarse con el coloso.

—Está borracho — decían para justificar la falta de coraje.

El parroquiano, envalentonado, iba haciéndose cada vez más impertinente. En una ocasión que Lilí pasaba por su lado, le aferró una muñeca diciéndole:

—Ven, tomarás una copa conmigo.

Ella quiso excusarse:

—No puedo; he comprometido este tango y tengo que bailarlo.

—Pues que se fastidie tu compañero. Tú te sientas aquí.

—Imposible, señor.

Entonces, el bruto la hizo sentar a la fuerza. Lilí lanzó un grito.

Todo el mundo se había puesto de pie, pero nadie se animaba a avanzar.

Se acercó el dueño del "cabaret", mas el parroquiano, tomando una botella por el gollete, amenazó con rompérsela en la cabeza si daba un paso más.

—Señor, no se altere usted.

—¡Retírese!

—Señor, por favor.

—Vamos, rápido.

El dueño se impacientó.

—Me veré obligado a llamar a la policía.

—Puede llamar al que se le dé la gana.

Y, dirigiéndose a Lilí, sin hacer más caso de su interlocutor, le ordenó brutalmente:

—Tú te sientas allí y basta.

Dirigió una mirada terrible a su alrededor, y al ver que nadie se animaba a contradecirlo, sentóse y prendió un cigarrillo.

Lilí miró también en torno suyo, esperando una ayuda que nadie se animó a ofrecerle.

—Cobardes—masculló entre dientes. Y ocultando el rostro con ambas manos, se puso a llorar.

Entonces sucedió lo inaudito, lo inconcebible. Gaspar Frías, muy pálido, pero muy decidido, avanzó hacia el coloso.

—Usted no tiene razón, señor, y...

El otro lo interrumpió brutalmente.

—Y, ¿a usted quién lo mete?

Gaspar Frías, de pálido se puso lívido.

Todas las miradas convergían sobre él.

—Si esa señora... — articuló — no quiere...

—¡Cállese la boca!

Gaspar Frías vaciló. Pero sólo fué un instante. Luego, reaccionando, gritó también él:

—No me da la gana de callarme la boca, y ahora mismo le ordeno...

El gigante había tomado una silla y se abalanzó sobre él. Pero se detuvo. En la mano de Frías brillaba un revólver.

—¡Quieto o lo mato!

Estaba magnífico Gaspar Frías, irguiéndose en su pequeñez, y mirando cara a cara al coloso, que pareció dominado.

—Venga usted conmigo, señora, y no tema nada de este compadre.

El otro quiso echársele encima nuevamente.

—¡Quieto, le he dicho!

—Está bien — masculló el coloso entre dientes, — ya nos volveremos a ver.

—Cuando usted quiera.

Y guardando el revólver en el bolsillo, ofreció su brazo a Lilí y dió la espalda al gigante, conduciendo a su compañera a una mesa apartada.

Restablecida la calma, notóse la ausencia del autor del tumulto.

Todas las miradas se dirigieron entonces a Frías, quien tranquilamente decíale a Lilí:

—No tema usted nada. Yo la conduciré a su casa. Estos matones son todos iguales. Mucho aspaviento y nada más.

Instantes después, salía acompañando a Lilí, ante el asombro de los componentes de su corrillo, estupefactos aún por la conducta del apocado, del magro de Frías.

Y así, a fuerza de hombría, éste conquistó a Lilí, enloquecida de admiración por su defensor.

Al día siguiente Gaspar Frías y el coloso conversaban amistosamente en una fonda suburbana.

—Me he ganado bien esos cien pesos, señor Frías. No se puede usted imaginar lo que me costó contenerme ante tanta gente... ¡Qué bochorno el que pasé!

—No importa, yo te recompensaré.

Y Gaspar Frías sacando de su billetera dos papeles de cien pesos, se los alargó al gigante diciéndole.

—Ya te previne que no te arrepentirías si todo salía conforme a mis instrucciones.

TUS DEDOS

Dios forjó de diez dedos los troqueles
en oro por las hadas trabajado,
y derramó en su cóncavo encantado
plumas de cisne y lirios de vergeles.

Traslúcidos, cual uvas moscateles,
los diez dedos surgieron del forjado,
preciosos cual marfiles de un teclado,
fragantes como carne de claveles.

Eran dedos de flauta que suspira,
dedos de luz para tocar la lira,
que en tus manos bellísimas encantan.

¿Son tus dedos cordajes que resuenan?...
Yo me figuro que tus manos suenan...
Yo a veces pienso que tus dedos cantan.

SALVADOR RUEDA.

Aspiración hacia un ideal

¡Oh, alma mía! ¿Cuándo sabrás ser buena, simple, perfectamente una, siempre lista a mostrarte desnuda; más fácil de verse que el cuerpo material que te envuelve? ¿Cuándo estarás satisfecha de tu condición presente, contenta con todos tus bienes actuales, persuadida de que tienes todo lo que debes tener, que todo persigue tu perfección, que todo te viene de arriba, que en el porvenir, que te espera, todo será igualmente bueno para ti, de lo que el cielo decida en sus decretos y de lo que allá se quiera ordenar para la conservación del ser perfecto, bueno, justo y bello para quien todo ha sido producido, que todo lo contiene, que circunscribe y comprende todas las cosas, las cuales no se disuelven sino para producir otras nuevas? ¿Cuándo serás tal, que puedas vivir en lo humano y en lo divino, sin formular injustas quejas a éste ni tener que pedir perdón al otro?

MARCO AURELIO.



SINTÉTICAS



COSAS DEL OFICIO

El ministro de finanzas del gabinete británico, Mr. Churchill, extravió, recientemente, una carpeta que, según afirmaciones de dicho secretario de Estado, contenía documentos de gran valor. La noticia del mencionado extravío, provocó no poco revuelo en las esferas oficiales y puso en campaña a toda la policía londinense.

Sin embargo, creemos que el suceso no debe causar extrañeza, por cuanto se trata, sencillamente, de un accidente vulgar. Tanto en Inglaterra como en la Argentina o como en el Indostán, la cosa más natural y corriente es que un ministro pierda los papeles.

EN SU PROPIO ELEMENTO

El gobierno de Rusia, acaba de nombrar a la señora Kollantay representante oficial de los soviets en la República de Méjico, en sustitución del señor Pestkovsky.

No hay duda de que los gobernantes bolcheviques, al hacer la designación de la diplomática de referencia, han demostrado ser perspicaces y ladinos. Saben perfectamente que el elemento femenino, actuando en el campo de la ficción y de la intriga, ha de hallarse como el pez en el agua, y, en consecuencia, la eficacia de la gestión de la mujer, en tales manejos, no puede ser superada, ni siquiera igualada, por la del sexo contrario.

NO HAY DICHA QUE DURE

La expedición científica que dirige el general Kopeniajen, ha descubierto, en el oriente de Siberia, una aldea que había quedado aislada del mundo desde hace más de doscientos cincuenta años. Según pudo comprobar la nombrada expedición, los habitantes de dicha aldea invocan aún al zar Alexei Michailovich, que gobernó antes de Pedro el Grande y han olvidado por completo el calendario.

Ignorar lo que pasa en el mundo y haber perdido la noción del tiempo, constituye la fórmula de la humana felicidad, y he aquí que, sin que nadie lo sospechara, existía sobre la tierra una población disfrutando la suprema ventura que proporciona la santa ignorancia de las cosas. Pero, como no hay dicha duradera, la malhadada expedición del general Kopeniajen se interpuso en el destino de la mencionada aldea y restituyó sus pobres habitantes a la dolorosa realidad de saber que hubo una gran guerra y que existe un gobierno bolchevique, el futurismo, la literatura modernista, el cubismo, las revistas bataclánicas, el charleston, etc., etc.

MUSICA

En la India se han producido sangrientos choques entre musulmanes e hindúes, sobre la clase de música que debía tocarse durante el recorrido de la procesión de "Janmastami", por las calles de Dacca (Calcuta).

Estas sectas intolerantes y obstinadas, ignoran la existencia de la Liga de las Naciones, pues, de no ser así, hubiesen resuelto satisfactoriamente el conflicto, sometiendo el punto a la decisión del Consejo de la Liga, el cual se hubiera expedido ordenando, probablemente, la ejecución del tango "Los tres panetes", en su deseo de aprovechar la primer oportunidad, para halagar nuestro amor propio.



Los zapatos plateados

Por Dorothy E. Norman Smith

Dorina miró otra vez silenciosamente la vidriera de la lujosa zapatería. ¡Qué encantadores eran aquellos zapatitos plateados! Cómo le gustaría poder comprarlos para lucirlos el día del baile!

Miró otra y otra vez con la codicia reflejada en sus bellos ojos. Si conseguía tenerlos, cómo iba a bailar...!

Una voz que sonó detrás de ella la volvió al mundo de la realidad.

—¡Señorita Carey! — exclamó alguien. — Apuesto a que adivino sus pensamientos...

—Oh! Usted, — respondió sobresaltada la joven. — Usted, señor Lonsdale.

—Lamento haberla asustado, señorita — continuó Rodolfo sonriendo amablemente y mirándola, mientras pensaba que su padre tenía empleada a la más linda dactilógrafa de todo Londres.

—Vamos a ver... ¿Puede decirme qué par es el que ha elegido?... ¿Aquéllos que parecen de plata?... Muy lindos! Espero que me concederá el honor de algunas piezas durante el baile... Estará usted encantadora con ellos. La prometo no pisarla...

Ella sonrió tristemente.

—Yo no voy a ir al baile, señor Lonsdale — dijo.

—¿Que no? ¿Y por qué razón?

Ella vaciló. ¿Cómo iba a decirle al hijo del patrón que la generosidad de su padre respecto a salarios no le permitía gastar en unos zapatos así? Además, no simpatizaba mucho con Rodolfo Lonsdale y con la familiaridad con que la trataba.

El modelo de lo que un hombre debía de ser, residía, para Dorina, en Juan Carslake, cuyo anillo de compromiso lucía en el dedo anular de la mano izquierda.

Y era por él por quien deseaba estar linda la noche de la fiesta. Por conseguirlo había ahorrado hasta poder comprarse la tela para el traje plateado que sus hábiles dedos habían confeccionado.

El adorno de hojas plateadas y azules para la cabeza, era un regalo de una amiga, hecho al cumplir los veinte años. Las medias de seda tenían una procedencia semejante.

Pero, aquellos zapatos plateados, que brillaban iluminados por las luces eléctricas de la atrayente vidriera... ¡marcaban un precio tan alto!...

Rodolfo Lonsdale, notó que aquellos grandes ojos azules se llenaban de lágrimas, que la joven se apresuró a ocultar, pero la razón de todo ello había sido ya adivinada por él.

—Oh! — exclamó. — ¡Ya comprendo. ¡Qué tontería! Yo me encargo de comprárselos... Vaya, Dorina, no puedo permitir que se destroce su corazoncito por una cosa así...

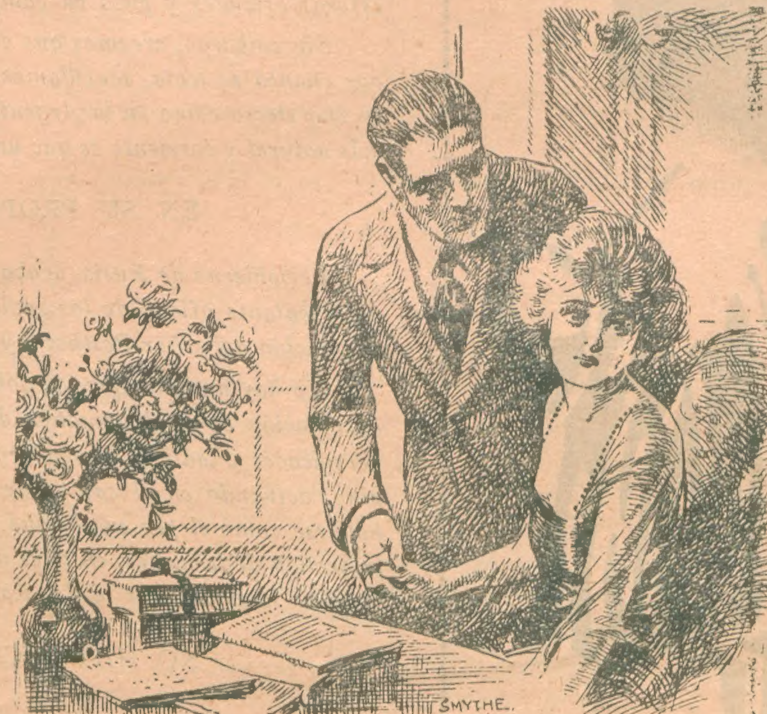
—Oh! No, no! No puedo consentirlo, señor Lonsdale... Además, no es esa la única razón. No puedo dejar solo a mi anciano padre por la noche; está muy enfermo y puede ocurrirle algo de repente... ¡Buenas noches!

Se alejó unos pasos y luego volvió para tender tímidamente la mano a Rodolfo.

—Muchas gracias por sus buenos deseos! — murmuró apresuradamente.

En la oscuridad, las mejillas de Rodolfo se colorearon. No había pensado, al intentar hacer el regalo, en otra cosa que en asegurarse la compañera para el baile, a pesar de la existencia de Carlaske... Si durante la noche había oportunidad para un beso o dos en cualquier descuido... bien. Siempre sería un aliciente... Pero Dorina no iba al baile.

femenino, y cuando Dorina, hacía un año, desoyendo las palabras del hijo del patrón se había comprometido con Juan Carlaske, un simple capataz, el corazón de Rodolfo había sufrido el primer choque de



...La carta estaba en la misma caja que los zapatos.

Rodolfo Lonsdale, no era un hombre malo; era sencillamente el hijo mimado de un trabajador que había logrado una envidiable posición. El dinero del padre, había hecho al hijo popular entre cierto elemento su vida.

Pronto se repuso, pero siempre abrigaba contra Carlaske una prevención y un cierto rencor, que constituían una pesada carga para el joven obrero.

LA MENTIRA

Un hombre quiere ser sabio; otro quiere ser santo. Nadie quiere ser lo que es. Verdad es que pocos saben lo que son.

Y así, todo hombre va por el mundo arrastrado: pocos caminan por su pie. Sólo poseyendo un caudal de personalidad se tienen energías para romper ligaduras, y hacer alto en la marcha, y pensar cuál es el mejor camino a seguir. La vanidad es el mayor generador de los desvíos: un hombre da un paso, los imbéciles aplauden, y aquel hombre continúa por la falsa senda. Ese muere en tal momento. Pasan los años y aquella desviación del eje de su propia persona es su mayor dolor: la mentira de su vida. Vivió de concesiones ajenas, cuando en el fondo de su ser tenía su propia semilla y la dejó malograr. Así, anduvo siempre por el aire y sintió los vértigos del crecimiento sin base y amarguras infinitas que no fueron sino la nostalgia de su propia morada.

La obra capital del hombre consiste en reintegrarse todos los días, en ligarse a sí mismo. Todos los días debe escucharse y verse; *adquirir, en fin, la evidencia de que el mundo no le ha cambiado. ¡Qué pocos hacen este inventario!*

V. GARCIA MARTI.

* * *

La fiesta que el viejo Lonsdale daba anualmente en obsequio de su personal, era el tema del día.

Una semana antes del acontecimiento, Dorina había tomado la resolución de cambiar de camino al ir a su empleo, para evitarse el pasar por frente a los martirizadores zapatos.

Manifestó a Juan su intención de no ir al baile, dando como razón para ello, la enfermedad de su padre. Pero a su compañera de oficina, le confió la verdadera causa.

La señorita Carter — así se llamaba, — era una joven bondadosa, pero que estaba en la imposibilidad de ayudarla, pues tenía una madre viuda a quien mantener.

—Si yo fuese usted, — la dijo.— Preferiría ir con unos zapatos viejos antes que privarme del gusto de bailar...

Noche a noche, Dorina sacaba su traje del envoltorio de papel de seda con que lo protegía del polvo, se lo ponía y pasaba horas enteras frente al espejo.

—¡Con unos zapatos viejos! ¡Nunca! Vestido plateado, adorno plateado en la cabeza... y zapatos viejos... ¡Imposible! No. ¡Llevaría los zapatos plateados o no iría!...

Naturalmente que ella no podía decirle eso a Juan, pues éste hubiese comprado los zapatos, aun a costa de todo género de sacrificios.

Ella insistía, no obstante, en que Juan asistiese a la fiesta, sosteniendo que el viejo Lonsdale podía molestarse si no iban. Además, él no tenía un padre enfermo para justificar la ausencia.

Además, estaban perfectamente convencidos de la hostilidad de Rodolfo. Una palabra suya bastaría para que fuesen despedidos y los dos sabían lo difícil que es encontrar una buena colocación. Juan estaba, pues, decidido a procurar por todos los medios, de que el porvenir no se viese amenazado.

El día del baile, Dorina llegó a la oficina resuelta al sacrificio. No era cosa fácil resistir a la tentación de oír a las compañeras hablar de sus trajes y proyectos, y responder a todas las preguntas, que no asistiría por estar enfermo su padre.

Era una doble y penosa tarea tratar de tener tranquilo a Juan. No lo había visto el día anterior y por la tarde estuvo esperando inútilmente su llamado a la puerta de su casa. Recordó que el joven la había prometido el día anterior tratar de aclarar por completo la situación, para no temer nada en lo futuro.

Cuando se instaló para trabajar, al abrir uno de los cajones del escritorio notó algo extraño. Era una caja envuelta en un papel.

La abrió apresuradamente y vió, no sin que al mismo tiempo latiese con violencia su corazón..., los codiciados zapatos.

Por un momento los tuvo en la mano, contemplándolos con placer. Luego el rojo de sus mejillas fué desapareciendo y su rostro se tornó pálido.

¡Qué incauta había sido! ¡Cómo imaginar que Rodolfo Lonsdale era un hombre en quien se pudiera tener confianza! Había creído que el pasado estaba ya olvidado, y que su compromiso con Juan no le preocupaba.

Hizo un mohín de disgusto, y dominando sus ideas, cumplió como de costumbre con sus deberes.

A las cinco de la tarde se levantó y envolvió cuidadosamente los zapatos.

Sus proyectos tuvieron éxito, pues junto a la escalera se encontró de manos a boca con Rodolfo, quien sonreía satisfecho.

Poniendo la caja en manos del joven, le hizo un digno saludo y se alejó sin volver la cabeza.

—¡Diablo! — fué todo lo que dijo Rodolfo.

* * *

—Es demasiada bondad, hija mía — decía el viejo Carey. — Yo siempre pensé que irías a la fiesta. Yo me siento bastante bien, y son tan pocas las ocasiones que tienes de divertirte.

—No importa, papa — respondió Dorina. — Encenderemos un buen fuego y nos quedaremos charlando.

Habían comenzado una partida de naipes, cuando oyeron el ruido de un automóvil al detenerse frente a la casa y en seguida llamaron a la puerta... ¡Era la llamada habitual de Juan!

Llegaba contento, excitado, sonriente. Pero al ver el cuadro se quedó con la boca abierta.

—¡Dorina! Pero, ¿es que no vas a ir a la fiesta?

—Ya sabías que no pensaba ir, Juan. Creí que vendrías ayer o escribirías, a fin de quedar de acuerdo...

—Pero, querida. Te mandé una carta. Estaba en la misma caja que los zapatos.

—¿De los zapatos?

Los dos se quedaron mirándose fijamente y sin hablar.

Entonces el viejo Carey, dando prueba de un gran tacto desapareció de la habitación.

—Oh! Juan! ¡Qué cosa más horrible!... Yo... Yo... Se los entregué a Rodolfo Lonsdale... Creí que era él el que me los había puesto allí... ¿Qué podríamos hacer? Ahora se habrá enojado más...

Juan tomó entre sus brazos a Dorina.

—Dime, querida. ¿No encontraste los zapatos? Yo mismo los puse en un cajón de tu escritorio.

—Mi adorado y leal encanto — exclamó Juan, sonriente. — Oyeme, Dorina. Yo no pude venir a verte anoche porque estuve muy ocupado. Tenía que llevar ciertos documentos a casa del viejo Lonsdale y me entretuvo hablándome de negocios, haciéndome toda clase de preguntas, haciéndome una especie de examen... Al final, ¿qué piensas que me dijo?... Que desde el mes que viene me asciende a encargado de uno de los principales departamentos... Dorina, ¿comprendes lo que eso significa para nosotros?

La joven se estrechó contra su pecho.

El viejo Carey, entre tanto, calculaba lo que estaría gastando el automóvil que esperaba a la puerta.

Los dos jóvenes volvieron al fin a la realidad.

—Vístete en seguida, Dorina. Tenemos que divertirnos mucho esta noche.

—Pero, Juan. Yo no puedo ir a pedir los zapatos a Rodolfo Lonsdale.

—Sí. Se le pueden pedir — respondió Juan con firmeza. — Estábamos equivocados respecto a Rodolfo. Toda la aspereza que nos demostraba era cuestión de fórmula. Yo estaba bajo observación. Trataban de conocerme a fondo. Ahora sé el por qué. El mismo Rodolfo ha sido el que me recomendó a su padre para mi nuevo cargo... ¿Qué opinas de todo esto?

Y fué el mismo Rodolfo Lonsdale el que devolvió a Dorina los zapatos, diez minutos después, riéndose de todos los incidentes, y estrechando noblemente la mano de Juan.

Humorismo yanqui

Un norteamericano llamado Wilder, refiere lo siguiente:

Cierto día, viendo a un hombre ahogarse, le pregunté así:

—¿Cómo se llama usted? ¿Cuál es su profesión? ¿Dónde trabaja?

Aquel desesperado, creyendo que yo trataba de salvarle, me dió las señas que le pedí, y luego se hundió en el agua.

Pero yo, lejos de darle ayuda, corrí a casa de su patrón y le dije:

—Caballero, solicito la plaza de un empleado de usted que acaba de ahogarse.

—Imposible, amigo mío.

—¿Por qué?

—Porque otro más diligente ha sustituído ya a ese pobre hombre.

—¿Más diligente? ¿Quién es?

—El que le echó al río...

LA PRIMERA CITA

Por Belisario Roldán

—Adiós, ricura.

—¡Viejo verde!

Y la griseta adorable apresuró su pasito menudo por la Avenida de Mayo; pero el señor don Demetrio Arroqui, autor de la galantería frustrada, no era hombre de dejarse amilanar fácilmente. La acogida poco amable de que acababa de ser objeto no constituía para él, por otra parte, una sorpresa: todos los días, desde un mes atrás, aguardaba a su cortejada; y todos los días, desde un mes atrás, la embestida de don Demetrio Arroqui inspiraba una respuesta similar, que a veces era distinta en la forma, pero siempre idéntica en el fondo y en el gesto. Y el señor don Demetrio Arroqui continuaba su persecución, cada vez con más vehemencia, como si el obstáculo equivaliera para él al más eficaz de los incentivos... La seguía por la Avenida de Mayo, doblaba detrás de su Dulcínea en Lima; y en el momento en que ella, sin volver la cabeza, subía al tranvía número 84, don Demetrio Arroqui daba por terminada su labor de aquel día: era preciso tomar ahora el rumbo de su casa y no llegar tarde a la comida. Porque eso sí: don Demetrio Arroqui, que era casado y padre de cuatro hijos, no llegaba jamás retrasado a la merienda de su casa. "Visto y considerando — pensó una vez — que mi táctica no da resultados, voy a emplear otra". Y todas las mañanas la griseta adorable recibió desde entonces, en la tienda en que trabajaba, un ramo de flores. Después el señor don Demetrio Arroqui inició un tiroteo cuotidiano de bombones; y cierta vez la griseta recibió dentro de un sobre perfumado, un flamante billete de cien pesos. Ese mismo día, precisamente, el piropo callejero de don Demetrio Arroqui no mereció la respuesta habitual: ella se limitó a bajar la cabeza y sonreír... Y como no hay fortaleza que resista eternamente, llegó para la griseta la hora de empezar a rendirse; pero impuso condiciones: hablarían, simplemente. Don Demetrio Arroqui la esperaría en un coche en la esquina de la Avenida de Mayo y Piedras... y darían un paseo de media hora de anticipación; ella, por su parte, entró en el automóvil con cinco minutos de retardo.

—A Olivos, por el bajo — ordenó don Demetrio.

Y el coche echó a andar. A las primeras de cambio percatóse el galán de que no era posible precipitar los acontecimientos: la griseta — por ahora al menos — no quería sino hablar. Y don Demetrio Arroqui resolvió aceptar la situación y limitarse a eso: a hablar. Y fué así que por preguntarle algo, le preguntó si tenía padres.

—Madre, sí — dijo ella, — pero padre no... No lo he conocido.

El automóvil rodaba junto al Plata, sobre cuyas aguas empezaba a rielar la luna. Y la griseta prosiguió:

—Sedujo a mi "mama" y la abandonó después. Ella me dice siempre que era un sinvergüenza... Se llamaba Demetrio Arroqui.

POEMAS BREVES

MOMENTO

Mientras el aire en el jardín se aroma,
Tener,
En vez de corazón, una paloma
Para cada mujer...

Y pasar casi siempre inadvertido
Ante los ojos del más puro amor,
Con la congoja del que encuentra un nido
Deshecho ya sobre una rama en flor...

Y al final, comprender
Que indiferente a todo hay que vivir...
Y sin embargo, Alma, aún no saber
Si llorar o reir!

EL RUEGO

Antes de mi partida sin retorno,
Sólo quiero, Señor,
Plantar rosales, engendrar un hijo
Y decir mi canción...

Haz que pueda cumplir el precepto árabe,
Señor, en mi humildad,
A cambio de la gloria que no llega
Y de la juventud que se me va...

SANTOS AGUILERA.



De trovador a monje

Por Emilio Gebhart



ELLA.—¡Miren el mocoso, que aun no tendrá el grado!
EL.—¿Que no tengo el grado? ¡Pues estoy a punto de hervir!

La pequeña Viola no podía resignarse a amar de amor a su marido el barón Thierri, señor de Bouxiéres. Desgracia que parece haber sido frecuente en el siglo XIII. Viola era muy monona, viva como una golondrina, risueña y soñadora; la llamaban Viola a causa de sus ojos de color de amatista clara. El, el barón, un gigante, siempre metido en su armadura, acorazado, encasquetado, amaba ingenuamente a Viola. Pero amaba también los sablazos, las aventuras armadas a orillas del Mosela, ora contra el obispo de Toul, ora contra el obispo de Metz, tío y tutor de su mujer. Si batallaba en las tierras de los obispos, era, según decía, para adiestrarse en las cruzadas, en las que su abuelo, sus padres y sus hermanos, habían dejado los huesos.

Lo que desunía más a los esposos era la literatura. Thierri estaba, en conocimientos, a la altura de una carpa. Viola había leído todos los romances de la Tabla Redonda. Soñaba con Tristán y con Loncelot. Esas historias de amor, desastrosas para los maridos feudales, perturbaban deliciosamente su alma de castellana aburrida. Su júbilo más grande, después del día de su primera comunión, había sido la llegada al castillo de un trovador de cabellos largos y amarillos, y de cintura de avispa, llamado Claudius, músico rizado, perfumado, de edad incierta, con una vihuela que le golpeaba la cadera puntiaguda. Pero, para ella, bajo el cielo de Lorena, tan frecuentemente enlutado, en medio de la bruma fría de las grandes selvas, Claudius era el rayo de sol provenzal, el maestro de gaya ciencia, el poeta. Viola lloraba con toda el alma cuando el trovador le contaba los dolores de la reina Ginebra, y ¡qué lindamente se reía cuando le mostraba al rey Marco, escondido en el árbol, espiando al amante de su mujer!

No vayáis a creer que Viola amaba a ese Claudius. Tenía muchísimo miedo a su tío, obispo muy austero. No; pero él le relataba la leyenda de los amores perversos, y, en la vaga expectativa en que ella languidecía entonces, la expectativa del gallardo caballero de ojos aterciopelados, de labios purpurinos, mientras el barón cazaba ciervos y jabalíes en los profundos bosques del Toul, Viola se transportaba, a los sones de la vihuela, hacia las selvas mágicas de Bretaña, de hierbas y musgos tan embalsamados y tan resbaladizos.

Una velada de invierno, los dos esposos jugaban al ajedrez en la alta sala del castillo. El viento rugía afuera, la lluvia azotaba las vidrieras, las veletas, rechinando, lanzaban una especie de grito lejano de ave de tormenta; los grandes lebreles dormían echados delante de la chimenea llameante. Viola iba a ganar la partida. Ella ganaba siempre, porque, como gran dama, hacía trampas, y Thierri no se quejaba nunca. En el momento que Viola levantaba su caballo, el barón dijo negligentemente:

—Querida, el domingo próximo, antes de las vísperas, parto en cruzada.

—¡Ah!—exclamó ella; — ¡el domingo!... No faltan más que tres días.

Y, dando un salto extraordinario, el caballo cayó en las líneas del barón.

—Parto — continuó Thierri; — o mejor dicho, partimos. Pues me llevo a todos mis hombres de armas, a mis pajes, a mi capellán y a vuestro rubio trovador.

Viola no tuvo fuerzas ni para decir: "¡Ah!" Y, con el pecho palpitante, se desvaneció dulcemente, inclinada sobre el brazo izquierdo de su sitial de encina, según los ritos de la Tabla Redonda.

El señor de Bouxiéres asestó sobre el tablero tan furibunda puñada, que los lebreles, creyendo que un jabalí hubiera invadido la alta sala, saltaron aullando en dirección a la puerta. Medio trémula, medio sonriente, Viola despertó de su desmayo.

—No es en mi honor, por cierto, esa pasmarota, señora — clamó el barón.

—Quizá es en honor del capellán, que está bastante cascado y gotoso, amigo mío.

—No, señora, no. ¡Por los cuernos de Satanás!

—No juréis así, marido mío. Son palabras funestas.

—Voy a acabar, señora, con ese viejo rascador de vihuela.

—¡Oh, Thierri! No es viejo. Tiene tal vez dos o tres años más que yo: apenas veinte años.

—Y yo os digo que es mayor que yo, que está más de cerca de los cuarenta años que de los veinte. Se arranca las canas, se pone albayalde, pomadas y pastas rosadas en las arrugas de las mejillas.

—Vos las habréis visto de más cerca que yo, amigo mío.

—Es un doncel hecho pasa, que se ajusta el talle como una muchacha. No es ni siquiera un paje. No es un hombre.

—¿Entonces, Thierri, por qué os incomodáis? — dijo ella ingenuamente.

El barón se mordió los labios. Después de un largo silencio, prosiguió en tono muy dulce:

—Querida, es un viaje serio este, a la Palestina. Y la vuelta es larga, cuando se vuelve. Necesito un guardarropa bien provisto. Cuatro camisas, por lo menos, ¿no es cierto?

—Tendréis cinco, amigo mío, casi nuevas, que yo hilé para vos y os regalé en las últimas fiestas de Navidad.

Nuevo silencio prolongado. El fuego chisporroteaba. El viento gemía. Las veletas chirriaban. La lluvia se escurría sobre las vidrieras.

—Buenas noches, Viola.

—Buenas noches, Thierri.

Y los dos esposos subieron, cada uno a su torrecilla.

El domingo siguiente, en medio de un huracán de nieve, la caballeresca cabalgata bajó por el sendero del castillo y tomó, a lo largo del Mosela, el camino de Toul, donde el duque de Lorena esperaba a sus vasallos. Viola observó que su buen gigante hacía una gran figura sobre el corcel de guerra. Se sonrió al ver al capellán, sentado, a mujeriegas, a través de una vieja mula coja. Pero sintió una verdadera pena al mirar a Claudius. El trovador, cuyo cantito de cote, garboso, agitaba el cierzo helado, y dando diente con diente, montaba a caballo como un par de pinzas. La banda marchaba pesadamente, con un ruido triste de armaduras, por la nieve, a la orilla de los tallares negros; perdidos en las brumas de las alturas, los patos silvestres repetían llamadas melancólicas; a algunos pasos de Claudius, que era el último, tres lobos seguían a la cruzada, con la cola baja, cojeando, sin malas intenciones.

Las primeras noticias tardaron en llegar al castillo de Bouxiéres. Luego, de tiempo en tiempo, por las galeras que traían a Francia a los mutilados, a los calenturientos o a los muertos ilustres, se recibían billetes muy breves de Thierri, siempre los mismos: rompíanse la cabeza los cristianos con los paganos; tomábanse o perdíanse sin cesar las mismas villas de la Palestina; después hizo su aparición el hambre; y, detrás del hambre, la peste y el mortal desaliento de los caballeros. La cruzada estaba completa. En fin, al cabo de cerca de dos años, en la mañana del día de Difuntos, un paje del duque entregó a Viola esta carta trágica:

"Querida, soy prisionero del Sultán. Y todos los de Bouxiéres son prisioneros también, hasta nuestro capellán y ese pobre diablo de Claudius. Los paganos levantaron de noche nuestras tiendas, con todos los que dormíamos en ellas. No es un mal hombre este Saladino, pero es bastante avaro. Exige por nuestro rescate mil florines de oro de Toscana. Yo quise venderle por este precio al trovador. Pero él no lo toma sino por veinticinco zequíes de plata de Venecia. Por lo demás, este músico es el que mejor está de todos nosotros. Toca la vihuela en el harén del sultán, y esas damas lo encharcan de bebidas que embriagan y le llenan de rosas los bucles amarillos de su cabellera. Tratad de reunir, querida Viola, esa suma, y enviádmela por algún honrado caballero que llegara a intentar este infortunado pasaje. Os ama, *Thierri*".

Viola lanzó un gran grito de angustia y se deshizo en llanto; pero, considerando que llorar era tiempo perdido, puso todo el castillo cabeza abajo, hizo ensillar su mula y montar a caballo a Alain, el venerable intendente. A mediodía, bajo una lluvia de hojas secas, Viola partía para Metz; a media noche, llamaba a la puerta de su tío el obispo. El buen hombre se levantó azorado; pero, cuando su sobrina le pidió los mil florines en oro, tuvo un ataque de cólera infantil. El

también estaba armándose en cruzada. Había hecho voto de equipar cien hombres de armas para la Palestina, y no tenía más que siete. Decía que estaba arruinado; que su iglesia también estaba arruinada. Aquello era el fin del mundo. No; no soltaría ni un solo escudo por el rescate de Thierri.

—Entonces — dijo Viola, — iré a Roma. El Papa tendrá piedad de mí y de los caballeros de Jesucristo. Y yo le abandonaré, en cambio de su oro, ese capelo de cardenal que tanto codiciáis, mi tío.

El santo obispo se ablandó. Al día siguiente, empeñaba en mano de los judíos de Metz la cabeza de San Clemente, apóstol del país mesino. Los judíos entregaron los florines; y el mismo día, Viola, acompañada por el viejo Alain, se puso en camino hacia Aguas Muertas, a fin de tomar el primer convoy fúnebre en viaje para la Tierra Santa.

A la vista de las costas de Rodas, Viola experimentó una sorpresa. Solemne, empavesada con los estandartes de todos los príncipes de la cristiandad, la flota de los cruzados marchaba en el azul del cielo y de la mar, bañada en luz de oro, con la proa vuelta hacia Europa. El león de Inglaterra y el lirio de Francia, el águila bicéfala del Imperio y todos los leones de la Italia, de Venecia, de Florencia, y de Pisa, y las llaves papales, desfilaron por delante del bajel de Viola. La última galera, bajo el pabellón de Lorena, de merletas de plata, parecía mandada por un gigante con armadura de acero. Viola reconoció a Thierri. Y Thierri reconoció la banda que agitaba Viola. Minutos más tarde, el barón volvía a su navío, subiendo por la escala con su mujer en los brazos, como si llevara una criatura.

La cruzada había terminado, gloriosa y estéril. El sultán había entregado sus prisioneros sin rescate. Dejaba a los cristianos sus iglesias y sus hospitales de peregrinos, sus hornos, sus molinos y sus cisternas. Pero retenía el sepulcro de Jesús.

Viola no pidió noticias de Claudius. Había resuelto ponerle mala cara durante largos meses. Porque, pensaba, él había profanado los misterios de Artus en compañía de mujeres impuras. Claudius debía expiar su pecado. Thierri fué el primero que habló del trovador.

—Querida, vuestro músico es un triste viajero del mar. A nuestra salida de Jaffa, se ha metido en cama, mortalmente enfermo. Ya no volveremos a verlo hasta el día del desembarco. Pero su vihuela está bien.

Al día siguiente, una ventolera del Archipiélago desgranó tan bien la flota cristiana, que la galera de los loreneses se encontró sola.

—¡A la gracia de Dios! — dijo el barón, que no sabía nada de marina. — Vamos siempre adonde el viento nos empuje, del lado de mi castillo de Bouxiéres y de las orillas del Mosela.

Una noche estuvieron a punto de tocar demasiado cerca el terrible promontorio de Matapán. Apenas hubo tiempo de recoger las velas. Era preciso esperar el día al pie del muro colosal, en medio de las sombras inquietantes. De pronto, mucho más arriba de los mástiles de la galera, en una excavación del peñasco, brilló una linterna, luego se balanceó e hizo extraños movimientos, en tanto que una campana sonaba desatentadamente.

—Es seguramente un demonio — declaró el capellán. — Los paganos del tiempo de Júpiter colocaban aquí una de las bocas del Infierno; y allá abajo, detrás de nosotros, esa cúpula azulada que vimos al caer de la tarde, es la isla de Venus, completamente llena de incubos. Voy a pasarme toda esta noche orando en el castillo de popa.

Oró e hizo bien. La campana tañía cada vez con más ganas, la linterna parecía saltar con ímpetus fantásticos. Al despuntar el día, un estremecimiento singular se deslizó sobre las tranquilas ondas: el suave murmullo de una multitud de remos se aproximaba a la galera, formando un círculo más y más estrecho: y pronto aparecieron largas chalupas cargadas de hombres armados, que se precipitaban como flechas hacia el navío de los cruzados. El capellán lanzó gritos de águila mezclados con exorcismos. Por medio de cuerdas provistas de arpeos, los piratas subían ya al asalto. Thierri, metido siempre en su enorme armadura, fué el primero que salió al puente y rompió la cabeza a siete u ocho bandidos. Los escuderos, los marineros, los pajes, a medio vestir, apenas armados, se apiñaron alrededor de él, esforzándose por arrojar al agua a los malandrines. Pero el número de éstos crecía sin cesar. Hacían servir de escala a la jarcia más insignificante, se izaban hasta arriba de los mástiles y se dejaban caer a plomo, desde allí, sobre los hombros de las gentes de Lorena. El zafarrancho empezó feroz: puñaladas y mazadas, blasfemias y estertores de agonía. La banda infernal seguía en aumento, y los recién llegados se precipitaban en racimos, por las empinadas escaleras, a los entrepuentes, registrando, destrozando, saqueando. Todos ellos parecían obedecer a las voces y ademanes de un mocetón, de rostro color de hollín, con la cabeza cubierta por el turbante verde de los creyentes que han visto la Meca. De pie en la proa, éste dirigía a un tiempo la matanza y el saqueo.

De pronto, divisó, en el otro extremo de la galera, a Viola, completamente blanca en sus ropas de noche, y con sus blondos cabellos sueltos. Se había plantado a la puerta de la cámara de popa, con una hachita de acero en la mano, muy resuelta a morir en defensa del cofrecillo donde descansaban los florines de su tío. El pirata abrió los brazos como para aferrar a su presa, y se lanzó atropelladamente, con una risa salvaje, hacia la hermosa joven. Esta lo esperaba con la cabeza erguida; y, cuando vió que el infiel estaba bastante cerca, de un hachazo le rebanó elegantemente la punta de la nariz, que era en extremo larga.

El lascivo corsario, salpicado de sangre, loco de dolor, trituraba entre sus manos los brazos desnudos de Viola...

—¡Valor, hija mía! — tronó la voz de Thierri desde lo alto del castillo de atrás.

Y el otro recibió en la espalda un golpe equivalente al desplome de una torre. Con la mano izquierda, el barón lo estranguló; y, con la derecha, blandiendo el cuerpo del miserable a la manera de una honda, lo arrojó al mar.

—¡Valor, hija mía! — repitió, con una ternura casi maternal.

Viola se abandonó, apoyando la cabeza en la cabeza del caballero, y Thierri, a través del rudo acero, sintió latir el corazón de la pequeña heroína.

Una vez muerto el capitán, el combate terminó bruscamente. Los piratas saltaron como pudieron a sus chalupas, adonde el buen capellán les envió unas cuantas antorchas de resina inflamadas.

Allá arriba, sobre el negro peñasco, la campana no sonaba ya, y el infame ermitaño había desaparecido. Se levantó a los heridos. Se dió a los muertos la sepultura eterna, inviolable, del mar.

—¿Y Claudius? — preguntó Thierri. — ¿Qué se ha hecho de nuestro trovador?

Se le buscó por todos los rincones de la galera, debajo de las camas de los enfermos, dentro del horno de la cocina y hasta en el fondo de la cala; inútilmente.

Pero, ¡oh prodigio!... en el momento que el barón daba orden de desplegar las velas, se vió que la verga más alta del palo mayor se agitaba, y que surgían de allí, bañadas por la luz jubilosa del sol levante, primero la cabellera desenrizada, la frente lívida y la cara descolorida del poeta, y luego, su vihuela rota, aplastada, con las cuerdas colgantes. Una inmensa carcajada saludó la resurrección de Claudius.

En medio del terror de la batalla, el músico había podido treparse, más ágil que un dió como en una hamaca. Pero, después de una angustia semejante, no tenía ya fuerzas para bajar de allí solo. Los grumetes le pasaron una cuerda por debajo de los sobacos y lo deslizaron hasta el puente, sobre el que cayó con las cuatro patas para arriba.

Un dogma inédito

—No sé si es cuento o no es
|cuento.
pues duda el que lo contó
si esto pasó o no pasó
en el Concilio de Trento.

Un hombre de gran doctrina
fué a un concilio a sostener
"que es, por madre, la mujer
una creación divina".

Y que en honor al Eterno
que creó tan nobles seres
se exceptúa a las mujeres
de las penas del infierno.

Fué el dogma planteado así,
y al ponerse a votación,
los sabios sin excepción,
fueron diciendo: "Sí, sí".

—Muy bien, dijo el presidente:
queda este dogma aceptado,
mas se dejará archivado
y oculto perpetuamente...

¿Qué paz, orden ni gobierno
podría en el mundo haber,
si supiese la mujer
que para ella no hay infierno?

RAMON DE CAMPOAMOR.

La paja brava

Los árboles que vivían cerca del bañado se burlaban de la paja brava:

—Está flaca, triste y amarilla...

—También, la pobre tiene siempre los pies en la humedad.

—Y lo peor es que no sirve para nada...

—Y es mala como ella sola: cuando la tocan, corta y arden sus tajos traicioneros.

—¡Cueva de apereás!

La paja brava no decía nada.

Pasó el buen tiempo. Vino el viento al galope y se llevó por delante a los árboles, les rompió ramas, les arrancó las hojas y a la paja brava áspera sólo la peinaba, como en una caricia.

Quizá por ello la despreciaron más.

Se jactaban:

—Nosotros sí que somos útiles: hacemos los yugos, los potreros, los harcones de los ranchos, las cunas, las camas.

Cuando el hombre vino a cortar troncos para construir su casa, también se llevó grandes haces de paja.

Sintiendo la lluvia, los árboles, privados de raíz, temían por sus vidas y la paja brava que los cubría, como al rancho del hombre y a éste mismo, sentenciaba:

—No hay que juzgar por las apariencias. He aquí como hasta yo soy útil y quizá por haber vivido en el agua, ésta no me ofende y yo puedo preservaros de ella.

MONTIEL BALLESTEROS.



Entonces se alzó la voz de Viola, soberbia, de orgullo y de desprecio:

—Lleváos a ese hombre, y que nunca más vuelva a presentarse ante mis ojos. ¡Es un cobarde!

Y, tomando la mano al caballero, se la besó amorosamente y le dijo:

—¡Oh, Thierri! ¡Thierri!, ¡perdóname!

El gigante no quería otra cosa. Y, durante todo el largo viaje, que fué para él el viaje de bodas, no hizo más que perdonar.

Pero, para el cantor de Isolda, este regreso fué bastante amargo. Lo relegaron debajo de la proa, allá donde el mareo es más penoso. Los criados y los pajes lo obligaban a cantar, entre arcada y arcada, los torneos, los encantamientos y los amores de la Tabla Redonda. Cuando la galera echó el ancla frente a Reggio, para proveerse de vituallas, el infeliz obtuvo la gracia de poder marcharse. Arrojó valientemente al mar las ruinas de su vihuela, tomó un bastón blanco y se dirigió, con una gravedad monacal, hacia las altas mesetas de la Calabria. Llamó a la puerta de un convento de cistercienses y rogó al abad que le rapara la cabeza y lo recibiera entre sus hermanos. Edificó por sus virtudes y por su ciencia a la comunidad, que algunos años más tarde, le discernió la cruz y el anillo. El abad Claudius se hizo entonces cronista y redactó la historia de los acontecimientos de que había sido testigo. El manuscrito permanece inédito todavía, lo que no es de ninguna manera una lástima, a lo que puede juzgarse por su párrafo final, que es éste:

"Volvimos de la Tierra Santa a través de mil peligros. La galera lorenesa, cuyo mando me había confiado el duque, mi señor, fué asaltada por una tempestad que nos separó de la flota cristiana impeliéndonos contra una montaña mágica, que por la noche se estremecía toda con los tañidos de las campanas y se cubría de las llamas rojas que se escapan de los ventiladores del Infierno. A la hora de las más densas tinieblas, un navío enorme, completamente negro, sin mástiles, ni velas, ni gobernalle, se precipitaba directamente sobre nosotros. En el banco del capitán había un personaje como de veinte codos de alto, con ojos de ascua, dientes de jabalí y alas de murciélago. Reconocí al demonio Leviatán. Sobre el puente del navío bailaban millares de diablos, cuyos ojos eran también de fuego. Se aprontaban para saltar sobre la nave de los cristianos. Comprendí que las armas espirituales era lo único que podía salvarnos. y, subiendo a la más alta de mis vergas, dirigí contra el teniente de Satanás una multitud de señales de la cruz. ¡Gloria a Dios eternamente! La galera diabólica retrocedió y se abismó en el mar. Las campanas enmudecieron, las lenguas de fuego se extinguieron, y, como se levantara un viento favorable, proseguimos, con cánticos de bendición, el regreso a Europa.

"Pero entonces comprendí que mi vocación eran las cosas del cielo. Dije adiós al siglo y a sus mentiras, y entré en el santo monasterio, donde espero en paz, que Dios me llame a las eternas bienaventuranzas. *¡Amén! ¡Amén!*"

TRÍPTICO

I

FE

Carne jugosa de juventud
fresca manzana de mi alegría
carne - armonía
carne - virtud:
¿te pudrirás en un ataúd?
¿Serás mañana ceniza fría?
¡Qué importa! Queda tu juventud
en mi poesía.

II

DUDA

¿Eres flor o fruta?
¿eres fruta o flor?
Es fruta tu cuerpo,
tu espíritu es flor.
Pudrirá la fruta
quedará la flor.
La fruta en la fosa
mas ¿dónde la flor?
—Acaso en un libro
o en un corazón.

III

NEGACION

¿Cómo pondré en mis versos
tu juventud, tu gracia
el jugo de tu carne
de edénica manzana,
la luz de tu belleza,
la esencia de tu alma?
¡Ah, si inmortalizarte
pudiera con la savia
de mi verbo que asciende
con ímpetu en mi alma
y se convierte en flores
de retórica vana
que morirá conmigo!
Oh, inútiles palabras
que anhelan decir todo
y nunca dicen nada
aunque sugieren lo que
no dicen. ¡Oh palabras
inútiles, inútiles
como la vida vana.
Sólo pondré en mis versos
de mis ensueños y ansias
lo que se irá conmigo
nada más... nada más.
Nada!

MAYORINO FERRARIA.

LA CANDIDATURA

Por Pierre Thibaut

Al sonar las doce en la noche del día 5 de abril de 1950, los habitantes de París supieron la gran noticia.

En una sesión, tan memorable como larga, que marcaba el término de la legislatura, el Parlamento acababa de acordar la concesión a las mujeres del derecho del voto.

La nueva ley empezaría a regir desde las próximas elecciones, fijadas para el día 24 del mismo mes

Publicada en uno de los diarios, que lanzaron a la calle ediciones extraordinarias, esta información verdaderamente sensacional, el tenor Adonis Béguin se colocó delante de la luna de un escaparate y contempló su figura. Ya la conocía él, y la juzgaba agradabilísima; pero esa noche le pareció admirable.

—¡Dentro de tres semanas seré diputado!...

Y una voz lejana le decía con dulcísimo acento, como un canto de su corazón:

—¡Me veo!... ¡Estoy en un escaño!...

Al día siguiente, grandes tiras de papel gris perla, verde amante y azul tierno, anunciaban al pueblo la candidatura para las próximas elecciones generales de Adonis Béguin, tenor.

A la gente le hizo mucha gracia aquéllo. Una nube de "affiches" hacían estos comentarios:

—¿Cuál es su programa? El tenor se diverte. ¿De dónde sale ese ruiseñor?

El tenor Adonis Béguin se limitaba a responder lacónicamente:

—El que ría el último reirá dos veces. ¿Mi programa?... ¡Por la mujer! ¡Por el amor! ¡Por el arte! Siempre nuevo.

Nueva hilaridad de sus adversarios y nueva cruzada de papel multicolor. Querían apelar al buen sentido de los electores; estaban persuadidos de que aquel *histrión* no podía triunfar, que no tenía representación ni autoridad política. Por último, se le invitaba a exponer su programa político en un mitín organizado por los elementos enemigos.

El candidato Béguin aceptó la invitación. En el estrado se instaló deliberadamente en un fondo rojo puro para buscar el contraste.

Por la tribuna fueron desfilando, para exponer sus teorías y sus planes de gobierno respectivos, los candidatos *serios*.

El auditorio, compuesto en su mayoría por mujeres, no manifestó más que una cortés indiferencia: esperaba a Béguin.

Adónis Béguin se levantó al fin y dijo:

—Señoras, caballeros, electores, enemigos políticos: *Carmen*. Segundo acto. Romanza de don José.

Aquella fué una gran apoteósis. A cada nota el tenor conquistaba los corazones y aumentaba el número de sus admiradores.

En vano el presidente agitaba la campanilla para calmar el estruendo. Los enemigos rugían exasperados. Más de doscientos pañuelos perfumados habían volado por la sala para caer rendidamente a los pies del cantante, como un enjambre de flores voladoras llenas de amorosa emoción.

Lanzada su última nota, Adonis anunció, con una flema desconcertante:

—Mi retrato se distribuirá a la salida.

En vista de este éxito resonante, sus enemigos redoblaron los insultos y las calumnias.

Béguin respondía tranquilamente:

—Mañana, durante la votación, el candidato Adonis Béguin cantará *Manon* en el colegio de la calle Machin.

Fué elegido por una mayoría asombrosa.

MONIMA DE MILETO

(EPISODIO HISTORICO)

Por Publio Hurtado

I

El sol lanza su postrer mirada sobre la marmórea cúpula del templo de Adonis en Atenas.

Contra las metopas y triglifos de las columnatas dóricas que lo sostienen, se acaba de estrellar el eco de la última antífona modulada por las hieródulas, al compás de las cítaras tebanas.

El sagrado recinto va quedándose desierto, y la suprema sacerdotisa ordena la clausura de sus puertas de bronce, con la sonrisa de la satisfacción en los labios; pues si han sido pocas las cabelleras femeniles que la virtud ha ofrecido al deificado hijo de Mirra, han sido muchas las monedas de oro que la prostitución ha depositado en las sagradas arcas, para tener propicio al númen protector de los amantes.

La hetereogénea muchedumbre que a las fiestas ha acudido, rebosando en la ciudad de Minerva, como el néctar de Chío en una copa corintia, se arroja a borbotones por sus puertas, y ganando la campiña, encamínase a la playa satisfecha, a abordar las naos ancladas a lo largo de la costa.

Dos hombres la han precedido en su derrotero.

El primero, de porte distinguido y barba perfumada, frisa en los cincuenta; y es joven el segundo todavía.

En sus trajes se mezcla la indumentaria persa con la griega, y un tesoro de alhajas los adornan.

—¿Te han sido, oh, mi señor, agradables estas fiestas? — preguntó el más joven a su compañero.

—Dígote, oh Báquides, mi eunuco predilecto, que no tienen nada que envidiar a las egipcias de Isis. No puede darse bazar más variado en gracias femeniles.

—Aquí trayendo oro...

—Y sin embargo he visto a la niña más perfecta de la creación, cercenar sus negras crenchas, prueba de que quiere conservar incólume su virginidad.

—¿La hablaste?...

—No. Yo estaba en el propileo cuando ella las colgó en la ebúrnea pilastra, y aunque traté de abrirme paso por el apiñado concurso, la perdí de vista.

—¿Podrá comprarse a ésta?...— interrogó el eunuco parándose y tornando el rostro hacia atrás, al sentir ruido de pasos no muy lejos.

—¡Oh, sí, es ella! — exclamó gratamente sorprendido su compañero.

II

Esbelta como un junco, alegre y bullidora, hollando flores y salvando arroyos con la ligereza de una corza del Himeto, se adelantaba hacia ellos una niña encantadora, mal velados sus contornos por gasas transparentes, que avanzaba distraída, tarareando a media voz un himno órfico.

—¡Oh, detén tu paso, mujer o diosa, — le dijo saliéndole al encuentro el enamorado caballero;— detén tu paso y satisface una curiosidad quizá importuna. ¿Eres Venus, y vas a descansar de la lascivia a la concha marina, o una hieródula de Adonis saturada de eróticos deseos?...

—¡Ah! — exclamó ella deteniéndose sorprendida ante los fastuosos aparecidos; mas, repuesta al punto de su sorpresa, añadió:

—No soy más que una mortal satisfecha de su suerte.

—Y bien puedes estarlo; pero dime, ¿cuál es tu nombre?... Quiero grabarlo eternamente en mi memoria, como ya lo está tu imagen en mi alma.

—Monima, — contestó la niña con ingenuidad, un tanto admirada de oír aquellas frases en boca de un hombre de su edad.

—¿De Atenas?... — interrogó éste nuevamente.

—No, de Mileto.

—Eres del país de las hermosas... y habrás venido a ofrecer al ídolo chipriota el precio de tus encantos.

—¡Jamás!... ¿No has reparado? He preferido dedicarle mi cabellera, a robar las primicias de mi amor al hombre que me ha de llamar suya.

—¡Virtud incomprensible en medio de tanto desenfreno! Mas oye: tu corta edad te hace abrigar preocupaciones de que el mundo hace chacota. Tal vez no haya habido comprador cual lo merecen tus encantos. Yo te ofrezco ¡atiende bien! una fortuna: quince mil monedas de oro, por venir a hacer noche en mi galera y conversar de amor al compás del grato arrullo de las olas.

La doncella, tendiendo el brazo hacia la ciudad, con ademán digno y resuelto, le advirtió:

—Allí encontrarás quince mil cortesanas que se disputarán tu oferta tentadora; pues aunque poseyeras los inmensos tesoros de Mitrídates, no tendríais bastante para comprar una caricia de Monima la milesia.

E hizo ademán de partir.

—¡Ah!, pero escucha, — rogóle el seductor, intentando tomarle una mano que ella apartó con donosura.

—No me es posible.

—¿Te espera alguno?

—Teón el espartano.

—Entonces ese...

—Es al que busco.

—Una palabra...

—Déjame marchar. El sol se pone, y es necesario aprovechar los últimos instantes de placer.

Y al pronunciar estas frases, que hubieran hecho honor al más voluptuoso epicúreo, torció hacia la derecha, no corriendo, sino volando, como aérea mariposa; y entonando de nuevo su interrumpido himno, desapareció tras un bosquecillo de sicomoros.

III

El fastuoso oriental quedó como petrificado con los ojos clavados en ella, hasta que la enramada burló sus miradas curiosas.

—¡Qué rareza! — murmuró. — Esa niña es una nota discordante en medio de la embriaguez y la locura de este ilustre lupanar.

—Veo, señor, que te ha interesado sobremanera.

—Te lo confieso, Báquides. "Ni los inmensos tesoros de Mitrídates bastarían para comprar una sola de sus caricias", dijo.

—Y esa alharaca ha picado tu amor propio.

El objetado no contestó.

—Pero no me explico tu perplejidad, — continuó el eunuco. — ¿Te ha agradado y esquiva tus ofertas? Pues no hay más que seguirla, apresarla y a Sinope con ella.

Casi decidido estaba el desdeñado galán a seguir tal consejo, cuando se le apareció un anciano de luenga barba, escarchada por el viento de la vida, seguido de dos esclavas también provectas, que le interrogó con ansiedad:

—¿Habéis visto por aquí a una loquilla de pocos años?

—¿Loquilla? — interrumpió el interrogado. — Discreta como pocas, diríais mejor, si aludes a Monima.

—¡La conoces! — exclamó con orgullo el anciano.

—¿Eres su padre, por ventura?

—Ciertamente; pero un padre atormentado por los cuidados que me inspira su futuro destino.

—¿Has consultado el oráculo?

—Varias veces. Mas, guíame por la huella de sus pasos: la impaciencia me consume.

—Sígueme, — le dijo poniéndose en marcha el extranjero, no sin recabar de su interlocutor, en pago de tal servicio, la relación del horóscopo de Monima.

El solícito padre, gozando en las venturas que le comunicaba, le refirió, sin perdonar detalles, que la pitonisa Delfos la había profetizado que sería la gloria de su raza; el oráculo de Júpiter Ammón en Libia, que príncipes y reyes habían de postrarse reverentes a sus plantas; y por último, que al ir a consultar el de Dódona, la paloma sagrada había volado desde el altar y posándose sobre su cabeza, las encinas se habían inclinado a su paso, y en los vasos de bronce, había

entonado el viento el himno olímpico de Orfeo.

IV

No es el garrido Acteón, a pesar de ir armado de arco y de carcaj, el que ha salido al encuentro de Monima.

No es tampoco el inmortal Apolo, aunque su frente ciña una corona de laurel.

Es el gentil Teón el espartano, el vencedor tres veces en los juegos píticos, en memoria de cuyos triunfos lleva siempre sobre sí tales trofeos.

—¡Cuánto me ha atormentado tu tardanza! — dijo a Monima en tono dulce de reconvención, ciñendo con el brazo su flexible talle.

—Teón mío, un extranjero impertinente detuvo mi pie, que volaba al punto de la cita.

—¿Un extranjero? — repitió el espartano frunciendo el entrecejo.

—Espera... es hombre de edad, alto, vestido con la elegancia de un sátrapa...

—Sí; ¿sabes quién es?

—Ni quiero; mas le ví esta mañana devorarte con lúbricas miradas, y esto me basta para que, sin conocerlo, le aborrezca.

—Mal se anunció el día para tí.

—Peor de lo que piensas. La primer salutación que recibí esta mañana, fué el aletazo de una corneja que derribó mi aljaba. ¿Qué podía ya esperar de favorable en este día? La desgracia era segura; y como la mayor que pudiera ocurrirme tenía que relacionarse con mi amor...

—Bueno es ser celoso, mas no tonto, — interrumpió la milesia con coquetería.—El corazón de Monima no late más que para tí.

—Hoy sí... pero si un día...

—¡Ingrato! ¿A qué esa duda? Lo mismo hoy que mañana, ya ausente, ya a tu lado, Monima será siempre esclava de tu amor.

Y su agitado seno y sus rasgados ojos, poseedores del secreto de Circe, decíanle a la par tal vez más que su boca.

¿Qué le importaba a ella saber quién era Teón? ¿Tenía padres? ¿Era huérfano o expósito?

Para el corazón que ama, no hay clasificaciones sociales.

Criado por un eforo, pocos le igualaban en varonil belleza; ninguno le aventajaba en guiar una cuadriga, y las hermosas y los anfitriones, habían más de una vez aclamado en la palestra su nombre victorioso.

Entre los dos medió un intervalo de éxtasis, en que la encendida pupila sustituyó a los labios.

De pronto Teón, que con su amada había tomado asiento sobre el zócalo de un pórtico arruinado, exclamó:

—¡Hélo allí!... él, que viene con tu padre.

—El es, — ratificó Monima; — pero, ¿qué intentas?

—¡Matarlo!

Y sacó del carcaj un dardo que enfiló en el arco.

—¡Oh!, no ensangrientes este instante, — suplicó la joven tratando de evitarlo.

—¡Arr! — gritó el mancebo, al estallar la cuerda que había de impulsar la flecha.

—¡Hoy es día nefasto para mí!

—Huye: ya sabes que mi padre te aborrece.

—¿Y hasta cuándo?

—Hasta las fiestas de Diana en Efeso.

Y cambiaron un ósculo de fuego, que hizo hervir la sangre en sus arterias.

¿Qué menos podían cambiar dos amantes educados en una sociedad que adoraba el falo y el cteis, y cuya moral basada en una teogonía que preconizaba las torpes aventuras de Venus y Priapo?

V

Monima, esquivando la mano que el magnate le ofrecía, saltó a la galera de su padre, anclada en el puerto Falereo, en el que por su lujo, y el de los remeros que la tripulaban, descollaba un ligero bergantín en forma de cisne que ganaron los extranjeros.

El anciano Cleanto reprendió a su bella hija por su reciente escapatoria, intimándola una vez más a desahuciar al espartano.

Su enamorado acompañante, recostado sobre el palo de mesana, no apartaba sus ojos de la encantadora milesia.

Al iniciar las naves los primeros balanceos de partida, un objeto silbó al oído del incógnito nabab, que se clavó en el palo que le servía de apoyo, dos dedos por encima de la cabeza.

Era un dardo que Teón, anudado el roto bramante, le enviaba desde la playa por despedida.

Del asta pendía una hoja de sicomoro en la que escrito con aguzado estilete, se leía:

—"Quien quiere que fueres, Teón te detesta. Si ésta no te mata, guárdate de otra".

El agredido hizo menudos pedazos la hoja, que arrojó a las aguas, y preguntó con retintín a Cleanto:

—¿Qué mal habré hecho a tu futuro hijo para que tan mal me quiera?

—¡Nunca lo será ese infame!

En tanto Teón, aferrado más y más a sus preocupaciones al ver errado por segunda vez el golpe, maldijo el nuevo rumbo de su suerte, sin que bastaran a curarle del tormento de los celos, las intensas miradas de Monima, que puesta la mano sobre el corazón, le repetía con elocuencia muda, que él y sólo él sería eternamente el ídolo de su cariño.

VI

A los dos meses, una escuadra de veinte bajeles de tres órdenes de remos, empavesada con asiática magnificencia, fondeaba en el puerto de Mileto.

Al avistar la ciudad, la tripulación en masa, imitando a Báquides que la mandaba, púsose de pie y la saludó con entusiastas hurras.

En aquel instante terminaba el tocado de Monima, que ataviada con el más exquisito gusto, y ostentando unas riquezas dignas de una reina, estaba la mujer más ideal del Universo.

Su padre, contemplándola extasiado, la dijo, así que sus fámulas salieron de la estancia:

—Hija querida, daría la mitad de los días que me restan, porque Plutón permitiese volver a tu madre al mundo un solo instante, para verte. Las predicciones del oráculo van a realizarse: sobre tu frente de nácar va a descansar una corona, y el monarca más temido de la tierra va a poner a tus pies su consideración y poderío. ¿Quién nos había de decir que aquel encontradizo de las adonias fuera nada menos que Mitrídates el "grande"?... ¡Ah, Monima amada!, a no haber sido por los cuarenta talentos que me entregó por tí, mi ruina hubiera sido inevitable. ¿No estás tú misma satisfecha de tu obra?...

Monima, que jugaba como distraída con los flecos de perlas de su purpúreo manto, se arrojó al cuello del autor de sus días, y vertiendo lágrimas de ternura, contestó:

—¡Padre de mi alma! ¿Cómo no he de estarlo, si ella te ha librado del descrédito y el menosprecio en esta vida, y de que fuese infamada en la otra tu memoria? Sean tus días una cadena no interrumpida de satisfacciones, y no pienses jamás en que este paso me cueste sacrificio alguno. El camino del trono es para mí una senda cubierta de flores.

—Pero, tus lágrimas... — balbuceó el anciano, no pudiendo contener las suyas al escuchar a su hija.

—No repares en ellas. ¡Son el testimonio de su felicidad! — Y besó visiblemente conmovida la rugosa frente de Cleanto.

Fuera del perfumado cubículo, las amigas de infancia de Monima, engalanadas de fiesta, cantaban al son de las cítaras tebanas:

"Gloria a Himeneo, que va a unir con lazo eterno la pareja más excelsa de la tierra.

"Honor al gran Mitrídates, que ha sabido elegir por compañera la más preciada flor de Anatolia.

"Y tú, Monima amiga, que compartisteis con nosotras tus goces infantiles, que Juno te sea propicia y te guíe de su mano al tálamo real.

"Tu nombre será orgullo del pueblo en que naciste.

"Y en torno de tu trono girarán como invisibles cortesanos, los recuerdos cariñosos de tus hermanas".



—Ché, ahí va mi novia. ¿Te gusta la amiga?
—¡No; prefiero la corteza!

LA BUENA NUEVA

La primavera viene a mi ventana:
con adorable candidez de hermana
me ofrece mi rosal cada mañana
el homenaje de sus rosas grana.

Es el rosal que quiere más mi afecto,
el que solaza, a veces, mi intelecto,
el que fué en horas de bonanza, electo
para ornar un amor pluscuamperfecto...

La primavera viene de visita,
ah! cómo le agradezco la infinita
transformación que pone en mi casita.

Ah! cómo le agradezco que se acuerde
de mí, que mi dolor también recuerde,
y que alcance hasta mí su rama verde.

LUIS MARÍA JORDAN.

VII

Llegó la hora de la partida, y el eunuco Báquides invitó a su futura soberana a bajar al puerto.

Apoyada en el brazo de su padre descendió las escaleras de aquella casa, bajo cuyo techo había visto la luz del día, y podía considerar como paraíso de su niñez.

Su servidumbre, compuesta en gran parte de personas que habían saboreado mil veces sus afectuosas caricias infantiles, arrodillada en el vestíbulo en apretadas hileras, le dieron el adiós de despedida entre sollozos y bendiciones.

Ella, para conservar el ánimo, cerró los ojos y oprimiendo contra sí el brazo de su padre, se dejó guiar por éste.

Su tránsito por las calles de la ciudad, colgadas de tapices, se asemejaba a un triunfo.

En la playa verbeneaba la curiosa y entusiasmada muchedumbre.

Así que la escuadra divisó a la ilustre expedicionaria, los músicos frigios y laconios la saludaron con los acordes de una marcha regia, lo que no dejó de lisonjear su femenil curiosidad.

Abordada la capitana por la bella milesia y por su padre, precedidos por Báquides, y distribuídas en las otras embarcaciones sus parientas y amigas, que habían ofrecido acompañarla hasta el término de su viaje, sonó la señal de partida, y la flota hizo rumbo al Bósforo de Tracia, entre las delirantes aclamaciones de sus conciudadanos.

Ya se perdía la escuadra casi de vista y aun llegaban al punto de partida los últimos versículos del cántico preparado por la amistad.

"Tu nombre será orgullo del pueblo en que naciste;

"Y en torno de tu trono girarán, como invisibles cortesanos, los recuerdos cariñosos de tus hermanas".

VIII

Han corrido hasta ocho años y la niña seductora de otros días, es la mujer más hermosa de cuantas pueblan el serrallo magnífico de Sínope.

Lujo, boato, ostentación, molicie, todo la rodea en abundancia.

Aquel encantado recinto es una maravilla de la tierra, viéndose en él mezclados en armonioso conjunto, ya en objetos de comodidad, ya de adorno, las maderas de Ofir, el oro del Pactolo, los tapices babilónicos, las plumas de la India y la púrpura de Tiro.

Al vibrar su dulce voz bajo aquellos artesonados olorosos de sándalo y cedro, una cohorte de esclavos se pone en movimiento.

El rey la distingue entre todas las mujeres, y la apellida la "perla de su harem".

Mas, ¡ay!, ¿qué vale todo, si ha perdido su libertad?

Cuando recuerda — ¡y nunca lo olvida! — los sitios recorridos en sus primeros años, sin dar a nadie cuenta de sus pasos, sin eunucos ni fisgones, su ánimo desmaya, su espíritu se abate, y halla más aburrida, más insoportable, la vida que su regia condición la impone.

No se fija en un objeto, que no le sugiera un término de comparación con aquellos cuya ausencia la contrista.

Ya no acuden al alféizar de su ventana las alegres golondrinas que mojando la pechuga en las aguas del Egeo, la despertaban de mañana con su aguda algarabía, salpicando de rocío las pintadas vidrieras.

Ya no vienen las palomas de la Caria a tomar el sustento de sus labios, ni ha vuelto a oír los canoros ruiseñores que anidaban en las acacias de sus jardines.

En su lugar, desde la dorada jaula que la aprisiona, sólo descubre las turbias y pesadas ondas del Euxino, y alguna que otra bandada de cenicientas antropoides, que lanzando displicentes gruñidos se remontan a las nubes en cortadas espirales.

Y luego Teón, aquel Teón cuyo nombre no se atreve a confiar a sus labios... ¿Qué será del infeliz? Sin duda la aborrece por perjura, y la fe inquebrantable de su burlado amor, será noche y día para el pobre abandonado, infernal remordimiento.

IX

Deliciosa Monima, — le decía cierta mañana el poderoso arsácida amoroso y expresivo — perdona tanta importunidad; pero ya va siendo para mí cuestión de amor propio el conocimiento del pesar que te consume. Daría la provincia más rica de mi reino por borrar del sol de mi vida la mancha de su tristeza. Acaba de partir de Sínope Cleanto, y fuera de ese ser querido, no adivino cuál otro pueda causar con su ausencia tu continuo malestar. **Eres la soberana del territorio comprendido entre los linderos de la Grecia y las montañas del Cáucaso, y estoy resuelto a hacer por completo tu felicidad, aun** a costa de la mía.

—¡Ah, señor, cuánto te debo! — dijo la "perla del harem", entre agradecida y resignada.

—¿Ansías más lujo?

—Sóbrame el que me rodea.

¿Algún amor ausente?... ¡Ah! quizás aquel Teón... ¡no me acordaba!

—Fué un pasatiempo pueril, del que apenas queda rastro entre los recuerdos de mi pasado. La página en que estaba escrito ese nombre...

—¿Qué?... — interrumpió impaciente el monarca.

—¡La he arrancado del libro de mi corazón!

El rey del Ponto respiró.

—¿Qué me pides, pues, que alivie tus pesares? Dímelo sin vacilar.

—Que me vuelvas a mi patria un solo día... ¡uno tan solo! Quiero volver a saludar aquel mar pintoresco, respirar aquel ambiente saludable: ¡quiero volver a ser por un instante Monima la milesia!

Mitrídates calló.

—¿Lo ves?... Ha sido mucha mi exigencia. La que entra en un serrallo debe darse por muerta para el mundo. Tus magnánimas protestas me lo hicieron olvidar; pero ese silencio ha vuelto a recordarme la realidad de mi destino.

—No puedo oír impávido tus súplicas. Hoy mismo he de partir a campaña contra los romanos, esas aves de rapiña a quienes es necesario cortar garras y pico: cuando torne de ella, te acompañaré a tu patria, haciendo esta excepción en gracia a tu salud y tu contento.

X

Los pueblos del Oriente, cansados de la dominación romana, esquilmados y envilecidos por el odiado Sila y sus sucesores, así que el gran

Mitrídates se consideró capaz de medir sus armas con ellos, y lanzó el grito de guerra, todos acudieron a pelear bajo sus banderas contra el común enemigo.

Sometida la Clóquide, el dueño de Monima pasó a la Capadocia, que libertó del poder de los romanos, triunfando en Murena, hechura del dictador.

Otras muchas ciudades y territorios arrancó del poder de los hijos del Lacio, hasta obligar al senado romano a acudir a apagar el incendio.

Lucio Lúculo fué el elegido para dirigir la empresa, el cual recogió por los puntos de tránsito a cuatro advenedizos que quisieron alistarse en sus legiones, dando a cada cual el lugar correspondiente a sus merecimientos.

Comprendiendo, sin embargo, que sus fuerzas eran inferiores a las del rey del Ponto, nunca se dejó arrastrar por éste a la pelea, aun cuando en ocasiones le destrozase algún cuerpo de tropas y degollase a sus tenientes. Mas, consumado táctico, aprovechó una ocasión favorable cerca del Cízico, en la que derrotó al arsácida. Siguióle al Helesponto, a las costas de Bitinia, a la Plafagonia, a la Capadocia, y por último lo obligó a refugiarse al lado de su yerno Tigranes, rey de Armenia.

XI

Temiendo un golpe de mano de los enemigos, el precavido Mitrídates había ordenado y así se había efectuado, la traslación de sus bayaderas, hermanas y parientas, a la ciudad de Farnacia.

Monima mudó, pues, de prisión; mas, ignorante de los descalabros sufridos por su eximio dueño, lo aguardaba por instantes para que le cumpliese su promesa.

La esperanza, ese sueño fascinador del hombre despierto, había vivificado su abatido espíritu.

Pero cuando más se mecía en aquel mundo ilusorio, sacáronla de su arrobamiento ayes lastimeros.

No tardó Báquides en presentársele, descompuesto el semblante y presa de cruel alismo.

—¿Qué es eso? ¿Ocurre alguna desgracia? — le preguntó Monima.

—Muchas a la vez, señora mía.

—¿Que han de alcanzarme a mí?

—Seguramente.

—¡Oh!, habla y veré de burlarlas en lo posible.

Báquides movió la cabeza negativamente.

—¿Como no?... ¡Me haces temblar! ¿Peligra mi existencia?...

—Lee, — contestó el eunuco, mostrándole un papiro.

Era una orden del rey, concebida en estos términos:

"Si pierdo la batalla y los romanos avanzan sobre Farnacia, no dándote tiempo de sacar de ella mi familia y mis mujeres, procura que no caiga viva en sus manos "ni una sola". Antes muertas que en poder de los hijos de la loba".

—¿Y están cerca? — interrogó con acento escandecente la adorable favorita.

—Ya asoman por allí las avanzadas.

Y señalaba a la ventana.

—¡Oh! ¡Luego no hay más recurso que morir! — exclamó con desfallecimiento; — y añadió: — y morir sin haber vuelto a ver... a mi adorada patria!

—Estás en el caso de elegir la muerte que menos te horrorice.

—Espera. Si ha de ser, ¡sea cuanto antes! — Y adoptando pronto una resolución heroica, y con un estoicismo digno de un discípulo de Zenón, se desligó de la recamada tela, insuficiente para resistir el peso de su hermoso cuerpo, que se rompió, sin haberle ocasionado apenas daño alguno.

Entonces, arrojando de sí, con soberano desprecio, aquellos emblemáticos pedazos, pronunció aquellas frases célebres que nos ha legado la historia:

"¡Maldito andrajo; ni para esto sirves!"

XII

—Señora, — dijo Báquides acudiendo a ella,—apura este licor, y en breve dormirás el sueño eterno.

Monima tomó el pomo que aquel mensajero de la muerte le ofrecía, y le apuró instantáneamente.

El eunuco desapareció a proseguir desempeñando su luctuosa misión.

Y la hija de Cleanto se aproximó a la ventana, para enviar a la Grecia sus últimas miradas.

No tardó en divisar una falange de gálatas, soldados auxiliares de los romanos, que avanzaban a la carrera hacia la ciudad; y a su cabeza — ¡oh cielos! — a Teón el espartano, que quizás volaba a salvarla.

Un grito agudísimo se escapó de sus labios, y efecto de la emoción y del veneno que acababa de apurar, dió en tierra sin sentido.

Al volver en sí, sólo pudo dar al mundo una mirada, y viendo cerca de ella a su antiguo amor, que sostenía entre sus manos y besaba enloquecido su escultural cabeza, aun sonrió su yerta boca.

¡Sublime contraste!

¡La dicha fulgurando al borde del sepulcro!

. . . .

La estrella de Mitrídates se eclipsó más cada día.

Vencido en las nuevas tentativas que hizo para rehabilitarse, tuvo hasta el pesar de verse aherrojado por Farnaces, su hijo predilecto.

Un galo lo libró de las miserias mundanas, degollándolo, según los historiadores.

Alguno, sin embargo, discrepando en este detalle de la generalidad, afirma que su matador fué un espartano a quien había robado la felicidad.

DIAGNOSTICO CATEGORICO



EL DOCTOR.—Después de observar sus trastornos, le aconsejo que se case.
ELLA.—¡Ay, pero si yo soy casada!
EL DOCTOR.—¡Bueno; pues... a usted lo que le conviene es casarse!

Ideario de un desconocido

(Para "FRAY MOCHO").

Vuelvo sin cesar a mis antiguas ideas: el arte debe empezar por nosotros mismos; debemos ser artistas de nuestra propia vida.

* * *

El hombre vale más por el esfuerzo de pureza que realiza, que por la pureza que logra realizar.

* * *

Firmeza y embriaguez! He ahí todo el secreto de la vida del corazón.

* * *

No cabe duda, en nuestra vida hay una gran verdad: somos herederos de nosotros mismos.

* * *

Existe un misticismo *de la forma: el que logra trasparentar* lo eterno *a través de la palabra.*

* * *

Ignorar ciertas cosas, ¿quién puede afirmar que no sea también sabiduría?...

* * *

Sensualidad del Arte, que nos aligera de la baja sensualidad de nuestros instintos.

Ricardo Tudela.

Los orígenes de Bolívar

En la tierra de Vizcaya surgió antes del siglo X la familia Bolívar. El nombre se deriva de dos palabras eúscaras: "bel" raiz de "belú", molino, y "var", pradera; por consiguiente la palabra "bolívar" significa en la lengua eúscara, molino de pradera. Hacia el siglo X la casa de los Bolívar fundó el pueblo de Bolívar. Años más tarde se comprometieron en la defensa de los fueros de Vizcaya. Desterrados a Francia, sus bienes fueron confiscados y despojados del patronazgo que tenía sobre la iglesia parroquial de Santo Tomás.

Regresaron del destierro los Bolívar en el siglo XIII, pero en la dispersión del año 1553, muchas ramas de la familia Bolívar se radicaron en lugares distantes. Uno de estos ramales del viejo tronco pasó a las Américas con el conquistador don Pedro Bolívar, hacia el año 1553, el cual tomó parte importantísima en la conquista del Nuevo Reino de Granada.

En Cartagena se estableció una rama de los Bolívar, y de ella salió don José de Bolívar, caballero de Santiago, quien se avecindó en el Perú en el año de 1642. En Caracas se instaló otro ramal de la familia Bolívar, con el procurador don Simón de Bolívar, allá en el año de 1588. De este tronco había de nacer el libertador de la América.

"ZOGOIBI"

Por Enrique Larreta

(Capítulo inicial de esta notable obra, recientemente aparecida)

—Gracia no tienes, hija. Se ve que te hicieron sin amor y a destajo, para mercarte en América — exclamó el señor cura, sin dejar caer de su labio la pegajosa colilla. —Pero, con todo — agregó — me enamoras igual que la más bonita y recamada.

Don Alvaro Torres o, para mayor claridad, el Padre Torres, como le llamaban amigos y enemigos, en aquel poblacho de la provincia de Buenos Aires, era andaluz y, por añadidura, orador sagrado de muy buenas predicaderas.

¿Que mucho, pues, que le gustara platicar, en voz alta, con las cosas inanimadas, como si fuesen personas?

En ese instante, después de haber dicho su cuotidiana misa y al volver a guardar los ornamentos, charlaba con la casulla.

—Y a doblarte, de nuevo las faldas. ¿Me regañas? Pues no hay más remedio — seguía diciéndole. — Otro fué y no yo quien comprara, en alguna almoneda, este ruin armario, que huele todavía a tabaco de infieles. Pero, paciencia, que no estamos ahora ¡allá! y en aquella sacristía; ¿eh? ¡con los cajoncitos aquellos!

Al decir ¡allá!, el padre Torres pensaba en su hechicera ciudad natal, pensaba en Córdoba, en Córdoba de España; mientras sus ojos, pestañosos y saltones, se fijaban en la blanqueada pared y evocaban, una vez más, la Mezquita y sus aledaños.

Ahora, veía el patio, veía la fuente, veía los colores del agua, al anochecer, removida por los últimos cántaros; parecíale aspirar la fragancia de los azahares y oír las chanzas y los gritos de las mozas, cuando el perrero, al toque de avemarías, las echaba, ora hacia el Postigos de los Deanes, ora hacia la puerta del Campanario.

—¡Menudo borrico fuiste, Padre Torres! — exclamó, por fin, con estoica sonrisa, dirigiéndose a sí mismo, a la vez que metía en el ropero el amito y el alba.

En la portezuela que daba al exterior: ¡tac! ¡tac! Dos golpes secos, dos golpes que fueron a retumbar dentro de la iglesia, como estampidos lejanos.

—Peón de a caballo — volvió a decir. — Nuevo mensaje de Lucía. ¡Eso! Que me ahorquen si me equivoco.

Abrió.

Claridad. Frescura.

Loco bullicio madruguero de pajarillos.

Mañana nebulosa, de fines de noviembre. Mañanita soñolienta, arrebujada todavía en las sábanas de un vapor blanquecino.

Se oía el campaneo de un yunque: don Vicente, el herrero.

De vez en cuando, un gallo cantaba.

Cayetano, el peón del mensaje, traía en sus ropas frescor de amanecer y ese tufo de humo y de sebo de nuestra gente campesina. Seguíale un perro ondulante y flaco.

—¿Es tuyo?

—No, Padre. ¡Juera, sarnoso!

No tardó el perro en volver. Se acercaba, de costado, meneando continuamente la cola. Cayetano quitóse una alpargata y arrojósela con toda su fuerza. Lanzó el perro un grito y emprendió una carrera desesperada, en dirección a la plaza, como si la alpargata lo siguiese corriendo.

El billete de Lucía, escrito la víspera, terminaba de este modo:

"Véngase mañana a almorzar. No vaya a decir otra vez que no pudo. Usted hace siempre lo que quiere. Pídale el sulky al boticario. Le repito que sólo usted puede salvarme".

—¿Tú te vuelves ahora a la estancia, Cayetano?

—No. Padre. Tengo mucho que hacer.

—¿Conque, mucho que hacer? ¿Hasta qué hora te quedas?

—Y, hasta la oración, quizá.

—Está bien. No hay más remedio. Andando.

Dirigióse don Alvaro a la tienda de su amigo Carreiras, el único boticario del pueblo.

Caminaba por el medio de la calzada, espantando gorriones, que se revolcaban en el suelo, para despiojarse.

Evitaba siempre la acera de ladrillo.

"Los pies tienen, a veces", solía decir, parodiando la célebre sentencia, "razones que la razón no comprende".

Aunque, dos días antes, cayera un fuerte chaparrón, la calle estaba de nuevo convertida en un verdadero cauce de polvo calcinado, sutil, harinoso, de nuestros pueblos de campo, dispuesto siempre a levantarse

en asfixiante nube, a la primera ocasión, sin más ventaja que la de ocultar, un momento, las viviendas.

"¡Vaya unas casas!", solía exclamar don Alvaro.

¡Ah! ¡Cómo lastimaba sus ojos de andaluz y cómo desconsolaba su corazón de sacerdote el descreído aspecto de aquellas moradas ruines; las más, de rojo ladrillo desnudo; y alineadas, todas, a cordel, hasta acabar, de golpe, en la solitaria llanura interminable, que resonaba, casi siempre, con un sordo ruido de alfombra, bajo la azotaína del viento!

Al volver de una esquina, tuvo don Alvaro que dar dos pasos atrás, con presteza, a fin de no dejarse atropellar por la volanta de Aramburu, que pasó a todo lo que daba su terroso tropel de caballos, como si sólo faltaran algunos segundos para el tren de las seis y cuarenta y cinco.

El cura quedó completamente envuelto en homérica nube. Llevóse el pañuelo a la boca; pero ya era tarde. Tosió sofocado, convulso, furioso.

Había perdido el rumbo. Por fin, poco a poco, empezó a relucir, a su izquierda, la tablilla de cobre y el plateado balcón del médico cirujano, su enemigo mortal.

Siguió derecho.

Carreiras, despertado como siempre, por la comezón de la propia codicia, ya estaba de pie, detrás del mostrador, con el plomizo guardapolvo sobre las carnes.

Cruzaron, juntos, la rebotica y pasaron al corralón.

Allí les esperaba el sulky amarillo, debajo de un cobertizo de chapas de hierro galvanizado.

Hacia el fondo, entre algunas gallinas que picaban la tierra, buscando, como decía Carreiras, carbonatos calizos, para la cáscara, un rocín, blanco y escuálido, mordisqueaba las cubiertas de paja, en que venían envueltas las botellas de aguas medicinales.

II

¡Jarre! ¡Jarre! — gritaba, un rato después, don Alvaro, al modo de los arrieros de su país, sin querer servirse del látigo. ¿Para qué? El rocín de Carreiras no era tan malo como parecía. Su desgarbado trotecico galgueño se sorbía los kilótros. Sobre todo que no le hablasen al cura de otro caballo cuando se trataba de llevar los santos óleos a algún moribundo, en las estancias vecinas, a través de arroyos y pantanos, después de una lluvia.

Atravesó don Alvaro el paso a nivel; y, muy pronto, fué dejando atrás las últimas chacras, con sus ranchos de paredes de barro y techos de cinc y sus arbolejos descortezados por los muchachos y deshojados por las hormigas, en lo mejor de la primavera.

Ni un jardincillo, ni una flor.

Cerca de un viejo brocal sin revoque, entre matas de ajonjera y de quinoa, un gallo, subido en el borde de una abollada bacinilla de hierro enlozado, lanzó dos veces su invocación.

"¡Valiente púlpito!" pensó don Alvaro, y pensó también en sí mismo, pensó en sus sermones.

Luego, como el viajero que deja el sucio afán de los puertos y entra en la majestad y la pureza del mar, hallóse, de golpe, en campo raso, hallóse en la pampa, en aquella pampa escueta, espiritada, anhelosa; y que a él se le antojaba siempre la región metafísica por excelencia, con su trazo ideal de horizonte, su belleza casi incorpórea, lírica, abstracta, su desmesurada fantasía, su embriaguez de infinito.

"¡Qué tierra para la contemplación!".

Ya se distinguían, en lontananza, verdinegras unas, otras diáfanas y como despegadas del suelo, las breves arboledas de las estancias, a manera de islas en el océano.

Don Alvaro las reconocía, una por una, sin necesidad de calarse los anteojos.

La primera, la más próxima, la más obscura, y como cerrando el camino, la formaban los eucaliptos de San Miguel.

Allí, en la fragante sombra de aquel bosque, le esperaba ahora, de fijo, Lucía, con su nueva congoja.

Aquella otra mancha, hacia el naciente, semejante a un largo vapor que va navegando, era el monte de un tal Cabrera, que estaba siempre en París; y, algo más cerca, en la dirección de Maipú, azulino, brumoso y cortado, a trechos, como encantado archipiélago de un sueño de infancia, el monte de El Mirador, la estancia de Ahumada, de Federico de Ahumada, el galán de Lucía, el hereje, el comefrailes, al decir de don Alvaro, su mejor amigo.

De tiempo en tiempo, alguna perdiz, corría un rato por la huella, camino adelante, y alzaba el vuelo, de pronto, asustando siempre al Cura, con su brusco resorte.

"¡Caracoles! ¡No me puedo acostumbrar!".

Veía, ahora, lo que más le gustaba en la pampa. Veía los caballos salvajes que disparaban, sin rumbo, con las crines revueltas y como enloquecidos por los olores del aire.

Había que entrar en el campo de San Miguel.

Un jinete, que viera venir al Cura, quedóse reteniendo la tranquera automática.

"Los hombres tienen que ser aquí más afables" pensó don Alvaro "en medio de este sosiego bendito".

El sol de noviembre rasgaba, por fin, el vapor que lo ocultaba, haciendo chispear el rocío en la telaraña rastrera.

El Cura vió que su propia sombra, bajo un inmenso sombrero de caricatura maligna, corría, a su izquierda, ondulando sobre los pastos.

La rueda del sulky sonaba, ahora, con rumor claro, duro. El suelo se hacía más firme.

Don Alvaro calóse de pronto las gafas.

"Claro que es ella. Me sale al encuentro".

La había reconocido, al verla levantar la mano para saludarle, como de costumbre, agitando los dedos.

Venía la preciosa muchacha montada a mujeriegas, pero desdeñando el estribo, en el caballejo de un peón, en el primer matungo, sin duda, que hallara a mano en el palenque.

No traía sombrero; y el retinto cabello, tirado hacia atrás por el viento, en la ligereza del galope, le descubría toda la frente.

La llama incolora de alguna gran emoción animaba su rostro de un modo extraño.

Sus enormes ojos asombradizos que miraban, siempre, como ebrios de espacio, brillaban ahora con doble expresión de fiereza y de angustia, que el experto confesor no tardó en advertir.

Lucía hizo volver grupas a su caballo y púsolo con viveza a la par del carricoche.

—Cuidado, muchacha, que vas a caerte, — gritó don Alvaro.

—Usted se caerá.

Pasaron el blanco y musgoso portón, adornado con jarrones de sepulcro romántico; y entraron en el bosque.

Aquellos grandes eucaliptos eran árboles históricos. El presidente Sarmiento, después de una larga temporada en San Miguel, y un momento antes de marcharse, había entregado al abuelo de Lucía un sobrecito sonoro, un sobrecito con negras semillas minúsculas, entre un polvillo bermejo que, años después, se convirtieran en la maravillosa basílica silvestre cuyos altos pilares y perfumada penumbra y hasta las mismas lonjas de cortezas, que solían quedar colgadas de las ramas, como el manipulo del brazo del oficiante, tenían siempre la virtud de sumir a don Alvaro en eclesiástico recogimiento.

"¡Qué retiro para leer, a solas, el Oficio! ¡Ah!, la santa paz de los campos!"

Allá arriba, sobre los árboles, sobre el arrullo de las torcazas, en el aire diáfano, resonaba el grito sangriento de un chimango que oteaba los nidos.

EL MEDALLERO

(Traducción de Francisco Villaespesa).

De aquella amante rubia y soñadora
que fué a la negra tumba en pleno abril,
al regio y numismático perfil
su amor consagra una medalla ahora.

Consumado escultor, trabaja y llora,
modelando entre lágrimas, febril,
la dócil cera, donde la gentil
sonrisa de la muerte es una aurora.

Sin tener más modelo que la viva
sombra que en su memoria está presente,
busca a fijar, temblando de fervor,

de su perfil la línea fugitiva...
Y si un trazo se escapa de repente,
cierra los ojos para ver mejor.

EUGENIO DE CASTRO.

ANÉCDOTA

Voltaire jugaba a las cartas con una dama muy devota. De pronto estalló una gran tormenta, y la devota se puso a temblar. Continuamente se persignaba y murmuraba oraciones. Al ser interrogada sobre tal temor, contestó que temblaba porque, hallándose junto a un tan gran impío, Dios podría castigarla enviando un rayo.

Voltaire, encarándose con ella, dijo:

—Sabed, señora, que yo he alabado a Dios, en uno solo de mis versos, más que vos en toda vuestra vida.

Un pretendiente bromista

Por Rodolfo Bringer

El señor Petrousquin, rentista de Dreux y propietario de una villa greconormanda, en la que vivía con su hija única Fanny, no cabía en sí de gozo al leer la carta que acababa de traerle el correo.

Era de su hermana, la bondadosa Gertrudis Petrousquin. En la carta le anunciaba para aquella misma mañana la llegada de un joven encantador, que haría un marido ideal para Fanny. Enrique Devau — así se llamaba el candidato — poseía treinta mil libras de renta y un carácter admirable, siempre dispuesto a la broma. Y, además, estaba enamoradísimo de Fanny, nada más que con haberla visto en fotografía.

Esto escribía la buena tía Gertrudis, completamente feliz de asegurar al fin la suerte de su queridísima sobrina.

—¡Qué trastorno en la villa! Se quitaron las fundas de la sillería del salón, limpiáronse los cuadros, se alisó la hierba del jardín, se dispuso un almuerzo...; se hicieron, en suma, los mil trabajos que se realizan en circunstancias análogas, cuando se trata de deslumbrar a un yerno millonario inclinado a la chanza.

Melania, la vieja sirvienta, no sabía donde tenía la cabeza; el jardinero no se daba tregua, y el señor Petrousquin y su hija estaban completamente locos.

Tal fué el trajín de la casa aquella mañana, que un ladrón — sí, señora, un ladrón — pudo entrar en ella sin ser visto.

Por desgracia, en el momento en que iba a retirarse con una magnífica cosecha de objetos preciosos, estuvo a punto de darse de narices con el señor Petrousquin, y se vió obligado a embutirse en una alacena, como si en la villa greconormanda se representara un segundo acto de vodevil.

* * *

Entre tanto, todo estaba dispuesto, cada cosa en su sitio, y ya podía venir cuando quisiera el joven pretendiente.

Eran las once y treinta y cinco; el tren de París llega a Dreux a las diez y cuarenta y tres; así, pues, como la villa greconormanda se halla a veinte minutos de la estación, Enrique Devau debía estar ya en la casa. ¿Qué significaba aquella tardanza? ¿Habría perdido el tren? En tal caso, todo el trabajo de la mañana resultaba inútil.

De repente, al señor Petrousquin le pareció oír que la alacena estornudaba. ¡No! Yo pregunto a ustedes: ¿Es lógico que una alacena estornude, por mucha humedad que haya? Ustedes y yo lo hubiéramos atribuído a encantamiento; pero el señor Petrousquin era un espíritu sosegado: abrió la alacena y...

—¡Cogido! — dijo el caco saliendo.

Al descubrir al individuo, el rentista se quedó un tanto indeciso, como ustedes supondrán; pero, de súbito, dándose una palmada, exclamó, cuando las carcajadas le permitieron hablar:

—¡Ah! ¡Qué ocurrencia! ¡Esto sí que está bueno! ¡¡Famoso, famoso!! La pobre Gertrudis me había advertido que era usted un bromista, pero no tanto.

Y el señor Petrousquin no cesaba en sus carcajadas.

La sorpresa había inmovilizado al ladrón. Y todavía quedó más admirado cuando oyó decir al rentista:

—Usted llegó mientras todos estábamos ocupados. Nadie salió a recibirle, y entonces imaginó la treta de esconderse en la alacena. ¡Oh, qué broma más ingeniosa! ¡La contaré, la contaré!

El ladrón, que era inteligente, comprendió que se trataba de un *quid pro quo;* pero, como en resumen, salía beneficiado, se guardó muy bien de desengañar al señor Petrousquin.

* * *

Se sentaron a la mesa, almorzaron, tomaron café y se hizo la rueda al pretendiente. El ladrón anónimo demostró ser un hombre de mundo y un convidado ameno. Fanny estaba contenta, y Petrousquin padre juró que su hija nunca tendría otro marido.

Se despidieron con la promesa de volverse a ver, y aquella misma noche Petrousquin escribía a su hermana:

"El novio que has mandado es encantador. Estamos entusiasmados con él. ¡Qué ingenioso! Al marcharse ha querido a todo trance llevarse la plata del comedor, y nosotros se la hemos dejado, para seguir la broma".

—¡Qué raro! — pensaba Gertrudis al recibir la carta. — Enrique Devau no ha podido ir a Dreux porque se rompió una pierna. ¡Mi hermano está en un error!

¡Ya lo creo que lo estaba! Pero cuando el buen Petrousquin se dió cuenta de su equivocación ya era demasiado tarde.

El ruido del Niágara

Una comisión de sabios distinguidos ha comparado recientemente el ruido hecho por las cataratas del Niágara con el producido por el tráfico, el movimiento comercial, el continuo hablar de los transeuntes, el trato de las transacciones mercantiles, etc., en sitio de intensa actividad de la ciudad de Nueva York.

El resultado fué que en tanto que al Niágara corresponde el número 70 en la escala relativa de los ruidos, Nueva York alcanza solamente el 55.

Los sitios escogidos para medida en las famosas cataratas son los próximos a la "Cueva de los Vientos" y "Prospect Point", que se consideran los más laberintosos y a los que se califica de ensordecedores; en cuanto a la colosal metrópoli norteamericana, se eligió el cruzamiento de la calle 34 con la sexta avenida.

CURIOSIDADES

Los jefes de algunos restaurantes suecos disponen por sí mismos los fiambres antes de ordenar el pedido el camarero.

* * *

La biblioteca mayor del mundo es la Biblioteca Nacional de París; la Biblioteca del Congreso de Wáshington es la segunda. La Biblioteca del Museo Británico, de Londres, es la que tiene la colección más valiosa.

* * *

Una de las primeras observaciones en la generación de la electricidad fué hecha en 1759, cuando míster Symares observó que sus calcetines tenían tendencia a atraerse cuando los tomaba en sus manos.

* * *

Se estima en más de 40 millones de libras de lo que se recauda por diversas mercaderías libres de circulación en los Estados de que se compone la gran nación norteamericana.

* * *

Los pies contienen el veinticinco por ciento de los huesos del cuerpo humano.

* * *

Una nueva raza de negros pigmeos, tomados como la forma más baja de la vida humana, ha sido descubierta en Africa. Su conversación consiste en una serie de sonidos raros.

* * *

La histórica campana del Capitolio de Roma, silenciosa desde que el Papa perdió el poder temporal, ha sonado de nuevo recientemente en una ceremonia religiosa.

* * *

Un muchacho de Chicago, acusado por su mala conducta, fué condenado a leer buenos libros, condena que cumplió bajo la vigilancia severa de un empleado.

* * *

El Instituto Smithsoniano envió un perito a Alaska para preservar de la destrucción los palos de totem.

* * *

Los repartidores de periódicos de Italia venden clandestinamente diarios que exceden el límite de crítica permitido por el gobierno fascista.

* * *

Una escuela de ciencia doméstica en Chicago ha establecido un curso para enseñar a trinchar.

* * *

La línea telegráfica mayor del mundo es la que hay entre Liverpool y Teherán, capital de Persia. Tiene una longitud de 4.290 millas.

* * *

La víspera de Navidad, los noruegos colocan unas espigas para que coman los pájaros.

* * *

El agua en los fiords de Noruega es tan clara, que se pueden ver objetos de media pulgada de diámetro, a una profundida de 50 pies.

* * *

Los cañones colocados a bordo del "Colorado", buque de guerra de Estados Unidos, pueden disparar proyectiles que pesan una tonelada, hasta una distancia de 19 millas.

* * *

En un Congreso de Maestros y Maestras celebrado muy recientemente en Chelwankee, el biólogo Mr. Wiggan pronunció un discurso, en el que dijo que la civilización estaba perdida si el Estado no se encargaba de los matrimonios, seleccionando las parejas y procurando casar hombres fuertes con mujeres fuertes, y hombres guapos con mujeres bellas. Y que los feos y las feas no se casen...

La asamblea ha pedido seriamente al Gobierno que intervenga en los matrimonios, a fin de lograr seres sanos y hermosos.

* * *

Batidores de bosques en el estado de Wáshington, han descubierto que las ramas del abeto con un clavo de cobre, pueden servir como antenas de radio. Clavaron un clavo en la base de un tronco y lo conectaron con el aparato emisor. Recibieron así mensajes desde dos y tres millas de distancia.

En las salas de cirujía de los grandes hospitales de los Estados Unidos se ha puesto en uso con mucho éxito un nuevo barreno para perforar huesos, cuando tal procedimiento es necesario para el tratamiento de las fracturas. Es movido por un motorcito eléctrico que puede hacer de 1.500 a 4.000 revoluciones por minuto y se ha demostrado que el uso de este barreno produce muy buenos resultados, porque reduce el tiempo que el paciente tiene que permanecer bajo la influencia del anestésico.

* * *

Las compañías de automóviles de alquiler de las principales ciudades de los Estados Unidos han adoptado un sistema para dar recibos a los pasajeros. Al final de cada viaje o carrera se entrega automáticamente al pasajero una cuenta impresa que contiene las millas recorridas, el tiempo empleado y el importe cobrado por el conductor o chauffeur. Este aparato conserva un duplicado de la cuenta para los archivos de la compañía.

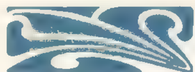
* * *

Por medio de un aparato especial se ha logrado hacer visibles las ondas portadoras de los despachos telegráficos y telefónicos en los comunicaciones inalámbricas.

Se han realizado pruebas entre el Laboratorio Naval de Investigaciones y la Institución Carnegie, de Wáshington, con resultado completamente satisfactorio.

Las personas que se encontraban en la sala receptora de la Institución ante el aparato, veían llegar las ondas hertzianas antes de ver u oír las palabras y señales que por ellas eran transmitidas.

Aniversario de la independencia de Chile





El embajador de Chile, don Luis Aldunate Echeverría, y su señora esposa, doña María Luisa Eguiguren, ofrecieron una brillante recepción, en los salones de la embajada, festejando el aniversario de la independencia de la República hermana.—El presidente de la Nación, doctor Marcelo T. de Alvear, su señora esposa, doña Regina Pacini, el ministro de Relaciones Exteriores, doctor Angel Gallardo, el embajador de Chile y su señora esposa, y otras personas, durante la recepción diplomática.

Conmemoración del XX de Septiembre





Uno de los diversos actos con que la colectividad italiana conmemoró la efemérides patria del aniversario de la unidad de Italia, consistió en el homenaje tributado ante la estatua de Garibaldi, en la plaza Italia.—Los delegados de la Federación de Sociedades Italianas y de otras instituciones, durante el acto de la colocación de una corona de flores naturales al pie del monumento de Garibaldi.

Liga Nacional de Contribuyentes Territoriales





El presidente de la Liga Nacional de Contribuyentes Territoriales, don Eugenio Díaz Vélez, pronunció, ante numerosa concurrencia, una interesante disertación que versó sobre el tema "Confiscación impositiva por el impuesto progresivo territorial en la provincia de Buenos Aires". Vista parcial de la concurrencia que asistió al acto y que prodigó entusiastas aplausos al conferenciante.

BIBLIOGRAFÍA



El distinguido hombre de letras, don Enrique Larreta, que acaba de obtener un ruidoso éxito con su nuevo libro ''Zogoibí'', notable obra que reafirma brillantemente los grandes prestigios literarios de que goza su autor dentro y fuera de la República, y que le han consagrado como uno de los primeros escritores nacionales.

NOTA DE ARTE



''La colonia'', cuadro de la señorita Carmen Souza Brazuna, que figurará en el XVI Salón Nacional de Bellas Artes.

Llegada de la barca "Juruna"



A bordo del vapor ''Campos Salles'' llegó a nuestro puerto la barca ''Juruna'', que el gobierno de Pará regala a la nación argentina. Como se recordará, dicha pequeña embarcación brasileña, tuvo un momento de intensa celebridad, durante la realización del accidentado raid aéreo Nueva York - Buenos Aires, pues su bravo patrón, Josino Cardoso, salvó a su bordo a los aviadores Duggan, Olivero y Campanelli, cuando se vieron forzados a descender en la isla Maraca.



Bodas de plata



El director del Archivo General de la Nación, señor Augusto S. Mallié, rodeado de su señora esposa e hijos, en ocasión de cumplir sus bodas de platas matrimoniales.

Cantor criollo



Agustín Magaldi, popular cantor de música criolla, que se destacó en la fiesta realizada en el Real Cine, con motivo de la exhibición del film ''El pirata negro''.

Necrología



Señorita Matilde Malteri Bavastro, cuyo fallecimiento se produjo recientemente en la capital federal.

Un grupo de gobernadores de provincia y diputados nacionales visitaron la cervecería Palermo y la fábrica de Terrabusi Hnos.



Varios gobernadores de provincia y legisladores nacionales, realizaron una visita a la Cervecería Palermo y a la fábrica de los señores Terrabusi Hermanos, donde pudieron inspeccionar la elaboración de los diversos productos y las importantes instalaciones de los mencionados establecimientos industriales.—Estuvieron presentes los señores Madueño, gobernador de Catamarca; Villafañe, gobernador de Jujuy; Laurencena, gobernador de Entre Ríos; R. C. Ahumada, J. M. Teixer, A. Figueroa, A. Fernández, B. Barrionuevo, A. Romero, C. Anschutz, Grandoli, J. M. Burgos, C. Correa Luna, G. Kaiser, S. Vera, T. Fernández, A. S. Mallié, B. Matoso, E. Cabrera, L. Barrionuevo, A. Madueño (hijo), J. A. Ruiz, E. Heinig, H. A. Martínez, R. Stucchi y otros.—Vista parcial de los visitantes, tomada en la Cervecería Palermo.



Un detalle de los convidados, al servirse el lunch con que les obsequió la dirección del citado establecimiento, representada por el inspector general, señor Gustavo Kaiser



Muchos de los nombrados caballeros hicieron, días después, una visita análoga a la fábrica de los señores Terrabusi Hermanos, donde fueron igualmente atendidos, con toda gentileza, por la gerencia de la casa.—Los visitantes durante el lunch que les fué ofrecido.



En la recorrida efectuada por las diversas secciones de dicha fábrica, pudieron apreciar la excelente organización de su funcionamiento.

La llegada de Paulino Uzcudun



El fuerte pugilista español, Paulino Uzcudun (x), campeón de box, de Europa, momentos después de su llegada a Buenos Aires.



SOCIALES



Enlace Meinke - Carranza.



Señorita Nay Cocomier, recientemente desposada con el señor Salvador Rovira.



Enlace Molina Pico - Sáenz.







La señorita Esmeralda Cortés Vela y el señor Elías G. Lante, después de su matrimonio.



Enlace Cipolla - Cortese.—Los contrayentes después de la bendición nupcial.



Enlace Zorraquín - Richard Lavalle.



La señorita Elena del Frade y el señor Carlos A. Rocca, recientemente desposados



Enlace de la señorita Lola Villalobos con el señor Enrique Vera.—Los novios y algunos invitados al acto.



La señorita María Esther Cortés y el señor Eloy J. Vera, después de su matrimonio.



Actualidades cinematográficas



Dorothy Devore, John Patrick y Montagú Love, en ''Letras de molde'', cinta que en su programa Splendid exhibe, desde el domingo, la New York Film.



Billie Dove, Francis X. Bushman y Max Ravenal, en ''Contratos y corazones'', cinta Jewel que la Universal estrenará el jueves próximo.



Escena de ''Pobre payaso'', interpretación de Pauline Garon, Cullen Landis y Robert Graves, que la General exhibe desde el domingo.



Escena de ''El canto nupcial'', cinedrama del cual es protagonista Leatrice Joy, y que Glücksmann exhibe desde el domingo.



Janet Gaynor y Leslie Fenton en ''Hojas de Trébol'', film que la Fox estrenará el jueves próximo.



Escena de ''Rocío de lágrimas'', cinta que interpretan Russell Simpson, Noah Beery y Za-Zu Pits, que la Corporación estrena hoy.



Ivan Lousjoukine en la escena del suplicio de ''Miguel Strogoff'', notable film que Glücksmann dará a conocer, como extraordinario, el 3 de Octubre.

Exposición del pintor Nicolás Maciú en Las Palmas (Canarias)



El notable pintor español, señor Nicolás Maciú, acaba de inaugurar con franco éxito, una exposición de sus obras en los salones del Parque Santa Catalina en Las Palmas (Canarias).—Los retratos que reproducimos, y que pertenecen al señor Manuel Mascareña, director de la Escuela Industrial de Las Palmas y a la señora Ana Arroyo de Gómez, obtuvieron el primero y segundo premio, respectivamente, en la exposición mencionada. El pintor Maciú, que nos visitará a fin del corriente año, se propone exhibir en Buenos Aires, una colección de sus telas.

((Fots. de Teodoro Maisch).







"Paisaje del Parque Santa Catalina", cuadro del pintor Maciú, al que se adjudicó el tercer premio.

En la legación del Brasil



Con motivo del reciente aniversario brasileño, una delegación de indígenas, encabezada por el señor Colón, presidente de la Asociación Nacional de Aborígenes, fué a presentar sus saludos al embajador del Brasil, señor Rodríguez Alves.—Rodean al mencionado diplomático una hija de Piseñ, célebre cacique guerrero de la Pampa, una hija del cacique Coliqueo, con algunos miembros de su familia, el presidente de la Asociación Nacional de Aborígenes, señor José Colón y otros miembros de la citada delegación.

De Capilla del Monte



Una simpática huésped del París Hotel



Excursionista, durante un alto en la marcha.—Abajo: uno de los bellos paisajes serranos de la región.





Recorriendo la sección "Sociales" de los diarios porteños.

DE CORDOBA

Con objeto de allegar recursos a beneficio del Sanatorio Antituberculoso de Nuestra Señora de la Misericordia, realizóse un brillante festival, en la sala del Palace Theatre, organizado por la comisión de la Sociedad de Beneficencia.—A la izquierda: señoritas de Tagle, Oulton, Ramallo y señores Martínez, Sánchez, Acuña, Casas Ocampo y otros que interpretaron la comedia "Levantar muertos".—A la derecha: la señorita Raquel Anaya y el señor Ernesto A. Blanco, que cantaron "El Marabú".







Grupo de señoritas que asistieron al baile de los solteros, acto que constituyó una lucida reunión social.



La señorita Alcira Gómez Cuquejo y el señor Ignacio Garzón Gordillo, después de su enlace.



Los contrayentes y parte de la concurrencia que asistió a los desposorios de la señorita Lucila Yofre con el señor Emilio Alvarez.

DE MENDOZA



Las autoridades militares, frente al templo de San Francisco, al iniciarse la procesión con motivo del 15.o aniversario de la coronación de la Virgen del Carmen de Cuyo.



Destacamento de granaderos a caballo, a cuyo cargo estuvo la custodia de la imagen durante la procesión.



Monseñor Orzali, el cónsul del Perú y autoridades de la provincia, encabezando la procesión.



Información gráfica del interior



RIO CUARTO.—El jefe del regimiento 14 de infantería, teniente coronel Lindor S. García, arengando a las tropas en la ceremonia de la jura de la bandera por los conscriptos de la clase 1905.



Grupo de jefes y oficiales del regimiento 14 de infantería destacado en Río Cuarto, cuyos conscriptos prestaron juramento a la bandera.





SAN RAFAEL.—Dos instantáneas de los alumnos de las escuelas locales, tomadas en la ceremonia de la plantación del árbol.



LUJAN.—Alumnas del Colegio Normal de Barracas (Buenos Aires), visitando el Museo Histórico, con fines de estudio.



Histórico coche que acaba de ser donado para enriquecer las colecciones del Museo de Luján.



JUJUY.—Antonio Pascuero, notable ciclista que acaba de efectuar el raid Buenos Aires - Jujuy.



CAÑADA VERDE.—Comida ofrecida por los esposos Quiroga - Muñoz a un núcleo de sus amigos, festejando un acontecimiento íntimo.



DEL CAMPILLO.—Team de Sportivo Mataldi, que venció a Deportivo Belgrano, por 1 a 0 goals.

(Fots. Agostini, Pí, Sara Martínez, Pérez, Hojraj y Nieto)



El crimen del castillo Perignac

Los polizontes Saturnino y Sorot, de la división de investigaciones, habían realizado una investigación minuciosa en el asunto del Castillo Perignac, y su dictamen era concluyente. El anciano barón de Perignac, hombre excéntrico y de airado carácter, había sido asesinado por el inglés Pedro Arnoldo Thorne. El interrogatorio de los diversos testigos demostró esto en forma tan decisiva, que ninguno de los presentes atinaba a dudar de la veracidad de tal afirmación. Uno tras otros, todos los criados fueron revelando la existencia de una intriga de amor entre el inglés y la hermosa Georgette de Perignac. En el momento del crimen, sólo hacía dos meses que Georgette era la esposa del barón, y se sabía que la joven había sido tan desdichada en su nuevo estado, que apenas cambiaba palabra con su marido; en realidad, la alianza matrimonial habíase circunscripto entre ellos a las ceremonias oficiales: civil y religiosa.

Sabíase también que Pedro Thorne — huésped en la residencia del barón, pues negociaba con éste la compra de una de sus fábricas, — había sido ferviente admirador de Georgette, cuando la joven era aún soltera; y el mismo Thorne lo había reconocido con toda franqueza ante las autoridades judiciales.

Por otra parte, habíase comprobado que cuando Pedro Arnoldo Thorne llegó al castillo, el barón ignoraba la amistad anterior de su esposa con el joven. Pero, según los testigos, había descubierto la verdad la misma noche en que halló su muerte. Después de cenar, se había producido una violenta escena entre ambos, en la terraza del castillo, donde, al parecer, el barón había encontrado a Georgette en brazos de otro hombre.

El barón había encerrado a Georgette en su habitación, y Pedro Arnoldo debía — por orden del barón — marcharse del castillo a la mañana siguiente, a primera hora.

Pero cuando llegó la mañana, el mayordomo encontró al barón muerto, en el suelo, de bruces, con un cuchillo clavado junto al hombro izquierdo. Y, cerca del cadáver, en el piso, se había encontrado una carta de Georgette escrita a Pedro en la misma víspera de sus nupcias con el barón. No cabían dos suposiciones sobre el autor del crimen, y, por si faltase algún eslabón, intervino en las declaraciones el cura que también se hospedaba en el castillo y que fué interrogado por monsieur Sorot.

Era un hombre afable. Se anunció con el nombre de abate Collard, y declaró que su presencia en el castillo durante la última semana, obedecía a que había sido enviado especialmente por un colegio eclesiástico de París para estudiar ciertos manuscritos del siglo XIV, en posesión del barón, y que eran de mucho interés para la Iglesia.

Ocurrió que, en la noche del crimen, el sacerdote sufría de insomnio y, cerca de medianoche, había bajado para buscar un libro que había dejado olvidado en el amplio "hall". Brillaba, como de costumbre, una luz, pues el barón solía acostarse tarde. El abate Collard encontró su libro y volvió a subir la escalera, pasando por el corredor, en dirección a su dormitorio. Apenas había llegado a su puerta cuando oyó pasos en la escalera; escrutó entonces en la penumbra y se sintió sorprendido al ver a Pedro Thorne que, silenciosa y rápidamente, llegaba hasta el corredor y desaparecía dentro de su alcoba.

—Ajeno a toda sospecha de delito — añadió con piadoso acento, — no dí entonces mayor importancia a la inesperada visión. Pero, a la luz del día y en presencia de este hecho delictuoso, creo mi deber hacerlo notar.

La pálida y llorosa Georgette intervino entonces, defendiendo apasionadamente al inculpado.

—¡Es imposible! ¡Si ustedes supieran qué noble es..., qué incapaz de una mala acción!... ¡Si ustedes conocieran sus elevados sentimientos!... Los testigos han afirmado que éramos amantes; y eso no es verdad... ¡Nos amábamos... no lo niego! Pero, después de casada, nunca hemos vuelto a hablar de nuestros ensueños frustrados.

—¡Pero la han visto a usted en sus brazos!—intervino Sorot.

—¡Es falso! ¡Ni mi marido ni nadie me vió en sus brazos! ¡Soy tan inocente como él lo es de este horrendo crimen!

Pedro Thorne hizo su declaración, que resultó una completa negación de los hechos de que hablaban las pruebas acumuladas en su contra. Dijo que la causa de su querella con el barón había sido que éste había levantado casualmente del suelo la cartera de aquél, y que, al mirarla, para cerciorarse de quién era, se había encontrado con la carta de despedida que Georgette enviara a su anterior pretendiente en vísperas de su boda con el barón de Perignac.

El barón se había olvidado de devolvérsela, y había sido con la idea de recuperar la carta por lo que Pedro había bajado a altas horas de la noche. Pensaba reclamársela al barón. Pero, al mirar por la puerta entreabierta de la biblioteca, no había visto al marido de Georgette y, después de meditar un instante, había regresado a su habitación, con el propósito de rescatar la misiva al día siguiente.

Acababa de completar su relato, cuando Sorot advirtió que un segundo cura había entrado en la estancia, por la puerta principal. Era un hombre de cabellos blancos, de gestos suaves, que traía bajo el brazo un libro negro, semejante al de su colega el abate Collard.

—¡Qué!... ¿Otro de ustedes, — murmuró el policía dirigiéndose al abate.

—Es el cura del castillo — dijo éste sonriendo. — Buena persona, pero... de poco cerebro.

—¿Supongo que no sabrá usted nada del asunto? — preguntó el polizonte, mirando de soslayo al recién llegado, que se había inclinado ante todos los presentes y luego, se había dirigido hacia Georgette, hablándole con afectuosa entonación, como para alentarla en su depresión.

—¡Imposible!—respondió el abate Collard.—Desde que estoy aquí no ha venido más que una vez al castillo. El barón no era amigo de los sacerdotes. A mí me soportaba porque se sentía orgulloso de que hubiera venido a examinar sus manuscritos y, además, porque no deseaba ofender a los dignatarios eclesiásticos que represento.

—Creo recordar que el barón era un gran coleccionista de objetos de valor — añadió Sorot — ¿No fué él quién adquirió recientemente las famosas perlas de Dagonoff.

—Lo ignoro — repuso el abate, encogiéndose de hombros.

—Perdóneme, — agregó de pronto Sorot, — mi memoria parece estar hoy un poco rebelde. ¿Sabe usted, señor abate, que la cara de ese sacerdote no me es desconocida?

Pero Sorot no se preocupó mayormente por este detalle. Pedro Thorne fué trasladado a su habitación, custodiado por la policía, y la bella Georgette fué conducida a su aposento por el amable cura de la aldea.

Este apareció más tarde y se unió al abate, en la terraza, donde pronto los abordó Sorot.

—Los pájaros del mismo plumaje — dijo riendo — siempre juntos ¿eh?

Los dos religiosos lo miraron sonriendo. Y el polizonte interpeló en seguida al cura del castillo.

—No puedo quitarme de la cabeza la idea de que le he visto a usted antes en otra parte. ¿No recuerda usted dónde nos hemos encontrado.

—Usted, caballero, ha de haber visto muchas personas en el transcurso de su vida, y entre ellas tal vez haya estado yo..., que no soy más que un humilde ministro del Señor.—Hizo una pausa. — ¿Puedo decirle algo?

—Si es algo que vale la pena y relacionado con el asunto que me

ANÉCDOTA

Saint-Fox era un burlón incorregible y pesadísimo.

—Huele usted muy mal—dijo brutalmente a un gentilhombre.

Este le desafió.

—¿Para qué? — añadió Saint-Fox. — Aunque usted me mate, seguirá usted oliendo mal; y si le mato yo, olerá usted peor.

trae aquí, le escucharé con mucho gusto — repuso Sorot.

—Como cura del pueblo, conozco muchos detalles de estas gentes. En la aldea hay una joven bella y honesta, que fué a solicitarme consejo. Se refería al mayordomo de este castillo, un tal Montaine, a quien acaba usted de ver.

—¡El hombre que encontró el cadáver por la mañana! — exclamó el polizonte. — ¿Qué sabe usted de él?

—A juzgar por lo que me dijo esa joven inocente, sé únicamente que su proceder no siempre es correcto. Pretendía que ella se fugase en su compañía, aunque parece que ya es casado. Y le dijo que esperaba tener mucho dinero dentro de poco. ¿De dónde puede sacar mucho dinero en poco tiempo un hombre que disfruta de un modesto sueldo?

—¡Qué sé yo! — contestó Sorot con impaciencia. — Además, ¿tiene eso algo que ver con el asesinato?

—Nada — murmuró el cura, — excepto que fué él quien encontró el cadáver.

—¡Bah! — exclamó sonriendo, el gran polizonte. — Será usted un buen cura, no lo dudo, pero como sabueso policial no hallaría usted empleo en ninguna parte...

El abate Collard se echó también a reír, irónicamente.

De pronto apareció un chiquillo del pueblo, con un telegrama para Sorot. Este tomó febrilmente el sobre azul y lo rasgó.

—Debe ser del juez de instrucción — dijo. — Me he puesto en comunicación con él.

Y leyó rápidamente el mensaje. Pero, antes de terminar la lectura, retrocedió sorprendido; luego volvió a leer el despacho, rascándose la cabeza y murmurando para sí:

—¡Esto sí que es curioso! ¿Cómo ha podido serme dirigido este mensaje?...

Los dos clérigos, sentados en un banco de piedra, siguieron conversando un buen rato, y ambos parecían aliviados y satisfechos de poder cambiar sus impresiones sin la presencia inoportuna del polizonte. Por fin, el abate Collard se levantó.

—Hermano — dijo muy amable— el tiempo vuela en su agradable compañía y casi me había olvidado de que, si he de tomar el tren de la tarde para París, tengo que ir guardando algunas cosas y prepararme para la partida.

—¿Ha concluído usted su misión aquí, hermano? — pregunta el cura rural.

—Sí, y a las mil maravillas. Debí marcharme ayer. ¡Ojalá lo hubiera hecho! Me he sentido hondamente perturbado por los terribles sucesos de anoche. Temo que a mis superiores de San Eustaquio les desagrade que uno de sus hermanos sea llamado a prestar declaración en un proceso criminal de esta resonancia.

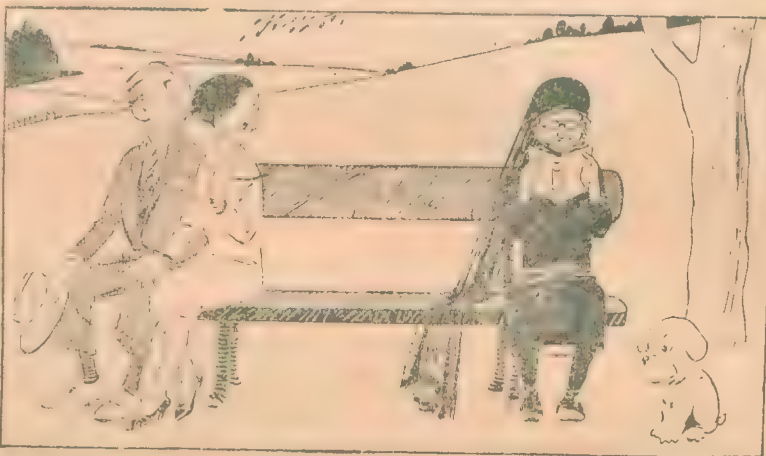
—Desde luego, siempre es sensible que un sacerdote tenga que figurar, aunque indirectamente, en hechos delictuosos. Pero, francamente, me gustaría poder modificar la situación de la baronesa Georgette y de ese joven inglés a quien no puedo creer culpable. ¿Qué opina usted?

—Que son dignos de compasión —respondió el abate Collard.

Se agachó y levantó uno de los dos libros negros que habían dejado en el banco entre ellos, mientras hablaban. Poniéndoselo bajo el brazo, se alejó. El sacerdote del castillo quedóse un rato meditando, y luego se levantó también. Cogió el otro breviario, lo miró con curiosidad, le dió varias vueltas, probó su cierre metálico, y lo abrió ligeramente, en forma furtiva.

—¿Se dará cuenta de que ha llevado el libro equivocado? — murmuró.—Aunque si así fuera, vendría a reclamarlo.

VENTOLINA PROVIDENCIAL.





En ese instante oyóse una confusión en el fondo del parque, cuya quietud vióse interrumpida por un disparo de revólver, seguido de gritos y del estrépito de hombres que corrían. El cura rural escuchó un instante, y luego se dirigió apresuradamente hacia la biblioteca.

Al entrar, se encontró con monsieur Sorot y uno de sus hombres. Georgette, pálida, pero con los ojos brillantes de ansiedad, estaba también allí. El cura no prestó ninguna atención a la mujer. Se dirigió al polizonte, impaciente:

—¿Tenía yo razón? — lo interpeló. — ¿Había algo de extraño en la conducta de ese mayordomo?

—¿Qué quiere usted decir? — inquirió Sorot, mirándole de hito en hito.—Usted parece muy interesado en el asunto. ¿Qué sucede con el mayordomo? ¿Usted ha mandado a buscarlo, verdad?

—Sí, ¿y qué?

—¿Y no ha oído el disparo y los gritos? Parece que el tal mayordomo ha preferido poner pies en polvorosa a hacer frente a la verdad.

—¿La verdad? — exclamó el inspector policial sorprendido. — Mire, señor cura: usted, al parecer, sabe mucho del asunto. Según la señora baronesa, usted ha prometido ayudarla. ¿Qué es lo que usted sabe? ¿Puede, para empezar, explicarme esto?

Y tendió al cura el telegrama que había recibido horas antes. Decía así: *"Sorot, Villa Perignac. — Abate Collard, del Colegio de San Eustaquio, no fué comisionado para examinar manuscritos barón Perignac. Abate actualmente aquí. No comprendo causa pregunta. — Superior".*

—Lo que yo quisiera saber es cómo ha llegado esto a mí — insistió Sorot, al recibir el telegrama de manos del cura. — ¿Quién ha pedido este informe? ¡Yo no he sido!

—No — murmuró el sacerdote. — He sido yo. Me tomé la libertad de hacerlo en su nombre, esta mañana a primera hora, cuando me enteré de la tragedia y supe que usted venía a encargarse del sumario.

—¡¿Usted?! ¿Y con qué fin?

—Porque estaba completamente seguro de que no había ningún abate Collard.

—¿Y qué motiva esa seguridad?

—Hace poco conocí, felizmente, al verdadero abate, y me precio de buen fisonomista.

—¿Y éste, entonces? ¿Por qué habría de venir al castillo otro sacerdote haciéndose pasar por el abate Collard, para examinar los manuscritos?

—Tal vez no haya venido para eso. Es probable que haya traído una misión muy distinta.

—¿Por ejemplo?

—Creo que el barón de Perignac poseía muchos objetos de valor, entre ellos ciertas perlas famosas.

—¡Las perlas Dagonoff! ¡Eso es! ¿Pero..., el sacerdote?

—¡Qué sacerdote ni qué sacerdote! ¡Ese hombre no es sacerdote!— exclamó el anciano, dejándose acalorar por la indignación. — Es un...

—¿Un qué, padre?... — insistió Sorot, impresionado.

—Eso, hijo mío, debe averiguarlo usted. Yo soy un pobre cura de aldea. Pero estoy seguro de que el mayordomo podrá decírselo.

Mientras tanto, entrando algo precipitadamente, apareció en la sala la persona conocida por el abate Collard. Sonrió amablemente a monsieur Sorot y se dirigió rectamente hacia el cura rural.

—¡Ah, hermano! — exclamó. — ¿Sabe usted que he tomado el libro equivocadamente? ¡Este no es mi breviario!

—¿Ah, sí? — murmuró el cura.— Entonces éste debe ser el suyo. Son muy parecidos. ¿Está usted completamente seguro del error?

—¡Fíjese! — contestó el otro, abriendo el libro que traía consigo. — Aquí hay uno de los avisos de los servicios religiosos de su iglesia, entre las páginas de este libro. De modo que se lo devuelvo a usted. ¿Y el mío? Gracias hermano. No me hubiera separado de mi libro por nada en el mundo. Y, como ya terminé de embalar mis efectos...

—¡Un minuto! — terció Sorot, que había observado la escena con impaciencia. — ¿Dice usted que ha terminado de preparar su equipaje? ¿Para marcharse adónde?...

—Regreso a París, hijo mío. En el colegio me aguardaban ayer...

PAULINA

(Del libro *"¡Mujeres!"*, recientemente aparecido).

Yo absorbí de tus labios purpurinos
la ternura inefable de los besos,
quedando para siempre en ellos presos
mis bohémicos ensueños peregrinos.

Y canté a tu pureza y hermosura
mis rondeles inspirados y galanos,
elevándote del mundo de villanos
a la gloria del amor y la ternura.

Y un día, al acudir a nuestra cita,
hallé en tu lugar una esquelita
donde ingrata me decías: "¡Hoy me caso;

me lanza mi familia al sacrificio!..."
Han pasado los años y hoy el vicio
hace que te encuentre a cada paso...

MIQUIX DEL ZOLAR.

—Pero aquí — dijo el policía tendiéndole el telegrama — aparece un documento curioso que indica que en el colegio de San Eustaquio ignoran su presencia entre nosotros. ¿Tendrá usted la bondad de explicarse?

El seudo abate tomó el papel, lo leyó, frunció el ceño, miró muy sorprendido a las personas presentes y depositó el despacho sobre la mesa. Su rostro afable, completamente sereno, pareció desmentir por completo la acusación del cura del castillo.

—¡No! — dijo. — Indudablemente, no puedo explicarlo, al menos que no se trate de una broma o de una calumnia. ¿Acaso existe alguna insinuación de que yo no soy realmente el abate Collard?

—¡Insinuación, no! ¡Seguridad! —intervino con presteza el cura rural, avanzando dos pasos. — Y yo soy quien formula la acusación. ¿Por qué? Porque conozco personalmente al verdadero abate Collard. Y lo que deploro es no haberlo desenmascarado a usted con anterioridad. Si hubiera sospechado por un momento que iba usted a manchar el hábito de la iglesia con un crimen...

—¿Crimen? — rugió el otro. ¡Insensato! Cuando regrese a París, hermano, tendré que denunciarle ante nuestra superioridad, para que investiguen el estado de su salud. ¡Yo; complicado en un asesinato!...

—¿Y por qué no? Le asistían a usted para ello razones más poderosas que al hombre que está acusado de un crimen que no ha cometido.

—¿Y qué razones son esas? — preguntó el otro, algo pálido, pero sin perder su autodominio.

—¡Las perlas Dagonoff!

—¿Las per...? ¿Qué son? Nunca las he oído nombrar.

—Sin embargo, están en su poder en este preciso instante.

—¿En mi poder? ¡Pero este hombre está loco! No. Peor. Es un farsante. Que trate de probar ahora mismo lo que ha dicho.

—¡Usted mismo ha de suministrar la prueba!—exclamó el cura con voz cada vez más sonora.—Si yo miento, ese libro que lleva usted debajo del brazo y cuyo interior está cortado en forma de caja, aparecerá vacío. ¡Abralo y déjenos ver!

Y se arrojó al mistificador. Hubo una breve lucha, en la que intervinieron Sorot y su auxiliar. El abate apócrifo pareció desarrollar de pronto una fuerza hercúlea, y sólo pudo ser reducido mediante grandes esfuerzos, después de haber hecho un disparo, con un revólver que había extraído rápidamente de entre sus ropas, dando lugar a que la baronesa Georgette lanzase gritos de terror y cayera por fin desvanecida sobre un sofá, después de tantas y tan encontradas emociones.

De entre el tumulto, cuando el farsante hubo sido reducido a la impotencia, surgió triunfante el sumiso y humilde cura, portador del breviario. Lo abrió él mismo, levantando el cierre metálico. Como había afirmado, no era un libro, sino una caja disimulada. Y, de su interior, el cura sacó y colocó sobre la mesa, con una leve sonrisa, una regia sarta de perlas enormemente grandes y sumamente perfectas.

Y ahora, — exclamó, — ¿quién es el que miente?

El hombre que se había hecho pasar por el abate Collard podía, después de esta prueba, seguir blasfemando hasta cansarse. Ya tenía las manos sujetas con los grilletes de la ley, y, de cualquier manera, había quedado demostrada su culpabilidad en cuanto al robo. Pronto pudo también probarse que era culpable de asesinato, al confesarlo el mayordomo que, minutos más tarde, fué traído hasta la sala por dos gendarmes que le habían dado alcance cuando se disponía a huir.

Quedaron completamente desechadas sus pretensiones de inocencia. El supuesto sacerdote, un bribón de siete suelas que había proyectado el "golpe" con mucha sagacidad, había cometido el crimen incidentalmente, al ser descubierto por el barón mientras maniobraba en la caja fuerte, que estaba embutida en una de las paredes de la biblioteca. Había consumado su delito en el preciso instante en que Pedro Arnoldo Thorne miró, casualmente, por la puerta entreabierta, sin ver nada en el interior. Y la fugaz visión de Thorne le había hecho concebir la idea de fraguar la historia en la que el joven inglés aparecía como culpable o, por lo menos, como complicado en el asesinato. Juzgándose seguro bajo su disfraz de sacerdote y su falsa autorización del Colegio de San Eustaquio, nunca había pensado en la posibilidad de ser descubierto.

Parecía una cosa sorprendente que la dilucidación del misterio se hubiera producido exclusivamente por obra y gracia del cura rural. Por un tiempo, después de haber sido trasladados los delincuentes a la comisaría local y mientras la bella Georgette y Pedro Thorne se abandonaban en la terraza del castillo al alborozo de sus almas, a sus proyectos de dicha, el inspector Sorot estuvo estudiando al afable e *insignificante* sacerdote, con asombro.

—¡Daría cualquier cosa por saber quién es usted! — dijo de pronto. — ¿Ha sido usted siempre cura? Juraría lo contrario...

—Y no juraría usted en falso, si bien Dios ordena que no se debe jurar en vano... y a ciegas. En otros tiempos fuí algo bien distinto: agente de policía...

¡¿Usted?! ¡Ah, sí! Ahora empiezo a comprender... Usted perteneció a la policía en la época en que yo ingresé. Desapareció usted al poco tiempo de iniciarme yo como agente de investigaciones... ¡Sí, sí!... Usted es aquel agente inteligente que...

—Nunca he sido inteligente — le interrumpió el cura. — El acto de cazar criminales no es obra de la inteligencia. Con el tiempo, todos caen perdidos por su propia astucia. Lo difícil es evitar la formación de delincuentes. Esa es mi tarea actual. No quiero decir que lo haga bien, pero pongo en ello todo mi empeño. Esta vez, sin embargo, ambos hemos hecho una obra buena: hemos contribuído a la realización del anhelo de dos seres enamorados. ¡Bendito sea Dios!

El perro de Josefina

Por Carmen de Burgos

La pasión por los perros es ya muy antigua en las damas: y si esta inocente afición ha sido tan combatida es, sin duda, porque despierta los celos de los egoístas.

Verdad es que a veces las mujeres exageran el cariño al perrito. Un buen ejemplo de esto es el que ofrece la emperatriz Josefina con el amor, lleno de coquetería, que la hermosa criolla profesaba a su carlino "Fortuna".

Se sabe la historia de la bella criolla ya viuda y madura que inspiró tan loca pasión a Napoleón.

Su matrimonio fué un matrimonio de amor; el corso y la hija de la Martinica no pensaron en el porvenir. Napoleón declaró en su contrato de matrimonio que no poseía ningunos bienes muebles e inmuebles.

La boda fué tan modesta que se celebró en la Alcaldía con sólo cuatro testigos, y en seguida los dos esposos se fueron al hotel donde vivía Josefina.

Aquí comenzaron las penas de Napoleón por causa de "Fortuna". El doguito tenía costumbre de dormir sobre el cubrepiés del lecho de su señora y no fué posible desalojarlo de allí.

Por no desagradar a Josefina, Napoleón tuvo que someterse. "Fortuna" venció al héroe y los dos días que Napoleón estuvo al lado de su esposa, por la imperiosa necesidad que tuvo como general en jefe del ejército de la Italia, de marchar a su puesto, no logró que el perrito le dejase gozar de su intimidad.

Se ve el amor de Napoleón a Josefina, en cómo transigía con el perro favorito. En una de las cartas que le escribía desde Italia, se leen estas frases: "Un millón de besos; hasta para "Fortuna", a pesar de su maldad".

Josefina adoraba al perrito y lo cuidaba y mimaba tanto como a su propia hija. Lo lavaba y lo peinaba ella misma, lo tenía en su regazo; lo acariciaba con ese mimo criollo lleno de blandura, que mil veces hizo suspirar de envidia a Napoleón.

El perrito iba siempre en compañía de su ama, la cual temerosa de que se pudiera perder le había puesto un collar de plata de tres cm. de ancho, forrado de cuero rojo, formando burletas en los rebordes y adornado con dos grandes cascabeles que anunciaban con su drilín-din-din, la presencia del animalito.

En ese collar se había grabado un letrero para más seguridad:

"J'appartiens a Mad. Josephine Bonaparte".

Como todo lo que de cerca o de lejos ha tenido relación con Napoleón, se ha investigado tanto, se sabe que "Fortuna" era un perrito de patas cortas y cuerpo alargado, de color rojizo, con nariz de comadreja, que no recordaba su raza más que por el hocico negro y la cola en tirabuzón.

La muerte de "Fortuna" es una anécdota curiosa. Cuando Josefina fué a reunirse a su marido en Milán, éste había regalado a su cocinero un hermoso y fiero mastín, con la esperanza maquiavélica de que aquel perrazo lo librara de su rival. La cosa sucedió como él lo había previsto. Un día el mastín estranguló al insoportable faldero. La futura emperatriz se desmayó al ver el fin trágico de su favorito. Napoleón que la socorrió solícito, tratando de consolarla, estaba lleno de alegría: Se había deshecho de un enemigo, quizá el que más trabajo le había costado vencer.

ANÉCDOTA

Un individuo católico fervoroso y entregado de lleno a prácticas de alquimismo, dedicó a León XIII un libro en donde había consignado sus procedimientos para fabricar el oro.

Al dedicar el libro al Papa, esperaba ser recompensado espléndidamente. Pero el Papa le envió una bolsa vacía, acompañada de este lacónico escrito:

"Ya que sabéis cómo se fabrica el oro, no necesitáis más que una bolsa para guardarlo".

UNA REVISTA MAS

Por Leonardo A. Bazzano

—¿Conoce usted algún autor de revistas?

—¡Hombre! Desde luego. Lo raro sería que conociese alguna persona que no las hubiera escrito.

—¡Ah! Pero yo me refiero a los que estrenan.

—Eso... eso ya es harina de otro costal.

El que así me interrogara es un señor que, como otros muchos, busca un medio de vida fraguando cosas sin lógica, sin sentido común, burdamente expuestas. No fué escritor jamás, ni nunca le había ocurrido serlo. Pero con los alquileres tan altos, a pesar de la ley... respectiva, y con lo caro que están los comestibles, es preciso ingeniarse para sacar unos pesitos.

—¿Por qué no se busca un empleo?

Y este consejo, en interrogación, para que le resultara menos chocante, hizo que el hombre se explayara.

—Lo he buscado. Primero me afilié a un comité personalista. Noche a noche veía al presidente, a los vocales, al secretario y... nada. Promesas vagas. Me afilié a uno antipersonalista. Me ocurrió lo mismo. Desengañado, me arrimé a los demócratas. Exactamente, como los otros. Entonces... — no me quedaba más remedio, — pensé escribir para el teatro. ¿Un drama? ¿Una comedia? Oh! Eso es cosa difícil. Pensando, pensando, se me ocurrió "hacer" una revista. Con diez carillas de cuaderno el asunto queda arreglado. Lo demás es sencillo.— "Mirá, vos salís de aquí, caminás unos pasitos, te quedás al costao izquierdo, después al derecho; levantás las manos con las palmas pa fuera y decís:...

—Ah!, sí, el ensayo.

—No; la obra. Todo se hace allí. Lo que yo quiero es uno que me presente al empresario y me recomiende y si fuera posible me hiciese adelantar unos cobres. Porque eso es lo que más me apura.

—Naturalmente.

—Ya tengo el título, muy llamativo: "El paine de la papirusa".

—¿Y hay algún peine en la obra?

—No.

—¿Alguna "papirusa"?

—Tampoco.

—Y entonces, ¿cómo justifica el título?

—Eso no es necesario. Salen unas muchachas y cantan. Se van y vienen otras que bailan. Se van éstas y sale un tipo medio criollo, medio tano y medio inglés.

—Entonces no es un tipo el que sale. Es un tipo y medio.

—Bueno, como quiera. Dice una punta de cosas de la policía. Habla mal del gobierno, de don Hipólito y hasta de don Lisandro. Se va y sale una "paica". Esta habla del hipódromo y de las "fijas", y dice que son todos una punta de "tongueros".

—¿Sabe que me va interesando la obra?

—Después salen los del Boca Juniors, discuten por un "goal" y hay castañazos y tortas.

—Allí haría falta Firpo.

—También sale, y con traje de "ring".

—¡Con este frío!

—Y tiene una agarrada con don Marcelo. Se van éstos y vienen las muchachas otra vez, más... al natural, ¿sabe? Todas mayores de diez y ocho años.

—Por fuerza.

—Cantan un tango y lo bailan.

—¡Basta! Desde ya le auguro trescientas representaciones consecutivas y me quedo corto. "El paine de la papirusa" será el éxito del año.

—Habrá notado usted que "El paine de la papirusa" tiene tres *p*.

—Oh! Y aun podría tener más... ¡Ya lo creo! Amigo mío, venga usted por aquí mañana. Ya tendrá empresario a mano, que le aceptará la obra y le anticipará dinero... si la policía no se opone.

—¿Y por qué habría de oponerse?

—Porque... la policía suele ser previsora y querrá evitar que el público se aglomere en la boletería y que los más impacientes se peguen en disputa de las localidades. Y luego, ya en desborde el entusiasmo, asalten el escenario y le maten a usted a palos.

—Hasta ahora no sé de que hayan muerto a palos a ningún autor.

—Hasta ahora... debe haber andado de por medio la Providencia. Con todo, venga usted y si no basta la policía para amparar el éxito de la obra, procuraremos el concurso del ejército. "El paine de la papirusa" no debe quedar inédito.

—¿Entonces puedo contar con usted y con el empresario?

—Sí; cuente conmigo, con el empresario, con la policía y con el ejército. Ah! Pero le voy a hacer notar un olvido lamentable.

—¿Cuál?

—Que Olivero, Duggan y Campanelli no figuran en su revista.

—Pero podría ponerlos.

—Sí, amigo mío, póngalos usted con su aeroplano glorioso, con la "Juruna", con los discursos, con los "cabocios", — que sería un coro muy lucido; — ponga usted todo eso, porque en las revistas que en Buenos Aires se estrenan cabe todo, completamente todo, menos el ingenio y los chistes de buena ley.

A UNA DAMA

(Del libro "*El viento en la montaña*", recientemente publicado).

Mi vida es ignota; mi estirpe es extraña;
combato a la suerte con un talismán;
¡y llenan mis versos voces de montaña
y cruzan mis cantos soplos de huracán!

¡Me asomo a tus ojos azules, lo mismo
que sobre un remanso se inclina el saúz;
y hasta las negruras de mi pesimismo
siento que me envían tus ojos su luz!

¡Me envuelve mi orgullo como una coraza;
me atrae lo grande como un ideal,
porque yo desciendo de la antigua raza
que imperó en Atenas, potente y genial!

Por la hechicería de suave misterio,
soy tu siervo amante, reina de ilusión:
¡y si eres guardiana de mi cautiverio,
que nunca termine mi dulce prisión!

Recorrí las pampas y las cordilleras;
todo un Continente tuve que cruzar;
desafié el tumulto de las torrenteras,
¡y a tus lindas plantas me vengo a postrar!

¡Surjo del Pretérito! ¡Salgo de lo arcano!
¡Es mi fantasía sonoro tropel
de arduos palafrenes que guía mi mano
por la estepa virgen del blanco papel!

¡Soy como los ríos que van susurrando
su nostalgia, en larga peregrinación!
¡Como las corrientes yo paso cantando
la melancolía de mi corazón!

¡Deja que mi canto, con magia atrayente,
arrulle y conmueva tu alma musical,
y que te fascine como una serpiente
y que te circunde como una espiral!

DEMETRIO KORSI.

El valor del azúcar para los atletas

El famoso campeón mundial de lucha, Jorge Mackenschmidt, conocido durante años por el hombre más fuerte, tenía la costumbre de decir que nada le preparaba mejor para una contienda que unos pocos terrones de azúcar.

Los psicólogos modernos dan por buena la costumbre del atleta ruso, según *The Journal of the American Medical Association*, de Chicago. En un editorial de dicha publicación científica se afirma que, según la nueva concepción de la contracción muscular, "el combustible primario para el músculo es el carbohidrato."

Todo el mundo sabe, en nuestros días de discusión popular sobre dietética, que el carbohidrato es una combinación particular de carbono, hidrógeno y oxígeno, del cual el azúcar es un típico ejemplo. Ciertas autoridades en psicología creen que toda la grasa debe convertirse en carbohidrato antes de ser quemada en nuestro sistema. Sin embargo, la cuestión no está del todo resuelta. Dos psicólogos de Yale, los Sres. Henderson y Haggard, después de hacer estudios en los remeros de la Universidad, llegan a la conclusión de que "el azucar no es el único combustible productor de energía muscular", pero añadiendo que el azucar era el combustible más a mano y de más fácil utilización. "El azucar, dicen, es el alimento que facilita más rápidamente una acción intensa".

"Los nuevos datos indican que por lo menos dos terceras partes de la energía gastada por la mayoría de los atletas se deriva de la grasa. Los fisiólogos de Yale creen que se evitarían los peligros que se derivan de un exceso de entrenamiento si los atletas se alimentaran de manera que las corrientes respiratorias se mantuvieran constantemente sobre 0.85 ó 0.9, en vez de cifras más bajas indicativas de una mayor combustión de grasa.

"En un grupo de andarines que tomaron parte en una carrera, se demostró que hay una íntima correlación entre la condición del andarín al finalizar la carrera y la presencia del azucar en la sangre. Los que presentaban un nivel bajo, tenían un aspecto de extrema fatiga. Se sugirió, por tanto, que una adecuada ingestión de carbohidrato antes y durante un prolongado y violento esfuerzo muscular, sería de gran utilidad para evitar que la hipoglicemia y los síntomas de exausción que la acompañan.

EL TAGÜÉ [1]

Por Enrique Suárez

Cuando lo vi por primera vez, no fué sin recelo, dado su aspecto un tanto adusto y completamente desconocido en aquellos pagos.

Era a la caída de la tarde y traíamos, arreándola, una gran *punta* de ganado de cría para encerrar en el corral y al día siguiente herrar los terneros. Un poco antes de llegar, se encontró con nosotros. Iba por el camino que conduce de "Berón de Astrada" a la "Maloya". Me saludó respetuosamente y se ofreció para ayudarnos, ofrecimiento que acepté.

Desde el primer momento comprendí que aquel hombre era muy entendido en los trabajos de campo, lo que se confirmó al otro día, durante la hierra. Pocos, muy pocos tiros de lazo le ví errar; con suma maestría y destreza arrojaba el lazo que iba a enroscarse, culebreando, cual si se colocara con prolijidad, alrededor de las nacientes astas del ternero, si las tenía, o sino en el pescuezo. El capataz y los peones lo miraban recelosos, primero, después con simpatía y admiración; admiración que yo compartía y no era para menos, dada su gran práctica. Como manifestara que era domador, y parecía desear sumarse al personal de la estancia, le pregunté si quería quedarse a domar.

—"Sí, patrón, — replicó — me quedaré por algún tiempo, como en otras partes, para después ir a seguir mi destino". Y su rostro se ensombreció, como si el recuerdo de algo trágico lo torturase.

Transcurrieron tres meses, alternando la doma de potros con los trabajos de la estancia. Buen jinete, a las dos o tres veces que ensillaba un potro, ya sin *padrino* lo hacía andar. No era cruel, antes al contrario, paciente y cariñoso, dominaba fácilmente al potro más *chúcaro*.

—"De toda la tropilla, patrón — solía decirme — el que le destino para su *montado* es el gateado, caballo guapo y noble; pocos tengo visto que lo igualen; cuídelo y consérvelo para que, cuando me vaya, se recuerde del Tagüé".

Su nombre era Nicolás Salas; pero sonreía bondadosamente cuando la cocinera y los compañeros le llamaban Tagüé. Naciera en Arroyo Grande, cerca de Concordia, Entre Ríos. Nada más sabíamos de su vida; no obstante que decía tener treinta años, y esa edad la denunciaba su semblante.

Con respeto y cariño lo trataban todos los compañeros; su carácter era taciturno, pues jamás bromeaba y parecía como si su mirada y semblante denunciasen estar bajo la presión de un pesar infinito.

Una noche de luna, el capataz me dijo alarmado:

—"No sé, patrón, qué le pasó al Tagüé. He observado que jamás duerme en el galpón y cada noche muda de sitio; ésta dejó a soga el *picaso* y el pangaré redomón que usted le regaló, y se fué con su apero bajo el tala, junto al pozo; allí parece que hablara con alguien. Apenas cenó ya salió, y está hincado lamentándose y con las manos juntas, en actitud de súplica, como si estuviese con alguno; y no hay nadie más que el sombrío del talar. Yo creo que no anda bien de la cabeza".

Era la media noche; la luna llena iluminaba con gran claridad; y, desde el rancho, vi al Tagüé, de rodillas, como me dijera el capataz. Lo estuvimos observando un gran rato, mas viendo que aquellos ademanes suplicantes no cesaban, decidimos, no sin recelo, acercarnos a él y averiguar lo que le pasaba. Nos aproximamos con toda precaución y, ya cerca, pudimos oir claramente que decía sin cesar: "¡Perdón! ¡Perdón!".



Llegamos junto a él, sin que nos notara — tan abstraído estaba — hasta que yo, compadecido le llamé:

—"Salas, Salas. ¿Qué le pasa?... ¿Qué tiene?".

Cual si se despertara de un largo sueño, se pasó ambas manos por la cabeza y los ojos; me miró con tristeza suprema, y respondió:

—Nada, patrón, lo de siempre; es mi sino, la fatalidad que me sigue adonde quiera que vaya.

Dijo esto y se levantó, arregló sus "calchas", arrimó el picaso y empezó a ensillar despacio, muy despacio, con esa meticulosidad y maestría como sólo lo hacen nuestros camperos. Después que hubo terminado, al ir a montar a caballo, le dije:

—Pero, Salas. ¿Adónde va a esta hora? Quédese; ya se irá mañana.

—No, patrón; no me puedo quedar, debo irme. ¡Oh, esto es horrible!

Y nos miró al capataz y a mí con el fulgor siniestro de sus pupilas.

Fué una noche — exclamó, — de luna llena, clara como ésta y también bajo un talar.

Dicho esto, intentó nuevamente montar a caballo. Lo atajé, sugestionado por las palabras que acababa de oirle.

—No, Salas; está usted angustiado, exacerbado; ábranos su corazón, somos sus amigos, cuéntenos como fué.

Pareció titubear; se descubrió y sollozó, más bien que habló, lo siguiente:

—De esto hace ya cinco años; estaba, como aquí, domando en una estancia de la costa de Mandisoví, no lejos de Federación. Una noche, en un baile, cerca de la estancia, conocí a Goya, una morochita linda y simpática. Vivía con la madre, ya anciana, en un ranchito. Nos amamos; la quise con locura y así, bajo un talar que había al pie de su rancho, iba algunas noches, después del trabajo, a verla; allí conversábamos a la vista de la anciana, que sentada a la puerta de su rancho nos miraba con agrado.

Una noche que, como otras, llegué al tranquito de mi caballo, sin hacer ruido que me denunciara, quedé mudo de asombro al hallar a mi Goya bajo el mismo tala, abrazando y besando a un joven. Sin meditar, ciego de ira y de celos, me tiré del caballo y de un salto, como un tigre, me arrojé facón en mano y a la vez que le gritaba ¡infame!, le sepulté en el pecho el puñal, sin darle tiempo de huir y ni aún de desprenderse de los brazos del joven. Como una masa inerte y sin un lamento cayó al suelo, debatiéndose en los estertores de la agonía, mientras que el joven, un niño casi, corría aterrado hacia el rancho, en cuya puerta vi la silueta de la anciana que, dándose cuenta de lo que sucedía, me gritó alzando los brazos y con los puños cerrados en actitud amenazante: "Maldito! Maldito!... ¡Es su hijo!".

Cual si se desplomase el mundo sobre mí, espantado, asustado de mi obra, del cuadro horrible que tenía ante mis ojos, monté a caballo y huí, huí de la justicia como un cobarde, pues que el recuerdo de mi crimen me seguía y sigue a todas partes. Una noche llegué hasta el rancho, que era ya tapera; la anciana sabía que había muerto, y en el sitio del crimen, bajo el tala, una mano piadosa había puesto una cruz; me arrodillé a implorar el perdón de la finada, cuando al mirar hacia la puerta del rancho ví, con asombro, dibujarse el espectro de la anciana, que, como la otra vez, me amenazaba con los puños en alto y la boca desdentada abierta, gritándome: ¡Maldito! ¡Maldito!

Y, desde entonces, mi vida es un constante martirio; esa visión me sigue a todas partes; en las noches claras de luna como aquélla y bajo las sombras de un tala, creo que se yergue su espectro amenazador.

Dijo ésto y ví en su rostro las lágrimas correr abundantes, a la vez que montando a caballo, se fué alejando al tranquito, hasta que su silueta se esfumó en la lejanía.

(1) Denominación que los correntinos dan a los entrerrianos.

¿Quién era Atalante?

Según la mitología, Atalante, o Atalanta, fué hija de Eskeneo, uno de los reyes de la isla de los Escisos, situada en el mar Egeo y célebre por haber pasado Aquiles en ella sus primeros años con las hijas de los Dolopes, pueblos de la misma isla. Atalanta era célebre por su agilidad y ligereza, y al llegar a la edad de contraer matrimonio declaró que de todos sus pretendientes sería preferido el que la venciese en la carrera. Hipomenes, nieto de Neptuno, recibió de una diosa tres manzanas de oro, de las que debía servirse para vencer a Atalanta, y así sucedió, en efecto, pues cuando llegó la ocasión de hacer la prueba, Hipomenes soltó una manzana. Cegada por la codicia y confiando en su ligereza por nadie igualada, detúvose Atalanta a recogerla, creyendo poder alcanzar a Hipomenes, que se le había adelantado; pero cuando estaba a punto de conseguirlo, soltó éste otra manzana, que la joven recogió también, sucediendo lo mismo cuando, poco antes de llegar a la meta, dejó caer Hipomenes la tercera manzana. Los esfuerzos de Atalanta para ganar el terreno perdido resultaron ya inútiles, y salió vencedor Hipomenes, que, en cumplimiento de lo acordado, fué su esposo. El simbolismo de esta fábula está bien claro, y por consiguiente no necesita explicación.

Atalanta no llegó a la categoría de diosa, sino que, habiendo profanado ella y su marido el templo de Cibeles, irritada la diosa los convirtió en leones.



La señorita vestida de azul

Por M. Dekobra

Paseaba yo aquella noche por la playa de Palm Beach. A la derecha, en la oscuridad, las olas se agitaban espasmódicas sobre la arena; a la izquierda, los arcos voltaicos del hotel iluminaban la noche con reflejos dorados que se filtraban a través del oscuro encaje de las palmeras. La atmósfera era tibia y sobre la terraza cenaban algunas parejas. Las pantallas amarillas parecían gigantescas luciérnagas posadas sobre mesas de flores. De vez en cuando refulgía una gema en un cuello desnudo, un diamante lanzaba destellos de un níveo seno.

De pronto, algunos pasos precipitados me hicieron volver la cabeza. Alguien se acercaba a mí. Reconocí a un mozo de hotel.

—Perdón, señor — me dijo el camarero, inclinándose. — Tengo que entregarle esta esquela urgente.

Sorprendido, rasgué el sobre celeste y leí el texto del pequeño pliego a la luz de mi lamparita de bolsillo. El mensaje era lacónico:

"Palace Hotel. Palm Beach (Florida).

"Señor: Sé que es usted francés. ¿Quiere hacerme un gran favor? Si accede, le ruego que venga en seguida a la terraza. Le espero. Sin duda no le será difícil reconocer a, "La señora vestida de azul".

Quedé desconcertado. Recordaba, efectivamente, haber visto en el ascensor, en la playa y en la sala de lectura, a una morena atractiva, de ojos oblicuos de geisha y de tupidas cejas que sombreaban la palidez de sus pupilas. Yo la había mirado con la muda admiración de un hombre bien educado y me había preguntado por qué siempre aparecía sola a la mesa, sola en los paseos y sola en el parque. Y me había propuesto averiguar algo respecto de la bella desconocida. La casualidad venía a satisfacer mi curiosidad aquella misma noche, trayendo a mi insípido ocio el atractivo de una invitación imprevista.

Regresé inmediatamente al hotel. Una rápida mirada circular por la terraza me bastó a hacerme reconocer a la señora vestida de azul, que estaba sentada a una mesita angular, junto a la balaustrada de piedra. Fumaba distraída, a la sombra de un fragante ramillete de rosas, y, al verme aparecer, se movió ligeramente y me señaló con el dedo la silla de enfrente. Me incliné. Por la viva luz que atravesó por un instante sus pupilas, comprendí que agradecía mi presencia.

Poseía en sus gestos y en sus ademanes una gracia serena y gentil que me dió la impresión de que me encontraba con una amiga querida y no vista por largo tiempo.

—Celebro, señora, que el camarero me haya encontrado en la playa, pues, de lo contrario, habría perdido la ocasión...

Con un gesto gracioso ella interrumpió mi cumplimiento y me ofreció un cigarrillo. Debía de ser una fumadora avidísima, porque el cenicero estaba cubierto de numerosas colillas doradas.

—No hablemos todavía de mi esquela — dijo sonriendo. — La brisa es dulce, el eco lejano de la orquesta mece nuestros pensamientos. Gocemos más bien de la belleza de la noche estrellada.

Miré a mi interlocutora. ¿Quién era? ¿Por qué aquella invitación tan insólita? ¿Una cortesana? ¡No! Hablaba demasiado bien. Sus pensamientos demostraban un refinamiento de espíritu completamente ajeno a tales mujeres. ¿Una artista de teatro? Sin embargo, su rostro no me parecía familiar. Además, el amor por la soledad no es la característica de las comediantas. ¿Era americana? Sí, porque hablaba el inglés sin ningún acento particular. Y, no obstante, había en su máscara algo exótico y en sus ojos una fascinación oriental que me subyugaba.

—Comprendo su sorpresa al recibir mi lacónico billete — dijo por fin, cuando la terraza quedó casi desierta. — Mi actitud le ha parecido insólita, ¿verdad?

—¡Oh!

—Sí. No sucede a menudo, en nuestra sociedad demasiado convencional, que una mujer solicite un favor a un desconocido... Ni siquiera en los Estados Unidos, patria de todas las excentricidades y de todas las audacias.

—Existen mujeres que pueden permitirse cualquier cosa sin que por eso su esplendor y su encanto material soporte el menor desmedro. Usted, señora, pertenece a esa rara falange de elegidas. Estoy, pues, dispuesto a todo por complacería.

—¿A todo? — repitió ella, ligeramente inclinada hacia mí.

El óvalo perfecto de su rostro estaba encuadrado, como en caprichoso marco, por dos sutiles manecitas engemadas. Los ojos oblicuos brillaban entre las sedosas y largas pestañas.

—¡A todo! No le quepa la menor duda.

—¿Está usted bien seguro? No me conoce; para usted no soy más que una mujer deseable, que ha encontrado en un corredor de hotel.

El sonido extraño de su voz, el misterio de su mirada fija sobre mí, me dieron un cierto malestar. Durante aquel segundo pensé que me aventuraba demasiado haciéndole semejante promesa. Pero ella no me dejó tiempo para reflexionar.

—Sabía que era usted un verdadero señor — prosiguió, dulcificando la mirada. — Además, todos los franceses son galantes. Verá, sin embargo, que el favor que voy a pedirle no es de los más complicados. He aquí de qué se trata... Usted, indudablemente, conocerá a Maud Morney...

—¿La cantante de opereta?... ¿La creadora de "La reine Bobette" en Londres?... La encontré anoche en la "villa" de un amigo mío.

—Muy bien... Su protector, el millonario americano Langford, la ha abandonado en estos días... Por este motivo, ella pierde una entrada de cerca de cincenta mil dólares anuales, y, para contrarrestar este vacío en su presupuesto, ha decidido vender uno de los más bellos collares de perlas. Algunos amigos me han presentado a la actriz y me han decidido a comprar la joya por la suma de ochenta mil dólares... Esta noche me será entregado... Usted dirá que la hora es un poco singular para un contrato semejante, pero la señorita Morney me ha rogado que la dejase llevar el collar esta noche, por última vez, a la velada de gala de míster H. D. Harrison. No he querido oponerme a este placer, pero deseo entrar en posesión de la joya esta misma noche, porque mañana partiré para Boston.

Yo la había escuchado con interés, pero no comprendía bien en qué podía serle útil.

—Adivino su pensamiento — prosiguió ella, — ahora lo comprenderá usted todo... Desde que Maud Morney ha roto con el millonario Langford, se rodea de personas equívocas, y, entre otras, trata a un tal Reggie Wonder, al que ya he encontrado dos veces con ella. Wonder es un joven actor cinematográfico de la Flox Film, y pretende ser el hombre más seductor de Nueva York... Su fama es un tanto turbia, y su intervención en la venta del collar me ha parecido algo extraña. Ahora bien, Reggie Wonder es justamente la persona que debe traerme esta noche el collar; Maud Morney me ha rogado que entregue a él mi cheque. Por lo visto, ella deposita mucha confianza en ese individuo, pero a mí no me inspira ninguna; he pensado que era mejor que tomase mis precauciones,

MODAS Y COSTUMBRES







—En otros tiempos, la mujer demostraba interés por ensoñar la cara...

—Que oculta ahora...

—Y, pronto, el interés tendrá otro punto de mira.

La pobreza y sus causas

"El hombre es pobre: porque no quiere trabajar; porque no sabe trabajar; porque no puede trabajar, y porque con su trabajo no gana lo bastante para atender a las necesidades de la vida.

En los cuatro casos, la sociedad tiene el deber de ayudar al hombre.

En el primer caso, haciéndolo trabajar.

En el segundo, enseñándolo a trabajar.

En el tercero, sosteniéndolo.

En el cuarto, disminuyendo sus necesidades o aumentando sus haberes.

El primer caso debe resolverlo la justicia.

El segundo, el Estado.

El tercero, la caridad.

El cuarto, la caridad o la conciencia.

Mientras la sociedad no resuelva el gran problema de la pobreza, no gozará de tranquilidad".

y entonces me he dirigido a usted.

—¿A mí?

—¡Sí, a usted!... Porque mis amigos se han marchado... porque hace quince días que me encuentro sola aquí... Suponga que nos ligue una antigua amistad y acepte figurar como testigo en el contrato del collar.

—Acepto gustoso — respondí sorprendido de que se me pidiera tan poca cosa.

—Muy bien... Cuando Reggie Wonder me traiga el collar, lo esconderé a usted detrás del cortinado, a fin de que pueda ser el invisible testigo de esta sencilla transacción comercial. Yo examinaré la joya ,porque, repito, no tengo más que una confianza limitada en el amigo de Maud, y si todo va bien, le daré el cheque en su presencia. Usted no tendrá que intervenir para nada, a menos que...

—¿A menos qué?...

—...No me crea usted en peligro; y, en ese caso, quiero creer que sabrá usted proceder.

—Naturalmente.

—Gracias. Es usted un caballero.

Y me tendió lentamente su mano, que yo besé sin responder.

Cinco minutos más tarde, penetramos en el aposento de la señora vestida de azul.

Varios jarrones con rosas y claveles. Un pijama azul a los pies del lecho. En la atmósfera, perfumes indefinibles.

Estuvimos charlando hasta las once.

Aunque mi bella interlocutora no llevase ningún antifaz de terciopelo negro en la cara, yo, sin embargo, experimentaba la impresión de hablar a una enmascarada, en una noche de Carnaval. Con arte incomparable, ella salpicaba la conversación con reticentes confesiones, con revelaciones inconclusas, que me dejaban en la más completa oscuridad sobre su situación social.

Y, mientras hablábamos, con el cigarrillo en los labios, el enigma se imponía cada vez con más fuerza a mi espíritu curioso. Ella me había dicho su nombre: condesa Mandezza; era norteamericana y viuda. Su marido, el conde Mandezza, había sido muerto casi a la terminación de la guerra, en el frente austriaco. ¿Era una aventurera?; ¿una mujer de mundo en pos de emociones?, ¿una emancipada que no conocía más ley que el impulso de su mente febril? Me inclinaba a esta última hipótesis. Un presentimiento me decía que ella era sincera y que le habría apenado advertir en mí alguna duda.

De pronto repiqueteó la campanilla del teléfono. La señora vestida de azul acudió al aparato.

—¡Hola!... Sí... Está bien. Hágalo subir.

Colgó el receptor y dijo:

—Es él... Escóndase detrás del cortinado... ¡Ah!! No se mueva.

Llamaron a la puerta. Entró un individuo elegante, al que ella acogió gentilmente.

—Buenas noches, Wonder.

Buenas noches, señora. Le traigo el collar.

—¿No le atormenta a la señorita Morney la idea de tener que deshacerse de él?... ¿Viene usted de la fiesta de los Harrison, verdad?...

Cambiaron aún algunas palabras. Luego vi al hombre sacar del bolsillo un estuche de cuero rojo. Lo abrió. Tendió el collar sobre la mesa. Era una joya maravillosa; valía más de cien mil dólares. La señora vestida de azul lo tomó, lo recorrió detenidamente, examinó el cierre, un zafiro rodeado de brillantes, y de pronto, frunció el ceño y preguntó:

—¿Dónde está la cadenita de seguridad?

El joven fotogénico explicó:

—Maud la rompió la semana pasada y no pensó en reponerla... Pero si usted tiene mucho interés...

—Espere. Tengo una en mi cofrecito de joyas. Voy a ver si puede servir.

La señora vestida de azul pasó al gabinete de toilette y la oí remover una valija. El señor Wonder, entretanto, se había sentado y había encendido un cigarrillo. Pasó un minuto, dos... Como ya no venía rumor alguno de la estancia contigua, Reggie Wonder llamó:

—¿Qué?... ¿Ha encontrado usted...?

Nadie respondió.

Sorprendido se levantó y se acercó a la puerta. Tuvo un sobresalto. Adivinó que el gabinete de toilette estaba vacío. En el espejo del fondo vi al señor Wonder que forcejeaba con el picaporte de la puerta que comunicaba con el corredor. La puerta estaba cerrada con llave por la parte exterior. Se precipitó a la otra puerta del aposento. También estaba cerrada.

¡Estábamos encerrados con llave!

Un sudor frío me heló las sienes. Presentí el drama. El hombre, inquieto, había sacado el revólver. Lo vi que exploraba la habitación, miraba debajo de la cama, abría el armario... Se acercó a la ventana y, bruscamente, descorrió la cortina... ¡Estaba descubierto!

—¡Arriba las manos! — gritó, apuntándome con el revólver.

Obedecí. El me preguntó.

—¿Qué hace usted ahí?

¿Qué podía responderle? ¿Cómo convencer a aquel hombre de que yo no tenía culpa alguna en la trampa que le habían tendido?

—Es un malentendido — dije con los brazos en alto. — Permítame que le explique...

—¡Un malentendido! — repitió Wonder con una mueca. — Usted es sencillamente el cómplice de la condesa Mandezza... Voy a registrarle... y si usted hace el menor movimiento, lo mato.

—¡Calma, calma!... — repliqué. —Regístreme. Así se convencerá de mi inocencia.

El enfiló la mano izquierda en mi bolsillo.

—Le aseguro que se engaña—repetí.

Había hundido la mano en el bolsillo exterior de mi saco. De pronto, me apuntó con el revólver a la altura del estómago y murmuró entre dientes:

—¿Y esto?...

Delante de mí, de la extremidad de los dedos de Wonder, pendía el collar, el mismo collar que cinco minutos antes yo había visto en las manos de la señora vestida de azul... Me sentí aniquilado.

Reggie Wonder examinó rápidamente la joya bajo la lámpara. La depositó en el estuche y, sin dejar de amenazarme con el arma, telefoneó:

—¡Hola!... ¡Portero!... Suba en seguida con el agente de guardia. Estoy en la habitación número 87, con un ladrón... ¡Pronto!

Pocos instantes después resonaban algunos pasos en el pasillo. El portero y el detective irrumpieron la estancia. Wonder me señaló con el dedo.

—Ese individuo estaba escondido detrás de la cortina. Ha intentado robarme este collar de perlas con la complicidad de la condesa Mandezza... Advierta a la policía.

El portero me reconoció.

—Es el viajero del número 89.

Luego, volviéndose hacia Reggie, agregó:

—Señor, es más de medianoche. A esta hora no hay nadie en la comisaría.

Mientras ellos discutían, yo les escuchaba como alelado. Estaba estupefacto. Me sentía sin fuerza frente al hecho innegable de que Wonder había encontrado el collar en mis bolsillos. De pronto, volvió a repiquetear la campanilla del teléfono.

El actor corrió al aparato.

—¡Hola!..: ¿Con quién hablo?... ¿Es usted, Maud?... Sí; estoy todavía aquí... Suba al 87; al cuarto de la condesa Mandezza; aquí le diré la causa de mi retardo.

Algunos minutos después apareció Maud Morney. Me miró sin comprender y sin reconocerme. Reggie le explicó la situación.

—¿Dónde está el collar? — dijo la actriz, apenas su amigo hubo terminado de hablar.

—Aquí lo tiene.

Maud Morney abrió el estuche y miró las perlas. Se acercó a la lámpara y las examinó mejor. Un grito de estupor se escapó de sus labios. Se volvió hacia mí palidísima.

—¡Este no es mi collar! Es una imitación sin ningún valor... ¿Dónde está el mío?

Wonder me miró estupefacto. Yo lo miré a mi vez, sin comprender. Entonces, con acento de sinceridad, declaré:

—Escúcheme, señorita: todo cuanto puedo decir es que no soy un ladrón. Esa señora vestida de azul, de la cual ignoraba el nombre hasta hace diez minutos, me ha invitado a visitarla aquí... Luego ha sido anunciado el señor Wonder... ¿Me habrá escondido por pudor?... Es probable... De cualquier modo, si su collar ha desaparecido, no he sido yo quien lo ha arrebatado, sino ella... Por lo demás, permítame que le entregue mi tarjeta.

Reggie había dejado el revólver sobre la mesa. Leyó en alta voz el pedacito de cartulina: *Andrés Lecharmont. Agregado a la embajada de Francia en Wáshington.*

Maud Morney gritó:

—¿Es usted el señor Lecharmont, a quien encontré el viernes por la noche en casa de Freddy Collins?

—El mismo, señorita... Soy agregado a la embajada de Francia en Wáshington... Espero que se dignará usted creer que no es robando perlas cómo se representa a una nación.

La señorita Morney y Reggie Wonder estaban ya persuadidos. Me pidieron disculpas por haber sospechado de mí. De pronto, el joven actor gritó:

—¡Oh, Maud!... Hemos perdido un tiempo precioso acusando al señor Lecharmont. Sería mejor averiguar adónde ha ido a parar la condesa.

Interrogamos al portero.

—La señora del 87 ha salido hace aproximadamente un cuarto de hora.

—No puede haberse ausentado de Palm Beach. El último tren parte a las veintitrés y cuarenta, según indica el horario.

—Perdonen ustedes — intervino el detective del hotel. — Yo la he visto en la explanada cuando subía en un automóvil que estaba allí parado alrededor de media hora. Ahora está ya lejos.

Reggie despidió al portero y rogó al detective que pusiera manos a la obra inmediatamente. Quedamos los tres en la habitación. Maud Morney estaba consternada. Le narré mi aventura.

—¿Pero, entonces, qué objeto tiene el collar falso? — inquirió Reggie perplejo.

—Le diré mi opinión— respondí. Empujándome hacia la ventana, ella ha introducido hábilmente en mi bolsillo el collar falso... La idea no era tan mala. La condesa Mandezza preveía que usted habría descubierto mi escondite y que, encontrando en mi bolsillo la joya desaparecida, me habría acusado de robo. Así, mientras mi arresto suspendía las averiguaciones, ella podía ganar veinticuatro horas, antes de que se descubriera la verdad, y huiría con mayor facilidad... Pero, afortunadamente, la señorita Morney se ha dado cuenta en seguida de la estratagema.

No hay tales carneros

La frase de "no hay tales carneros", que se emplea frecuentemente, es conocida de todos. Lo que desconocen muchos es su origen.

El famoso autor español, Ramos Carrión, había escrito su primera obra, que era un sainete en un acto. Se lo entregó al actor Mario para que lo leyera y viera si podía representarse. Mario no lo leyó siquiera, por lo cual todos los días empleaba una disculpa. Un día le dijo que la obra estaba bien, pero que no podía representarse si no se modificaba una escena.

Ramos Carrión, que se daba perfecta cuenta de que la obra no había sido leída, preguntó a Mario:

—Esa escena que hay que corregir, ¿es la que se refiere a los carneros?

—Sí,—replicó el interpelado.—Esa, precisamente.

—Pues sepa usted—dijo Ramos Carrión,—que no hay tales carneros.

A Mario le hizo gracia la cosa, y el sainete se estrenó pronto y con éxito.

E. KISS.

El enigma de los peces luminosos

Hace poco tiempo una expedición científica ha realizado exploraciones en el Mar de los Sargazos, a bordo del vapor "Acturus". Como es sabido, el mencionado mar se extiende entre las islas del Cabo Verde — una de las etapas de los aviadores del "Plus Ultra" — y las Antillas. El propósito de los exploradores era el de estudiar la vida de los peces que existen en dicho mar, y su resultado, a juzgar por los informes facilitados, son bien interesantes:

El "Acturus" acaba de regresar a Nueva York, y el director de la expedición, el señor Beebe, ha dado ya la primera conferencia, que ha producido gran impresión entre los hombres de ciencia y los profanos. Los estudios del sabio oceanógrafo han sido escalonados: desde la superficie del mar hasta profundidades casi inconcebibles.

Entre tanto y tan fantástico animal como ha encontrado el señor Beebe, el que más ha llamado la atención ha sido un "insecto marino", llamado el "halo bato", a quien la Naturaleza condenó al nacer a la vida más triste. Su número es tan enorme, que escapa a todo cálculo. Tan raro animal vive a flor de agua, sostenido por la "tensión superficial". Basta que le caiga una sola gota de líquido en el lomo, para que perezca inmediatamente. Pero el milagro que la ciencia no ha podido aclarar, es cómo este insecto soporta la lluvia sin morir y puede hacer la postura de sus huevos sin que éstos sean pasto de otros animales. Tampoco se ha podido aclarar por qué para un animal acuático el agua es un medio mortal.

Un pescado al cual no se ha dado nombre todavía, pero al que es probable que se llame "pez-alabastro" es otro de los seres más atrayentes. Su boca es de dimensión tan enorme, que casi iguala a la totalidad de su cuerpo, en tanto que su estómago es tan transparente como una retorta de cristal. Lo que sucede dentro de ese órgano es visible perfectamente a la simple vista. Y, así, cuando el pez-alabastro toma una víctima, se ve a ésta debatirse dentro del estómago del captor, de la misma manera que una mariposa que cayera dentro de una campana de cristal.

Los gusanos voladores constituyen otro de los asombrosos descubrimientos del doctor Beebe. Estos pequeños animales azulados, no vuelan materialmente a través del aire, pues desde hace muchísimos miles de años han perdido sus alas; pero, en cambio, sus aletas natatorias laterales se han desarrollado tanto, que les permite volar a ras de la superficie del mar.

En el mar es donde está la más intensa lucha por la existencia. En ninguno de los otros elementos se cumple con mayor ferocidad el principio de que, para vivir, es necesario que unos devoren a los otros, de la manera más material que sea dable. Y así, el gusano volador escapa volando de un enemigo que lo ataca, para, probablemente, al descender, ir a parar a la boca de otro que lo recibe como una verdadera vianda caída del cielo.

La mayoría de los peces que habitan a grandes profundidades, son tan luminosos como una bombilla eléctrica. Si los hombres de ciencia pudieran descubrir el mecanismo de las plantas eléctricas de estos peces, es seguro que nuestro actual sistema de alumbrado eléctrico quedaría inmediatamente relegado al olvido.

Sólo el tres por ciento de la electricidad que corre a través de una ampolleta se convierte en luz; el resto es calor. Y, sin embargo, hay centenares de miles de estos animales que están alumbrados como una tea y son ¡más fríos que el hielo!

Estudios pacienzudos han sido hechos por los científicos de la expedición sobre animales tan raros y sus sistemas de alumbrado. Los hay que tienen dos faros poderosísimos como reflectores de automóvil: otros que están alumbrados parcialmente como transatlánticos; otros que sólo llevan luz en ciertas partes del cuerpo y otros que no tienen luminosa sino la boca cuando la abren. "Hay un animal, del cual acompaño un ejemplar, dice el informe, que emite luz por cada poro de su cuerpo". Son tan diferentes los sistemas de alumbrado que sería imposible catalogarlos, pero en el concepto de la comisión, hasta el momento, se han comprobado unos 5.000 sistemas diferentes de luminiscencia.

Cuando estos pescados son traídos a la superficie, parece que vinieran esmaltados por záfiros y esmeraldas, produciendo la impresión de una joya dentro de un escaparate; tanta es la luz que irradian.

Pero al contacto del aire, el gas que ha estado en solución en la sangre, escapa, la gran presión disminuye, el pez muere y, lentamente, desaparece su deslumbrante luminosidad.

El doctor Segal, químicofísico de la expedición, ha destrozado centenares de peces para estudiar su sistema de alumbrado. Este está compuesto de baterías autónomas, que, aunque de vida independiente, cada una está perfectamente controlada por el animal. Son pequeños bolsones de una materia aisladora, dentro de los cuales se encuentra lo que podríamos llamar el dínamo. Y están tan bien regulados, que la luz puede encenderse, apagarse o atenuarse, según sea el deseo de la criatura.

Hay un pececillo que es una maravilla de colores; un perfecto arco iris marino. Cuando está encendido no deja de producir un sentimiento de estupor en quien lo contempla. Debido a su pintoresco alumbrado se le ha llamado "El Idolo Morisco". Cada una de las partes de su cuerpo tiene un color diferente, desde el anaranjado pálido, hasta el azul subido; pero, aunque su repertorio de luces está limitado, no lo está, en cambio, el sitio; pues donde ahora está alumbrado de amarillo, luego puede estar alumbrado de escarlata. Pescados varios ejemplares, fueron sometidos a la más escrupulosa investigación. Su sistema eléctrico es complicadísimo, habiéndose comprobado que está lleno de "derivaciones" y "conmutadores" que terminan todos en unos ganglios gelatinosos de una materia, aparentemente más aisladora que el propio caucho, y su sistema óseo es tan vidrioso, que parece de loza o cristal.

¿Qué sabe usted de esto?

¿SABE USTED *que el intenso calor de la manteca o aceite en la sartén intensifica el sabor?*

Por este motivo *el freído es una manera excelente de preparar alimentos de sabor poco pronunciado, como la patata, por ejemplo.*

¿SABE USTED *que las grasas "se dividen" cuando se calientan con exceso y forman sustancias que pueden perjudicar seriamente la digestión?*

Por este motivo *debe reducirse el fuego cuando el aceite o la manteca empiezan a humear.*

¿SABE USTED *que algunas sustancias grasas resisten mayor temperatura que otras antes de humear y "dividirse"?*

Por este motivo *conviene usar para freír aquellas de las sustancias grasas que resistan más elevada temperatura.*

¿SABE USTED *que es conveniente que la manteca o aceite en que se va a freír un alimento esté bastante caliente para que inmediatamente lo dore o cubra con una corteza?*

Por este motivo *los alimentos fritos a una temperatura adecuada, no se saturan de aceite o manteca.*

¿SABE USTED *que las burbujas que algunas veces se observan en la sartén son debidas a que la manteca o aceite contienen agua, pues estas sustancias, por sí solas nunca hierven?*

Por este motivo *el aceite o manteca que burbujee no está nunca suficientemente caliente para freír, pues el agua sólo resiste una temperatura de 100°, mientras que para freír con bastante manteca, por ejemplo, se debe llegar a una temperatura de 180° a 200°.*

¿SABE USTED *que la temperatura del aceite o la manteca en la sartén basta para evaporar el agua rápidamente?*

Por este motivo, *los alimentos que se echan en la sartén chisporrotean hasta que la humedad en su superficie se ha evaporado.*

¿SABE USTED *que el aceite o la manteca recalentada pierde gradualmente la capacidad de resistir temperaturas elevadas sin quemarse?*

Por este motivo, *cuando el aceite o la manteca se han usado muchas veces, conviene tirarlos. Claro es que pueden emplearse muchas veces antes de que sea necesario hacer esto.*

¿SABE USTED *que el calor del aceite o la manteca, al terminar de freír, basta para disolver la soldadura de las latas y agrietar el barro cocido?*

Por este motivo *deben dejarse enfriar en la sartén antes de colarlos.*

Curiosa costumbre serbia

Cerca de Belgrado, hay una selva sagrada, cuyos grandes árboles, en virtud de una tradición muy antigua, los naturales del país, en muchas leguas a la redonda, atribuyen propiedades curativas.

Cuando algún enfermo, hombre o mujer, llega a mostrarse rebelde a todos los remedios de la medicina casera, que es la única, puede decirse, que se practica en aquellos países poco progresistas, los parientes lo llevan al bosque sagrado, lo colocan a la sombra de los árboles y permanecen con el agonizante, quemando cirios constantemente, hasta que éste reacciona y vuelve a la salud, o hasta que muere.

La influencia mágica de la selva podrá ser discutible, así como la de los cirios y las santas imágenes colgadas sobre la cabeza o sobre los pies de los enfermos; pero lo que no puede ser puesto en duda es que en ella se curan muchos deshauciados; lo que se explica, tal vez, por el aire fuertemente oxigenado que se respira allí.

Una raza desaparecida que se elevó mientras Roma declinaba

En el año 68 de nuestra era se suicidó el emperador Nerón, odiado, más que temido, por los ciudadanos de Roma. Las legiones de Galba, procedentes de España, tomaron la ciudad llevando en litera a su general, ya muy viejo y achacoso. En el espacio de dos años, Roma tuvo cuatro emperadores. La ciudad imperial había mantenido su poder durante siglos, pero la hora de su decadencia había llegado.

En el año 69, precisamente un año después de que Nerón había perdido el poder y la vida, un grupo de americanos, bajo la dirección de un núcleo de inteligentes sacerdotes, elevaron un monumento en un lugar donde hoy se halla Guatemala, situado en los confines meridionales de Méjico.

En dicho monumento esculpieron una fecha que señala los albores de un gran pueblo cuyo nombre, igual que el de sus sobrevivientes, es conocido por los Mayas.

Roma se eclipsó en la época en que ellos se elevaban hacia el cénit de su esplendor. Puede decirse que ambos tuvieron y vivieron un mundo aparte, pues está comprobado que jamás supieron su recíproca existencia. No obstante, si el destino los hubiera puesto en contacto, Roma habría podido aprender del Imperio Americano no menos de lo que ella pudiera haberle enseñado.

Los arqueólogos van descubriendo poco a poco los restos fragmentarios de las ciencias y artes mayas y puede asegurarse que no se trata de un pueblo salvaje. Hay indicios de que vivieron a la altura de los europeos de su tiempo y, en ciertas ramas del saber, eran evidentemente superiores a éstos.

En astronomía, por ejemplo, los mayas estaban más adelantados que los romanos. En matemáticas y sistema de numeración eran incomparablemente superiores y los mayas poseían un calendario más adecuado y exacto. La agricultura maya era, sin duda, la mejor que existía en el mundo, en aquella época.

Su escritura era buena, aunque un poco confusa; en esto los aventajaban los romanos, así como en ingeniería y arquitectura.

En medicina podemos asegurar que ambos pueblos padecieron la era de la medicina mágica; romanos y mayas tuvieron los peores doctores posibles.

Los mayas tuvieron la histórica desgracia de no dejar libros, o, más exactamente, dejaron solamente tres, los cuales no han podido ser leídos enteramente todavía. Indudablemente, en el viejo imperio maya existieron libros. Es incuestionablemente evidente que los hechos históricos y de otra naturaleza, así como el caudal de conocimientos de los sacerdotes y hombres de ciencia, se conservaban escritos, transmitiéndose así de generación en generación.

A semejanza de lo que hacían los antiguos pueblos, incluso el romano, el conocimiento de los escritos mayas jamás fué dado a conocer al público. La facultad o habilidad de leer y escribir, era cuidadosamente reservada como propiedad de la "intelectual minoría".

Alrededor del año 600, en la época del papa Gregorio el Grande y cuando Mahoma estaba señalando, con su nueva religión, el ocaso del viejo mundo, una misteriosa desgracia sobrevino a los mayas. Su prosperidad declinó y si bien tuvieron alternativas felices, no pudieron alcanzar de nuevo su antiguo esplendor.

Cuando los españoles entraron en el imperio maya en el año 1519— que significaba el primer contacto de la cultura maya con la europea —la grandeza del imperio y de su pueblo ya se había extinguido. Los grandes templos y monasterios estaban abandonados y muchos de los conocimientos científicos de sus primeros y felices días, habían sido olvidados.

No obstante, de algunos viejos libros quedaron esparcidas copias entre romanos y griegos, trabajos que se han salvado en Europa de las oscuras edades. También sobrevivieron algunos hombres viejos, sacerdotes e hijos de sacerdotes, que conservaron los conocimientos necesarios para leer dichos libros y poder descifrar millares de inscripciones esculpidas en los muros de los antiguos edificios y fachadas de los monumentos.

Kaupen tenía diez amantes. Y para mantenerlas cometió diez y siete asesinatos y doscientos robos

El famoso bandido Kaupen, terror de los campos curlandeses, ha sido detenido por la policía en Mitau.

Kaupen ha dicho que en menos de dos años ha cometido 17 asesinatos.

Además, hirió gravemente a otras seis personas.

Es hombre de gran fuerza física y declaró con orgullo que jamás entraba en las casas para robar, sino que esperaba a las gentes en los caminos y cara a cara exigía que le entregran lo que llevaban.

Los robados violentamente por Kaupen pasan de doscientos.

Los magistrados de Curlandia, han sabido ahora con terror, que Kaupen ha sido causa de dos graves errores judiciales.

El año pasado los tribunales condenaron a muerte e hicieron ejecutar a un hombre como culpable de un crimen cometido, en realidad, por el terrible bandido. A consecuencia de un error análogo otra persona ha sido condenada recientemente a cadena perpetua.

Si Kaupen ha podido durante dos años burlar la policía de Curlandia, ha sido porque tenía en diez poblaciones diferentes diez amantes, a las que mantenía y regalaba con generosidad, y que eran las que le ocultaban cuando estaba a punto de caer preso.

Además, ahora se ha sabido que un policía, a quien pasaba un sueldo mensual, estaba encargado de avisarle de cuanto hacía la policía para detenerle.

El traidor agente ha sido encarcelado también.

Kaupen dijo cuando le encerraban el calabozo:

—Robaba todos los días; pero siempre me faltaba dinero para mis amantes. Diez mujeres cuestan muy caras. ¡Son demasiadas para un pobrecito bandido!

El libro mayor del mundo

En el año de 1403, Yung Lo, emperador de la China, ordenó que se recopilase en un simple trabajo todo lo que se había escrito acerca de la doctrina de Confucio, junto con un estudio de su vida y toda materia relacionada de cualquier modo con el maestro y su filosofía. Para realizarlo se reunieron 2.141 estudiantes, 20 subdirectores, cinco directores y tres inspectores.

Interesante fué la vida de Confucio, cuyo verdadero nombre era Kong-fu-Tsen, nacido en Chanpping, trescientos cincuenta y nueve años antes de nuestra Era, por lo que la comisión tuvo que trabajar de firme. Sobre todo cuando tuvo que llenar la laguna existente en la vida del filósofo, laguna que se extiende a todo el tiempo que el autor de "Chi-Kink" estuvo ausente de su población habitual predicando por los pueblos más remotos del Imperio, en los que era tenido por loco.

El trabajo duró cinco años, y una vez terminado, constaba de 22.877 secciones, encerradas dentro de once mil volúmenes. Como los gastos de impresión eran demasiado caros se hicieron sólo dos copias alrededor del año 1567. El original y una de las copias fueron destruídos en 1644 al caer las dinastías Ming. La otra copia, excepto cinco volúmenes, fueron destruídos en una revolución, desapareciendo de esta forma una de las más preciadas joyas de la literatura filosófica, legados por el genio de Oriente.

El ajo en terapéutica

Gracias a los trabajos de Loeper, el ajo va entrando en terapéutica como antiséptico pulmonar. (Desde más de 20 años, Zoia ha efectuado un estudio metódico de la acción del ajo sobre las formas pulmonares y especialmente sobre la tuberculosis). Loeper y su escuela han además demostrado la acción hipotensiva del ajo, acción que se manifiesta especialmente en los casos de hipertensión. La mejor preparación galénica es el alcoholato al décimo preparado con la planta fresca; cincuenta gotas representan un gramo. Como medicación pulmonar se suministra a la dosis de XXX-L gotas por día durante 8-10 días. Como medicación hipotensora se dan XX-XXX gotas por día durante tres días; después de un corto intervalo se puede tomar nuevamente. Se toman las gotas en agua o vino o leche azucarada, antes o durante las comidas.

F.

Lo que se tardaria en contar un billón

Muchas veces se nombra y se escribe este número, y tal vez pocas se haya formado idea de su magnitud.

Para mejor comprensión, veamos el resultado del siguiente razonamiento:

Supongamos que una persona en un minuto puede contar buenamente hasta 100.

En una hora contaría 60 por 100: 6.000.

Y al día, 6.000 por 24: 144.000.

Si en un día podemos contar 144.000, para contar un billón se necesitarán 6.944.444 días.

Estos días, reducidos a años, son 10.025 años, 10 meses y 19 días.

De modo que si Adán, nuestro primer padre, que hace cerca de 6.000 años fué formado por Dios en el campo Damasceno, hubiese empezado a contar y viviese hoy día, aun contando día y noche, estaría a poco más de la mitad de su tarea.

De los milagros modernos

Briez, el que ha dado su sangre ochenta y siete veces

Y ha salvado a cincuenta personas.

Hace unos días tuvo el atrevimiento de titularse campeón de los hombres que dan su sangre para los otros, un "maitre d'Hotel" de Tours, que había prestado la suya seis veces para otros tantos enfermos.

Ya está bien este rasgo de generosidad; pero no hay que exagerar ni que establecer campeonatos, porque se corre el riesgo de que ocurra lo que al "maitre", y es que hay quien le deja en mantillas.

El hombre de Tours ignora sin duda la existencia de Mr. Raymond Briez, de quien podría decirse que es una fuente de sangre para el servicio público.

Tiene en su hoja de servicios los más numerosos y los más abnegados que hasta la fecha puede presentar cualquier hombre. Cerca de cien veces ha entregado su sangre a la ciencia para salvar enfermos, para realizar transfusiones, y, según testimonios de los médicos que las han realizado, ha salvado la vida a más de cincuenta personas. Pasa de 22 litros la cantidad de sangre de sus venas que se ha transfundido a las de los enfermos.

Tiene veinticuatro años, y su labor es tanto más de alabar, cuanto que no ha sido premiada ni con cantidades de dinero ni con honores ni felicitaciones oficiales. En cuanto a las primeras, él ha sabido rehusar una fortuna que le ofrecía un cirujano famoso en los Estados Unidos.

Briez (pensarán muchos), será un hombre escuálido, pálido, desmedrado por las frecuentes pérdidas sanguíneas. Y se equivocan: es un hombre fuerte, de color vivo, de éstos que se dice que respiran o venden salud; ancho de espaldas, desarrollado de pecho, y de talla media; usa gafas y una sonrisa placentera pliega constantemente sus labios.

Briez es un optimista; habla de todo menos de sí mismo; evita y rehuye el elogio y la felicitación. Las referencias de sus actos se tienen por sus amigos, que le admiran y le adoran.

Por ellos se sabe que el año 24, Briez hizo conocimiento con el doctor Bécart, especialista en operaciones de transfusión de la sangre. Sus tratos primeros con el mencionado doctor se establecieron sobre esta base:

—Yo tengo mucho gusto — le dijo — en ser el proveedor de sangre de vuestros enfermos. Contad, pues, conmigo para aquellos que vayan a vuestra clínica, sean pobres o sean ricos. Sin embargo, no abuséis de mí para estos últimos, pues prefiero reanimar la vida de las pobres mujeres exangües, de los miserables anémicos. Para esos soy preferentemente, y además para todo lo que usted quiera.

Desde entonces, cada vez que el doctor necesitaba la sangre de Briez acudía a él. Durante la noche muchas veces un automóvil llegaba a Montrouge, donde habita Briez. Era que se moría un enfermo. El hombre generoso se ponía rápidamente a la disposición del doctor.

Una noche, el 29 de abril de este año, se prestó a tres transfusiones en pocas horas. Más de un litro de sangre dió a sus semejantes aquella noche. Al terminar las operaciones estaba fatigado, pero satisfecho. Había salvado la vida a tres personas.

En 1925, en el Congreso de Cirujía, un médico americano que conoció su caso le ofreció 25.000 dólares por ir con él a los Estados Unidos. Ya lo hemos dicho: Briez renunció. Su madre estaba enferma y un pobre diablo tenía la vida pendiente de una serie de transfusiones.

Entre los servicios que recuerdan los amigos de Briez, cuentan la curación de un general, de un cura, de la mujer de un rico venezolano, de una inglesa inmensamente rica, que no le dió un solo franco, lo mismo que un millonario de París, que también correspondió a la generosidad de Briez igual que la inglesa. Cuando él oye contar sus proezas, invariablemente intenta desvalorizarlas, calificándolas de exageraciones.

—Lo que hago yo — dice — lo haría cualquiera en mi caso.

—La prueba de lo que decimos— añaden sus panegiristas — es que por los veintidós litros de sangre que lleva dados ha cobrado tres mil francos. No resulta muy caro el litro de sangre.

Y cuentan que hace muy poco tiempo, un hombre cuyo corazón había cesado de latir, volvió a la vida gracias a la sangre generosa de Briez, que "resucita a los muertos".

A lo que opone Briez:

—No se cansen ustedes. Aquí el admirable es el doctor Bécart.

Las referencias que el ilustre cirujano da de su "proveedor de sangre" son magníficas. Dice de él que apenas sometido a una operación, su sangre se renueva rápidamente, logrando en seguida la intensidad y pureza necesarias.

En cuanto a la transfusión, la considera como una operación muy sencilla, que cualquier médico puede practicar, y que da excelentes resultados. No es la panacea universal; pero evidentemente supera en eficacia a todos los sueros conocidos. Gracias a ella se curan los anémicos, se desintoxican los envenenados y los enfermos soportan operaciones que no resistirían sin un fortalecimiento previo de su organismo.

El doctor se da cuenta de pronto de que está disertando sobre un tema científico, y para evadir la posibilidad de una supuesta pedantería, añade:

—Esta operación no es una cosa nueva, ni mucho menos. Se practicó en el siglo XVI, después de que fué afirmada por Harvey la teoría de la circulación de la sangre.

Yo he leído — añade, — no recuerdo dónde, creo que en Pougens, el relato de una cura milagrosa entonces. Un hombre, víctima de un letargo extraordinario, fué curado por medio de una transfusión de sangre artificial de un cordero.

No está exenta de peligros esta operación, aunque la técnica moderna ha logrado vencerlos, pues los casos de muerte consecutivos a ella fueron tan numerosos en 1668, que el Parlamento de París la prohibió. En el siglo XVIII se volvió a hablar de la transfusión. Cormenin escribía: "El pueblo habría querido dar su sangre para reanimar las venas agotadas de Mirabeau...; pero prudentemente, aquéllo no fué más que palabras".

—Hacia 1865 — prosigue el doctor Bécart — el doctor Roussel hizo experiencias en París y en San Petersburgo. Operó veinte veces con sangre humana, pero sin resultado. Es que el doctor Roussel, como después Guérin y Béhier, no sabían que la sangre extraída a un hombre no se acomodaba necesariamente con la de otros en todos los casos".

Pocos años antes de la guerra, los alemanes dividieron la sangre de los hombres en 24 o 25 categorías. La de un donante de tal categoría podía ser inyectada con provecho a un enfermo que perteneciera a la misma.

De otra manera, la operación no podía intentarse por peligrosa. El proceso de inoculación era muy complicado. Obligaba a una doble operación dolorosa y larga. Sin embargo, la transfusión de la sangre es, según Bécart, de una simplicidad infantil. El ha encontrado el modo de inyectarla pura, sirviéndose de una jeringa cuyos bordes inferiores están protegidos por parafina. La sangre conserva su fluidez, condición esencial para ser transfundida.

El doctor Bécart ha simplificado también la clasificación primera hecha por los alemanes, y ha reducido a cuatro los grupos interesantes.

—Yo opino — termina el doctor Bécart — que Briez, Chique (un donador de sangre que está en la cuarenta transfusión), el doctor Pauchet (que ha dado siete veces la suya), Mollaret (del Hospital Cochin), mademoiselle Hébert (de Lariboisiére), Weitz, Olivier, Razaneou, Schou, Nadggiar, Hesse (de Beaujon), Liége y todos los otros donadores de sangre son personas admirables; pero no han llegado todavía adonde Briez, con el que he hecho ¡ochenta y siete transfusiones de sangre!, resucitando a cincuenta muertos.

Algunos periódicos franceses piden para Briez una recompensa nacional.

AMAR

(GLOSA)

Para FRAY MOCHO.

Te quiero porque eres bella
te quiero porque me quieres,
te quiero porque eres buena,
¿por qué te quiero?...—No sé.

Hay en tu figura fina,
subyugante, misteriosa,
el encanto de una diosa
de la ciudad parisina.
Por tu cabeza divina
se suscita una querella:
la luna contra una estrella
que de oscurecerla trata
para rizarte de plata.
Te quiero porque eres bella.

Si yo te miro, suspiras;
si yo suspiro, me besas;
y si te digo ternezas,
arden tus ojos cual piras.
No te bastaran cien liras
para cantarme que mueres
por ofrendarme placeres,
y que es tan grande tu amor
que no habrá otro mayor:
te quiero porque me quieres.

Para causarme placer,
para mi dolor borrar,
no quieres a otra dejar
lo que tú puedes hacer.
¿Hay acaso otra mujer,
dueña de bondad tan plena
que hasta su amor perdería
por que mi boca sonría?
Te quiero porque eres buena.

Cuando no te conocía,
ni había lazo que uniera
tu quimera y mi quimera,
mi corazón presentía
tu imagen hermosa y pía.
Hoy que tu pecho exploré
y en él todo lo que hallé
a nuestro amor se refiere,
—un amor que nunca muere—
¿por qué te quiero...?—No sé.

RICARDO ESCUDER.

PAPEL Y TINTA

"LOS PAJAROS QUE LLORAN", por Héctor Pedro Blomberg.—Editorial Tor. Buenos Aires, 1926.

Por primera vez, un escritor argentino de las nuevas generaciones, vuelve la mirada a los días que siguieron a la guerra de la Triple Alianza, y pinta, con emoción desgarradora, cuadros de aquel pasado inolvidable.

El autor de "A la deriva" y tantos otros libros celebrados por el público de la América española, ha penetrado en la entraña palpitante de aquellos días, ha evocado en su último libro, la tristeza trágica de un pueblo vencido; puebla los caminos y las selvas con las sombras ardientes de los héroes. Los urutaús de Guido y Spano, "los pájaros que lloran", cantan en las páginas del último libro de Blomberg las "nenias" del pasado de gloria y de sangre, y los sobrevivientes sueñan sus sueños terribles en el silencio de los antiguos campos de batalla.

El escritor argentino, tan argentino que ha iniciado la publicación del cancionero de la montonera y de la tiranía de Rosas, ha recogido con emoción y arte sin igual los episodios olvidados de la guerra del Paraguay, limitándose a reflejar la melancolía mortal de los vencidos, a recordar la hidalguía de las legiones argentinas en las jornadas tremendas, en el amanecer de las batallas, en el crepúsculo de las victorias.

'LOS CONCURSOS LITERARIOS y OTROS ENSAYOS", por Juan Torrendell.

Tema de suma actualidad es el del nuevo volumen de la serie "Exposición y Crítica", que con tanto éxito publica la Editorial Tor. A punto están de formarse los Jurados Municipal y Nacional para conceder los premios a las mejores obras literarias y científicas del año. Como todos los anteriores, los veredictos últimos han sido también discutidos. También lo serán los próximos. Las causas de tan persistentes divergencias están señaladas en el folleto del conocido escritor Juan Torrendell.

Acaso nadie como el mencionado crítico ha podido fijar las deficiencias de lo legislado al respecto, porque Torrendell tiene la experiencia de tres años consecutivos en las discusiones y acuerdos del Jurado Municipal. Sus propias observaciones, agregadas a las de otros escritores atentos, han podido permitirle estudiar el asunto en conjunto y en todos sus detalles y aconsejar un plan de reformas tanto en la Ordenanza como en la Ley y el último decreto del P. E.

Para la fácil comprensión de los lectores, el folleto contiene toda la legislatura correspondiente, ciertas modificaciones proyectadas y algunas opiniones de renombrados escritores.

Otros ensayos del reputado crítico completan las páginas del cuarto volumen de "Exposición y Crítica", ensayos que promueven consideraciones muy importantes para el cultivo y desarrollo de la literatura argentina.

"ROSA CRUZ" (Novela de Ocultismo Iniciático), por el doctor Krumm-Heller (Huriacocha)-Edición Maucci-Barcelona 1926

Hay una famosa obra iniciática, de un clásico célebre (nos referimos a Bulwer Lytton); pero el ambiente en que ella se desenvuelve, es extraño a nuestro público. Era menester otra, que tuviera el mismo valor n su fondo, pero con ideario netamente latino: y esto lo ha logrado, con creces, el autor, en su monumental "Rosa-Cruz".

Dice un célebre escritor ruso, que esta profunda novela, cuando la publicó Krumm-Heller, en alemán, produjo tal expectación, que, a raíz de ella, se lanzaron multitud de folletos y artículos, ya en alabanza, ya en vituperio.

Krumm-Heller, hoy día, la ha mejorado, superándose a sí mismo; porque expone en ella, con suprema e intachable maestría, un verdadero e integral tratado de Iniciación. Es una obra exclusiva para el mundo intelectual. Habla al corazón y al cerebro. Todo aquél que desee orientarse en Teosofía, Espiritismo y Magia moderna, debe leer esta magistral novela de ocultismo iniciático.

A pesar de la forma de novela de que se vale el autor, se ve que son cosas reales, vividas.

ALMANAQUE ILUSTRADO HISPANO-AMERICANO, para 1927.

La casa Editorial Maucci, de Barcelona, ha publicado el tomo 18, correspondiente al año 1927, de ésta veterana publicación.

Cuanto puede apetecer el lector más exigente, lo encontrará de seguro en esta bella obra, que contiene grabados escogidos con perspicaz espíritu crítico y con aficiones periodísticas muy relevantes, ya que se da a la información y al comentario, pinceladas con mucha moderación, para que el conjunto del cuadro gráfico y literario sea grato al deleite de la vista y del buen gusto.

Atractivo, ameno, educador y evocador, el "Almanaque Hispano Americano", que tan acertadamente dirige José Brissa, merece el cálido aplauso de los que en las cosas más corrientes saben apreciar las condiciones artísticas de toda buena iniciativa editorial.

En el nuevo volumen puede advertirse el afán creciente de mejorar esta publicación, pues su contenido sobrepasa en interés y amenidad a los de los anteriores años. Las mejores firmas de la literatura española y americana han colaborado, con bonitos cuentos y escogidas poesías, en las páginas de este libro. Su información gráfica, así como sus secciones de pasatiempos, máximas, anécdotas, chistes, humorismos, etc., han sido cuidadosamente seleccionadas, componiendo un conjunto variado de lo más entretenido para toda clase de lectores.

Además, el director de este popular Almanaque, José Brissa, nos ruega manifestemos a nuestros lectores que queda organizado un *Viaje colectivo*, especial para Hispanoamericanos residentes en la República Argentina, Perú, Bolivia, Uruguay, Paraguay, Brasil, etc.

Así, pues, los lectores del Almanaque de 1927, podrán beneficiarse con las ventajas que ofrecerá para el viaje a España un hermoso buque de turismo que estará a disposición de los pasajeros, en el puerto de Buenos Aires, en la fecha que indica el Almanaque de referencia.

NOTICIAS LITERARIAS

E. M. S. Danero.—

Lista su novela "Alma en los labios", está escribiendo un prólogo en el que fustiga enérgicamente a la crítica argentina.

Acaba de asegurarse la vida contra accidentes... literarios.

Teresa R. Grossi.—

Desde las Sierras de Córdoba, ha enviado a la Editorial Tor, los originales de su nuevo libro "Desde lo más profundo", que bien difundido ha de causar sensación.

Fernán Félix de Amador.—

Ya está corrigiendo las primeras pruebas de su libro "El cántaro y el alfarero", que con originales de Franco, tiene en prensa la Editorial Tor.

Pedro Sondereguer.—

Publicará en la serie de "Exposición y Crítica", que con tanto éxito vende la Editorial Tor, su hermoso libro, agotado hace años, titulado "Los Fragmentarios".

Alfredo D. Bufano.—

La Editorial Tor, tiene en prensa el último libro de poesías de este popular escritor: "Tierra de Huarpes", que imprimirá con el lujo acostumbrado.

José Hernán Figueroa.—

Reunirá en un volumen de doscientas páginas, una selección de cuentos con el título de "El Escuadrón de los Escopeteros", y lo publicará la Editorial Tor.

Fausto Burgos.—

Vuelve a la lucha después de su gran viaje al Perú. Tiene ya listos los originales de dos tomos de cuentos de la Puna: "La sonrisa de Puca-Puca", y "Coca, chicha y alcohol", el primero de los cuales aparecerá en seguida.

Carlos Gomes Iparraguirre.—

Dedica toda su atención a la Revista Azul, de interesantes actualidades platenses. Prepara los originales de un nuevo libro de cuentos cuyo título aparece aún ignorado.

Julio Ramón Ruiz.—

"Abrojos" se titula la hermosa colección de poesías que servirán de presentación en el mundo literario a este joven escritor, que en breve ha de probar los elogios o los palos de la crítica argentina.

PECADO

Por María Efoelc

"Nada hay más útil para la patria, como una madre".

Tuve una amiga a la que mi familia no me permitía visitar, no sé por qué. Pero como tengo espíritu de investigación y algo de curiosidad, quise averiguar la causa de aquello que se me prohibía. ¡Al fin, hija de Eva!

Siempre que podía, hacía una escapadita y la iba a ver. Así llegué a conocerla a fondo, y apreciarla como una santa mujer, comprobando que los míos, eran muy injustos con ella, al pretender privarme de su amistad.

Se llamaba Carolina y fué condiscípula mía. Huérfana desde muy niña, quedó a cargo de una tía materna, viuda rica y sin hijos. A los ocho días de fallecer su madre, Carolina fué internada por su tía en un colegio de religiosas. Sólo tenía un mes de licencia durante las vacaciones y todo el resto del año lo pasaba allí encerrada la pobre criatura, sin ver más que, de tarde en tarde, a alguna parienta lejana que se dignaba irla a acompañar un ratito. La tía era una anciana ridícula, con ideas "antidiluvianas". Entre las beatas y ella atrofiaron en Carolina toda coquetería de mujer. ¡Hablar de novios, era pecado! ¡Mirar a los hombres cara a cara, pasaporte seguro para el infierno! Así llegó la chica a los quinces años con los ojos vendados, con lo cual se cometía un atropello contra las leyes de la naturaleza. A dicha edad la tía retiró a la joven del colegio para iniciarla en la *vida social*. La vestía siempre de mamarracho, con telas muy resistentes, que duraran una eternidad, zapatos de suela gruesa, horma ancha y sin taco; en fin, que parecía un judas de carnaval. Sólo visitaban las relaciones de la anciana, viejas todas de creencias "apolilladas".

La joven ignoraba lo que eran teatros, bailes, etc., y pasaba sus años floridos marchitándose entre el benjuí y el pebetero místico.

Pero un día falleció, por fin, la viejecita, y Carolina fué nombrada única y universal heredera de todos sus bienes. Poco tiempo después, la casa de mi amiga cambió de aspecto. Se reunían en ella sus condiscípulas y amigas, convirtiéndose en un punto de amable reunión social. La dueña de casa desempeñaba su papel con tino y elegante soltura, tanto en su vestir como en su porte, aunque esto no llegaba a menguar en nada su fealdad física.

Jamás hombre alguno habíala cortejado. Sus oídos nunca oyeron una palabra que alimentara en su alma una esperanza de amor; pero no por esto dejó de ser una buena mujer. Nunca le conocí un gesto de envidia hacia nadie.

Amaba a los niños, prodigándoles un cariño maternal.

Todas sus amigas éramos ya casadas y madres de familia. Sólo ella permanecía soltera.

Mi hijito Ernesto era uno de sus predilectos; siempre me lo pedía "prestado", llevándoselo a su casa, donde lo colmaba de atenciones y regalías. Al principio mi esposo protestaba, no dejando ir al chicuelo, pero el pequeño lloraba tanto, que consiguió imponer su voluntad, y, logrado el permiso paterno, vivía más en casa de mi amiga que en la nuestra.

Una tarde fuí en busca de mi hijo a lo de Carolina, y no hallándolos en el jardín, donde siempre me solían esperar, entré a la casa, llegando hasta la sala. Allí estaban los dos. Mi amiga sentada en un sillón, junto a la ventana, tenía en brazos a mi niño, profundamente dormido.

La pieza estaba a oscuras, iluminada sólo por la luz del farol de la calle, que daba de lleno en los dos rostros. ¡Qué hermoso cuadro formaban! Despacio me acerqué a ellos y dije:

—Pareces una virgen con el niño Jesús. Si alguien te viera en este instante, tendríamos boda en fija.

—¡Oh, querida, no me digas eso; tú sabes que nadie me quiere!

—¡Ya saltará la liebre, Carolina! — exclamé, y llenándosele los ojos de lágrimas, respondió:

—¡No, nunca! — y soltó el llanto que pugnaba por salir.

—Pero, ¿tú amas a alguien?

—Sí, a Salmén; ¿para qué negarlo? ¡Es tan hermoso!, pero él sólo me trata como a una amiga.

—¿Quieres que haga algo por tí?

—Te ruego, si me estimas, que dejes las cosas como están.

Depositó sobre mi regazo el pequeñito, y dió vuelta a la llave de la luz. ¡Qué desencanto? Estaba horrible. El llanto, que alguien dijo que embellece a la mujer, como el rocío a una flor, la había desfigurado. Tenía los ojos hinchados y la nariz dilatada y punzó. Me dió la sensación de tener por delante a una máscara deforme. Se colocó debajo de la araña y exclamó:

—Mírame bien a la cara y dime si un hombre puede amarme.

Yo no me atreví a responder.

—Contesta — exclamó.

Entonces, haciendo un esfuerzo, repuse:

—¡Ah, Carolina! Si yo fuera hombre, sólo ambicionaría poseer tu corazón.

—¡Oh, mi buena amiga!, pero los hombres no buscan eso y, en parte, tienen razón.

Desde aquel día estrechamos más nuestra amistad; su confesión me enterneció y la quise de verdad.

En una tarde muy fría de invierno, me avisaron por teléfono que Carolina estaba enferma. Fuí a verla, y me extrañó su actitud algo fría. Me hizo sentar junto a ella, en su lecho. Tenía una mirada extraviada; no fijaba con franqueza sus ojos en los míos. ¡Qué rara estaba! Me tomó ambas manos y después de retenerlas un largo rato entrelazadas con las suyas, sin pronunciar palabra, me las besó. Comprendí que algo anormal le acontecía, y le dije cariñosamente:

—Cuéntame, Carolina, qué es lo que te sucede.

—Necesito decirte algo, y no me animo... ¿sabes? Tengo un hombre que me persigue. y aunque él me ofrece su nombre, yo sé que me miente. Si no logro casarme con él, estoy dispuesta a ser suya. Deseo ser madre, y lo seré... Es buen mozo... mi hijito será un querubín, como el tuyo, pero mío... ¡sólo mío!

—Querida, piensa en lo que dices; tú deliras, debes de tener fiebre. ¿Por qué no llamas a un médico?

—¡Egoísta!... Basta; no me reproches. Vete y no vuelvas más a esta casa que, en adelante, ya no será un hogar cristiano... ¡Vete!

La besé con efusión, y en aquel beso iba mi perdón para su próximo pecado. Me retiré en silencio sin atreverme a aconsejarla. Era tan humano su sacrificio; encerraba tanta belleza de alma que comprendí que, en aquel momento, hablar era pecar.

Un año después asistía, en la capilla de las Teresas, a la toma de hábitos de Carolina. Al ver caer a sus pies su hermosa cabellera y el velo de esposa del Señor, lloré amargamente, con lágrimas de arrepentimiento, por no haberle gritado a tiempo:

—¡Anda, mujer, y peca!

El amor y la mujer

El defecto peor de las mujeres es que nos aman aún después de conocernos.—STAHL.

Es el amor lo que inspira las grandes acciones... y lo que impide cumplirlas.—ALEJANDRO DUMAS (hijo).

Cuando una mujer ha sido víctima de un engaño, su desconfianza está siempre en acecho; aun cerrando los ojos no deja de ver.—STAHL.

Una mujer que ama se habitúa a los defectos de su amante. — STENDAHL.

En las primeras pasiones las mujeres aman al amado, y en las otras aman al amor.—LA ROCHEFOUCAULD.

Veinte años de novela hacen de una mujer una ruina; pero veinte años de matrimonio hacen de ella algo así como un edificio público. — WILDE.

FRAY MOCHO
SE PUBLICA LOS MARTES
Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires
De 9 a 12 y de 14 a 18 — U. T. 428, B. Orden
Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre . . „ 5.00	Semestre. . „ 6.00	Semestre. „ „ 4.00
Año. . . . „ 9.00	Año . . . . „ 11.00	Año. . . . „ „ 8.00
N.º suelto. 20 cts.	N.º suelto. . 25 cts.	
N.º atrasado. 40 „	N.º atrasado. 50 „	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

TEATROS

"EL CLUB PUEYRREDON", DE ENRIQUE Y ARMANDO GARCIA VELLOSO, EN EL APOLO

La primera producción firmada por los hermanos García Velloso ha obtenido un éxito halagador, como era de esperar. No constituye esta obra nada extraordinario, ni significa un lauro literario que puedan adjudicarse los autores. Se trata, simplemente, de una pieza entretenida, en la que se explota un asunto folletinesco y hasta inverosimil, pero que da margen para la realización de escenas animadas, presentación de tipos pintorescos e intervención de varios números de canto y baile, que animan la acción en los momentos en que queda suspendida la intriga para prolongar un poco la expectativa del público.

Los azares del juego, el robo de una suma de dinero, la acusación de un inocente, unos amores ilícitos y la oportuna restitución en el momento único en que todo puede quedar arreglado para satisfacción general, son los factores sobre los cuales está montado el argumento de esta pieza, que tiene todas las características de muchas de las producciones de Enrique García Velloso y, sobre todo, la de la vertiginosa sucesión de episodios y el dibujo preciso y eficaz de esos tipos mundanos y calaveras que actúan principalmente en los hipódromos, en las ruletas y en el corazón de las mujeres de virtud frágil. Unido esto a un tango cantado por Corsini, a varios números de danzas españolas por las bailarinas Nury y Albéniz y algunas parodias de cantos regionales argentinos por el trío Gedeón, resulta un conjunto divertido para el público que busca en el teatro por horas un solaz completamente superficial y ajeno a toda emoción superior.

Los elementos de la compañía Arata Morganti, dieron a esta pieza una interpretación ajustada y de efecto, destacándose, además de las primeras figuras que dan nombre al elenco, las actrices Gangloff y Bernal.

El tango "Los ojos de la grela", de Riú y Scatasso, que constituye tal vez la nota de más éxito de la obra, es repetido todas las noches y está llamado a popularizarse en discos, radio, orquestas de café y de cine, organitos de la tarde y silbos de transeuntes vagabundos.

"UNA CARTA BRAVA" GUSTO MUCHO

El popular actor Enrique Muiño efectuó su función de honor en el Buenos Aires, estrenando la pieza del epígrafe, original de los Sres. Carlos P. Cabral y Eugenio Trongé, binomio de autores que ha dado al teatro de género chico varias obras de sostenido éxito. Posiblemente, con esta nueva producción los nombrados escritores han buscado superarse, cuidando el diálogo e ideando bonitas situaciones de seguro efecto sobre el público.

Y cabe reconocer que el esfuerzo de Cabral y Trongé les ha permitido lograr su finalidad, dando al teatro una buena comedia en todo sentido. No hay, en efecto, por más que el cronista se transforme en Argos, ninguna observación que formular, pues, sin tratarse de una pieza de grandes quilates artísticos, se trata de una agradabilísima comedia, simpática, juvenil, llena de gracia ligera y amable.

Los recursos de que se vale un solterón, jugador consuetudinario, para que un compañero de pensión conquiste el corazón de una mujer rica, han sido fraguados con tino y discreta elegancia, y campea en la obra, en todo momento, una ráfaga de juventud y de bonhomía que influye poderosamente sobre el espíritu del público, halagándolo.

"Una carta brava", en tiempos en que el gusto de nuestros auditorios estaba menos estragado, habría sido representada doscientas veces, seguramente, lo cual es un poco difícil en la actualidad.

Muiño, interpretando la figura protagónica, estuvo, en su beneficio, en una de sus mejores noches y la sala del Buenos Aires premió con abundantes aplausos su graciosa labor, haciendo extensiva sus manifestaciones a las actrices Pepita Muñoz, la Conti y Faluggi y a los actores Totón Podestá y Bono.

PAJARO EN EL MARCONI

La compañía de José Gómez viene representando una versión española del drama en cuatro actos, "El cardenal", de Luis V. Parker. En varios escenarios de teatro extranjero se ha dado esa obra, que a nuestro juicio no es para conjuntos nacionales. Empero, cabe afirmar que el empeño de José Gómez es meritorio y digno de ser mencionado.

EL PROGRAMA DEL LICEO

Persiste en el Liceo el éxito de la obra de Julio F. Escobar titulada "Che, prestame la pieza", que va apresuradamente hacia el centenar de representaciones. Numeroso público concurre a esta sala y aplaude la última producción de Escobar, en la que se explota con fortuna un asunto picaresco y divertido. Acompaña en el cartel de la compañía Ruggero-Zárate a la pieza citada, la de Beltrán y Dutra denominada "Allá cerca e'la floresta", que, aunque no se perfiló como un éxito rotundo en la noche del estreno, ganó mucho después de varias representaciones, logrando interesar al auditorio.

BENEFICIO DE CAMILA QUIROGA

La gran actriz celebró, días pasados, su "serata d'onore". Todos los años sirve este acontecimiento de motivo para rendir a la simpática y eximia artista un sentido homenaje de admiración y de cariño. Así ha ocurrido esta vez. La sala del Ateneo estuvo repleta de público y abundaron los aplausos, las flores y toda suerte de obsequios y demostraciones afectuosas de la concurrencia. Fué elegida para este acto, la obra de Paul Geraldy titulada "Robert et Marianne", en versión castellana de primera agua, realizada por René Garzon. La bella obra de Geraldy ha conservado todo su interés en la traducción, constituyendo de por sí, una de las notas más interesantes de la temporada del Ateneo.

OTRO BENEFICIO

Otra artista nacional que goza de muchas simpatías, debió de realizar su beneficio el jueves último en el teatro Smart. Nos referimos a Chela Cordero, primera actriz de la compañía de los hermanos Ratti. En la oportunidad a que aludimos se pensaba estrenar "La ventana milagrosa", pieza en tres cuadros breves de Keller Sarmiento, la que, juntamente con la reposición de "El valor de la vida", de Pedro B. Aquino y varios números de canto a cargo de Gardel y de otros de guitarra por el profesor Segovia, constituían un selecto programa como para que se pusieran de manifiesto el entusiasmo y el afecto del público por la primera actriz del Smart.

MILLONES DE PANTALONES

Continúa arrancando carcajadas estruendosas Parravicini, con la pochade que estrenó últimamente, traducida del francés y adaptada a nuestra escena con el título de "Quien pierde los pantalones, hereda los cien millones". Hay que ir al Argentino para saber lo que es reírse a mandíbula batiente; hay que ver al celebrado bufo dirigiendo un coro de rusos usureros, cantantes improvisados, y hay que contemplarle y oírle tocando el saxofón.

En la puerta del Argentino debía ponerse este letrero: "Aquí se aprende a divertirse".

PROXIMA FIESTA

Anuncia como inminente la compañía del Nacional el estreno del sainete de Vacarezza, "La fiesta de Santa Rosa" que se ha estado ensayando con la meticulosidad de una ópera en el Colón.

Carca le tiene una fe bárbara al autor de "Cuando un pobre se divierte" y espera terminar la temporada con una gran fiesta, celebrando el éxito de la fiesta vacarezziana. Veremos...

PALMADA AL MAYO

El veteranísimo cómico español, ausente hace bastante tiempo de las actividades teatrales porteñas, se dispone a reverdecer sus laureles en la metrópoli donde conquistó tantos.

El 1o. de octubre próximo, salvo imprevistas contingencias, debutará en el Mayo una compañía de género chico español, a cuyo frente lo tendremos a Palmada. Ha de ser bueno el conjunto y el repertorio, porque Palmada siempre hizo bien las cosas y le sobra experiencia.

JOSE BRIEVA

Este conocido y estimado actor se encuentra enfermo de bastante cuidado. Nuestros votos por su restablecimiento, se unen a los que formula toda la familia teatral.

LIO

El popular autor José Antonio Saldías ha retirado del Nacional su repertorio, hecho que es sumamente comentado en las esferas de Talía y que está llamado a provocar un lío de trascendencia.

UNA NUEVA REVISTA

Ya no alegra ni alarma el anuncio de una nueva revista. Se trata de un hecho sin importancia que puede registrarse en un breve comentario, sin temor de caer en injusticia. Todas las revistas son casi iguales dentro del grupo de las representadas en cada teatro, puesto que se ha dado en la costumbre de que acaparen la producción tres o cuatro autores que son proveedores exclusivos de cada sala. La nueva revista es, sin embargo, una nota sorprendente, dado que, por lo general, se cultiva en ellas la nota picaresca y alegre y, en cambio, esta es una revista "de Botta". La devoción en las revistas no se había explotado hasta ahora. Firma, también, "La mejor revista", que es la que nos ocupa, Humberto Cairo.

EN EL SAN MARTIN

"Hay que hacer algo por la revista" y "Viva la República", ocupan el cartel del San Martín con agrado y aplausos del público. La presentación discreta del espectáculo y la variedad de los cuadros que componen estas dos producciones, así como la baratura de los precios, son alicientes que estimulan a la concurrencia para dispensar a este teatro un favor ininterrumpido.

CASAUX TERMINA EL 30

Se anuncia como fecha de término de la temporada que ha venido desarrollando el gran actor Roberto Casaux en el Nuevo, el 30 del actual. El hecho sólo puede explicarse por la mala calidad de las obras que este año fueron escritas para el distinguido artista, a quien sólo por esta circunstancia pudo negarle el público su favor, que le concedió durante muchos años.

SARMIENTO

La compañía nacional que dirige en este teatro don Octavio Palazzolo, ha reprisado con éxito "La pobre gente", de Florencio Sánchez.

GRAND SPLENDID

El acontecimiento de la semana anterior fué el estreno de "El pirata negro", por Douglas Fairbanks y Billie Dove, dos grandes actores del cine. Película de gran espectáculo, fué gustada sin reparos por el público distinguido que se viene congregando en esta regia sala, una de las mejores de la capital.

En la semana próxima, otras notables cintas ofrecerá el cartel de este cinematógrafo lujoso y aristocrático como ninguno.

CAPITOL

En este bonito cine de la calle Santa Fe se exhibirán en estos días hermosas producciones, las que atraerán numeroso público selecto, como de costumbre.

CINE PARC

El programa cinematográfico que se ha preparado para esta semana es de todo punto interesante, constando de estrenos de películas notables en las que actúan prestigiosos artistas del arte mudo. Puede, pues, descontarse el éxito de las funciones.

IMPUGNACIÓN

(Del folleto *"Confiscación impositiva por el impuesto progresivo territorial en la provincia de Buenos Aires. — Su inconstitucionalidad"*, recientemente publicado por la Liga Nacional de Contribuyentes Territoriales).

El impuesto progresivo es inconstitucional, y por consiguiente debe ser impugnado. Para combatirlo, es indispensable que los contribuyentes se persuadan que sin una estrecha unión no puede haber eficacia en la defensa de sus derechos. La acción individual es aleatoria, y su alcance limitado; los casos aislados llevados a los tribunales sientan jurisprudencia, que luego muy pocos aprovechan, y eso, en beneficio propio y exclusivamente individual, como ha ocurrido con la ordenanza municipal de 1922, declarada judicialmente ilegal.

Las administraciones públicas cuentan con la ignorancia del derecho y la apatía general de los contribuyentes, y fuertes de la impunidad que les asegura la falta de sanciones colectivas, no vacilan en burlar el respeto debido a los pronunciamientos de la judicatura, valiéndose de pueriles subterfugios para torcer el sentido de las sentencias, con el restablecimiento de las cargas condenadas por abusivas. El "camouflage" impositivo-fiscal es la más saliente de las habilidades administrativas, y por ese camino todas las audacias son presumibles.

La nueva plaga de los créditos suplementarios ha traído como lógica consecuencia, las crónicas angustias de la Hacienda pública, problema que la facundia de los estadistas desaprensivos resuelve en forma simplista — a déficits progresivos de los presupuestos—aumentos progresivos de los impuestos.

La legislatura de Santa Fe incuba en estos momentos un proyecto que es un nuevo avance en la senda de lo inconstitucional — se propicia allí una ampliación de la ley impositiva por la que se delega en el P. Ejecutivo la facultad de fijar la tasa de la contribución territorial — esto y la dictadura impositiva es exactamente la misma cosa. Consentida tan audaz iniciativa, huelga decir que los demás gobiernos de provincia, en trance de demagogismo, se apresurarían a imitar el proficuo procedimiento lucrativo.

Esto y mucho más veremos si los contribuyentes no deciden a unirse. Mientras permanezcamos aislados y arropados en el mísero poncho del egoísmo individual, seguiremos todos siendo los humildes borregos, incapaces de protestar por el cáustico bleck curativo de la torpe tijera fiscal...

No se puede conservar lo que no se sabe defender y hora es que los contribuyentes hagan uso del derecho de asociación que la ley les acuerda, para detener el avance de las mal llamadas "nuevas normas del derecho", que muchos espíritus encandilados con quiméricos empirismos consideran como la última expresión de la verdad y del progreso social.

Muy cerca de nosotros, en lugar y tiempo, hemos tenido la prueba material del respeto que los grupos de ciudadanos fuertes de la razón y justicia de sus derechos pueden imponer a los gobiernos desorbitados. En junio último, los contribuyentes del comercio, de la industria y los representantes del trabajo en el Brasil, se unieron para protestar contra el abuso de los impuestos ilegales, y la resistencia fué tan considerable, que el Ministro de Hacienda de aquel país se vió obligado a convocar una conferencia de delegados de los contribuyentes, en la que se resolvió la eliminación de todas las disposiciones combatidas, hasta tanto fuese sancionada una nueva ley, encuadrada dentro de la Constitución.

Lo sucedido entre nosotros con el enérgico repudio de la tan inconsulta como famosa ley de jubilaciones, es una manifestación más de lo que puede una voluntad fuerte al servicio de una causa justa.

De un tiempo a esta parte se vienen sucediendo con pasmosa frecuencia un sin fin de legislaciones arbitrarias que la ignorancia, botaratería o mala fe parlamentarias, (y a menudo las tres juntas), copian servilmente a diestra y siniestra, en un desmedido afán de popularidad, o lo que aún es peor, en aras de espúreos fines utilitarios, para honra y provecho de las agencias de colocaciones burocrático-electorales.

Sin contralor ni freno no es aventurado predecir hasta donde llegará la descomposición. ¡La libertad es un prejuicio burgués! según la teología mayoritaria de Lenin, y los prejuicios burgueses deben ceder el paso a las metafísicas ideológicas de los ilusos filántropos modernos.

Pero, entretanto se averigüe si se trata de galgos o se habla de podencos, el norte a seguir para los contribuyentes está claramente demarcado: defender la Constitución y con ella sus legítimos derechos, y es tiempo ya de persuadirse que para lograrlo no deben confiar en la pericia o rectas intenciones del funcionarismo actual, picado de sarampión demagógico, trasunto genuino del sensualismo de banderías o personalismos perniciosos y anacrónicos.

Todo partido político que alcanza el poder, llámese como se llame y sea cual fuere su ostentado programa de gobierno, se convierte automáticamente en un contrario, si no más exactamente en un enemigo nato del capital privado. Esa es la realidad, lo demás son fementidas pirotécnicas de la oratoria proselitista electoral para mistificar incautos, convencer tontos y conseguir el ansiado "quia nominor leo".

Mientras los contribuyentes de la Nación no se aperciban para la defensa, organizándose; a los propietarios de la provincia de Buenos Aires, les incumbe el irrenunciable deber de señalar la ruta, oponiendo su enérgico veto a la consecución de los malones seudocientíficos que se cargan sobre sus patrimonios—hoy es el impuesto progresivo al mayor valor, después al ausentismo, todos ellos con el mismo vicio originario de nulidad, emergente de atropellos a los derechos consagrados por las leyes supremas de la Nación, que no debemos tolerar se sigan violando impunemente y a mansalva, con desmedro del sentimiento nacional y de la tranquilidad social.

Y, si por nuestro respeto a los dictados de nuestro catecismo patrio hemos de ser tildados de retrógrados y reaccionarios, bienvenidos sean esos honoríficos motes que nos permiten recordar a los traidores del pacto ereccional, que nuestra Constitución dice:

QUIERO:

que las contribuciones sean impuestas, *"equitativa y proporcionalmente a la población"*; a la población contribuyente, sin distinción de clases, categorías ni circunstancias, y para el *"bien general del Estado"*, faculto al Congreso para imponerlas *"por tiempo determinado y proporcionalmente iguales"*, pero restrinjo taxativamente su cuantía a las necesidades fiscales y como compensación de los servicios públicos necesarios para asegurar la protección y garantía de las personas y sus bienes y nunca como fuente de lucro para el erario.

Así mismo establezco y mando que *"los principios, garantías y derechos reconocidos"* a los contribuyentes, de la proporcionalidad de los impuestos, y la igualdad ante la ley tributaria *"no pueden ser alterados por las leyes que reglamentan su ejercicio"* en forma que *"las fortunas de los argentinos queden a merced de gobiernos o persona alguna"*, *"actos de esta naturaleza llevan consigo una nulidad insanable y sujetarán a los que los formulen, consientan o firmen a las responsabilidades y pena de los infames traidores a la Patria"*, y por último quiero que se sepa y jamás se olvide, que, porque abomino de la tiranía y para que su tóxica semilla no vuelva a germinar en el suelo argentino, no consiento la dictadura de inescrupulosos o mesiánicos caudillos ni la rebelión de facciosos o grupos prepotentes, y para garantir el fiel cumplimiento del pacto constitutivo, establezco la división de los poderes públicos, vinculándolos estrechamente entre sí por un mismo juramento solemne, que exijo al presidente, vicepresidente, miembros del Congreso y magistrados de la Alta Corte de Justicia, de observar y hacer observar los preceptos ereccionales de la ley suprema de nuestra libérrima patria, que como imperecedero recuerdo de sus rotas cadenas de esclavitud y expoliación, sentó en su trono a la noble "IGUALDAD".

EUGENIO DIAZ VELEZ.

La fuerza de los insectos

El entomólogo inglés Weir, investigando acerca de la fuerza de los insectos, ha llegado a conclusiones que demuestran como éstos son con relación a su tamaño y peso, los que más fuerza desarrollan. Entre los ejemplos que cita se encuentra el de una avispa diminuta, que transportaba fácilmente a una cigarra de gran tamaño.

El autor, en su interesante estudio, nos demuestra hasta qué punto llega la fuerza de los insectos. Especialmente los escarabajos son notables en este respecto. El escarabajo Hércules puede llevar pesos de 5 libras y media sin que la carga le impida los movimientos. Entre los experimentos hechos por Weir se encuentra el de enganchar un escarabajo, que pesaba medio gramo, a una especie de carrito que pesaba 11 gramos y medio. El escarabajo arrastró fácilmente el carrito; se añadieron a éste 13 gramos, e igualmente lo arrastró. Añadidos a este peso otros 20 gramos más, aun pudo el escarabajo dar un tirón del carrito.

En las hormigas también ha hecho interesantísimas observaciones Weir, anotando que algunas de éstas, aun las más pequeñas, transportan a sus depósitos de invierno pajas y granzones de gran tamaño, que no arrastran, sino que llevan al aire. Entre los ejemplos que cita está el de una pareja de hormigas, que afanosamente intentaba transportar una espiga enorme; pesadas las hormigas se vió que entre las dos no pesaban ni lo que uno de los múltiples granos de la espiga.

En el salto también se distinguen notablemente los insectos, alguno de los cuales, como la pulga, dan saltos enormes con relación a lo insignificante de su tamaño.

Conocimientos útiles

GRABADO EN COBRE POR ACIDO CROMICO

Se recubre la lámina de cobre con la cera, y se hacen las letras o dibujos como por el procedimiento ordinario del grabado con aguafuerte, y se echa el líquido preparado de la manera siguiente:

Agua caliente.	800	gramos
Bicromato de potasa.	150	„
Acido sulfúrico. . . .	350	„

COMO DAR COLOR AL HORMIGON

Para dar color al hormigón, se mezclan durante el amasado, los colores minerales en proporciones que hay que determinar mediante ensayos previos, y que nunca deben pasar del 10 por 100 en peso, del cemento, si no se quiere disminuir la resistencia de aquél.

Para el azul, claro u oscuro, se emplean el azul de Prusia y el de ultramar. Para el castaño, se emplea el óxido de hierro. Para el amarillo, el ocre amarillo o el óxido de hierro. Para el gris, cantidades pequeñas de negro de manganeso o de negro de humo de Francfort. Para el verde, el ultramar azul verdoso o el óxido verde de cromo. Una mezcla de óxido amarillo y de azul de ultramar también da un verde aceptable. Para el rosa, pequeñas cantidades de óxido rojo de hierro. Para el rojo, el óxido rojo de hierro. Para tonos pizarreños, desde los más claros hasta el azul oscuro, el negro de manganeso o el negro de humo de Francfort. Para el blanco, se emplea cemento blanco con arena también blanca.

COLOR OBTENIDO POR REACCION SOBRE LA MENTA PIPERITA.

Se obtiene en una media hora o una hora, con ácido acético de 10°, mezclado con cerca de 1|20 de su peso de esencia de menta piperita, agitando después la mezcla, un hermoso color azul, cuya intensidad aumenta gradualmente. Mirado al través de la luz, este color tiene el tinte azul más puro; pero si se mira por reflexión, presenta el rojo cinabrio. A poco rato, el color pasa al verde, y después al amarillo, bajo la influencia de la luz.

CONTRA LAS QUEMADURAS

Para mitigar los efectos de las quemaduras y curar las heridas producidas por el escaldado o quemado, el ácido pícrico es muy eficaz. La solución en agua debe aplicarse por medio de vendajes.

MODO DE CONOCER LAS PERLAS LEGITIMAS

Para averiguar si las perlas son falsas, utilícese una solución de yoduro de metilo a la que se añade bromuro de naftalina. Las perlas buenas flotarán en esa solución y las falsas se irán al fondo.

ESCRITURA INVISIBLE

Disolviendo una parte de cloruro de cobalto en veinticuatro partes de agua se obtiene un líquido de color de rosa con el cual se pueden trazar caracteres de escritura casi invisibles.

Para leer lo escrito con el preparado antedicho no hay más que calentar un poco la tarjeta y aparecerá en el acto la escritura en color azul.

TAPONES IMPERMEABLES

El medio mejor para impermeabilizar los tapones de corcho consiste en sumergirlos en una disolución de caucho en cloroformo. Esta disolución se prepara en frío. Luego se dejan secar perfectamente los tapones antes de emplearlos. De esta manera, son impermeables a los ácidos y al alcohol.

COLORACION DEL HIERRO PULIMENTADO

Para dar al hierro pulimentado color azul semejante al del metal templado, se sumergen los objetos en un líquido compuesto de 140 partes de hiposulfito de sosa disuelto en 1.000 partes de agua y 35 partes de acetato de plomo en otras 1.000 de agua, y se pone al fuego la mezcla dejando que se caliente gradualmente hasta el punto de ebullición.

PROCEDIMIENTO PARA FABRICAR HIELO

Colóquese en un recipiente el agua que se quiere congelar (es conveniente que dicho recipiente sea de paredes delgadas), a su alrededor échese una mezcla de ocho partes de sulfato de sosa con 5 partes de ácido clorhídrico. Se obtiene así una temperatura de 15 a 17 grados bajo cero.

LIMPIEZA DE LOS BRONCES

Para limpiar de incrustaciones, pátina mala, etc., la superficie de los bronces puede acudirse a medios mecánicos o químicos. Entre los primeros son los más eficaces el golpear cuidadosamente con un martillo y arrancar con pequeñas herramientas las incrustaciones, demasiado tenazmente adheridas y el procedimiento de Springer, que consiste en embadurnar el bronce con una solución de gelatina espesa y caliente; al enfriarse y secarse, la gelatina se contrae, se resquebraja y salta llevando consigo la mayor parte de las incrustaciones; la parte de gelatina e incrustaciones que no salta, se desprende golpeando muy ligeramente con un martillo. En cuanto a los medios químicos el más inofensivo es el amoníaco, gracias a cuya acción ayudada mediante un cepillo es posible desprender algunas pátinas compuestas por óxidos y cloruros y poco desarrolladas; cuando el amoníaco no basta es preciso acudir al ácido clorhídrico o al sulfúrico diluídos; algunos emplean también el nítrico y el acético, pero éstos son poco recomendables porque atacan también el metal. Después del tratamiento por ácido es necesario lavar el bronce con una lejía muy diluída de sosa cáustica y finalmente con agua abundante a fin de eliminar los últimos restos de ácido que podrían ser causa de una alteración ulterior de la superficie metálica. El procedimiento recomendado por algunos de calentar al rojo los objetos de bronce, debe desecharse en absoluto, ya que además de dar al metal un aspecto desagradable, es expuesto a destruir incrustaciones artísticas de otros metales (oro, plata) o de esmalte, que pudieran existir en el objeto en cuestión.

CONSERVACION DE LAS PIELES

Las pieles se conservan perfectamente durante el verano sacudiéndolas con cuidado y rociándolas en seguida con polvos de pelitre, que son una especie de veneno de los Borgias para toda clase de insectos, especialmente para la polilla. Como no basta haber dado muerte a los que tuvieran ya buscado su refugio entre las pieles, sino que es preciso impedir nuevas intrusiones, se tendrá la precaución de guardar aquéllas en cajas de cartón o madera, tapando con papel de goma hasta las más insignificantes junturas.

LIMPIEZA DE LAS MEDIAS DE SEDA

Para limpiar las medias de seda, enjabónanse primero, y después póngase sobre un lienzo fino extendido en el respaldo de una silla tumbada en el suelo, cúbranse con otro lienzo y póngase bajo el respaldo de la silla un alcanfor, en el que se hará quemar flor de azufre de manera que el humo entre en las medias. En seguida se planchan al revés.

MODO DE HACER DURAR EL CALZADO

Para que el calzado dure mucho es excelente sistema dar a las suelas dos o tres manos de barniz de copal.

El perro anda, en busca de su amo, 4.830 kilómetros

Y LE DAN UNA MEDALLA DE ORO

Algunos periódicos de Nueva York, han dado a conocer un suceso extraordinario, del que el héroe ha sido un perro llamado "Bobbie".

Pertenece éste a Mr. Carlos Alejandro, residente en Silverton (Oregon). Este caballero hizo un viaje con el perro hasta Wolcott, en el nordeste de Indiana, donde lo dejó a personas de su familia.

Algunos días después, Mr. Carlos regresó a la población donde vive, y en la semana siguiente recibió un despacho de su familia de Indiana, participándole la desaparición de "Bobbie".

El antiguo dueño del can se mostró profundamente disgustado por la noticia, y como profesaba gran afecto al animal, desde aquel momento comenzó a practicar pesquisas para conseguir recuperrarlo. A pesar de las investigaciones llevadas a cabo, nadie le comunicó noticia alguna relacionada con el perro perdido.

Cuando Mr. Carlos ya desconfiaba de volver a ver a "Bobbie", éste se presentó en Silverton, al cabo de seis meses. en una situación deplorable y hambriento.

El perro había recorrido la distancia de 4.830 kilómetros que media entre Wolcott y la residencia de su antiguo amo.

Después supo éste que el fiel animal había sido visto por muchas personas que habitaban en las carreteras del trayecto. Gran número de ellas, conocedoras posteriormente de lo acaecido, escribieron a Mr. Carlos manifestándole que su perro se detenía breves instantes delante de todos los edificios que encontraba a su paso y, después de olfatear y gruñir con muestra de profundo dolor, continuaba su camino a trote corto. En algunas de estas casas dieron de comer al pobre animal.

El presidente de la Sociedad Humanitaria de Oregon, coronel E. Hofer, ha concedido una medalla de oro al fiel "Bobbie". Otras regiones han contribuído con medallas y regalos para adornar el collar de oro que ostenta actualmente "Bobbie".

Míster Carlos ha manifestado que su perro está recibiendo más correspondencia que el amo en toda su vida. Las cartas van dirigidas a "Bobbie", el perro maravilloso.

RADIOTELEFONIA



COMO ENTENDER LOS CIRCUITOS DE RADIO

Cuando un aficionado pregunta a otro, o lee en una revista, cuál es el mejor circuito, recibe siempre, como respuesta, unas cuantas líneas, rayas más o menos quebradas y una serie de espirales, las cuales indican la forma de disponer los elementos, pero de una manera diagramática. Es claro que esto es perfectamente legible y explicativo para las personas algo versadas en el arte de la radio, pero es absolutamente imposible de descifrar para el profano.

Sin embargo, ello no es difícil y sólo se necesitan algunas nociones del asunto, para poder descifrar con claridad cualquier diagrama del radio.

Al efecto, vamos a tomar un circuito cualquiera en el cual se han indicado las conexiones necesarias, tanto en la forma del diagrama como en la práctica, es decir, en la forma que se colocan los materiales cuando se construye el receptor.

Debemos hacer notar, de paso, que el citado circuito ha sido colocado únicamente a los fines de la enseñanza, pero si se desea construirlo él da excelentes resultados.

Veamos el diagrama número 1 y en él podemos ver la distinta forma como van colocados los diversos elementos.

Se trata, en este caso, de un receptor portátil, que sólo actúa con antena de cuadro, de manera que, en el diagrama, no entra la forma de indicar la antena aérea, que veremos más tarde. Pero se pueden ver dos terminales, que dicen "cuadro"; esto significa que los dos extremos del cuadro deberán ser colocados en esos puntos, los cuales están indicados prácticamente en el dibujo número 2, por los dos topes marcados 16. Continuando el diagrama vemos dos rayas paralelas, cortadas por una flecha, es la manera de indicar un condensador variable, tal como el indicado en la figura por el número 7; las lámparas se indican en la forma que puede verse y en ella podrá notarse la presencia de tres distintas figuras, una de ellas, en forma quebrada, indica la grilla de la lámpara, la otra, en forma de pequeño rectángulo, la placa, y, finalmente, dos líneas que hacen un ángulo que representan el filamento de la misma. Estos están marcados en la figura por las letras g, p y f

Continuando, es fácil notar dos dibujos en forma de espiral; estas espirales siempre significan bobinas, pero, según sean los agregados que ellas tengan, tiene distinto significado; así, por ejemplo, podemos ver los números 5, 6 y 15, los cuales representan los transformadores de alta frecuencia, los cuales se distinguen de los de baja frecuencia, en la falta de rayas paralelas en el espacio entre las dos bobinas. Esto indica que no hay núcleo de hierro entre ellas, tal como acontece en los transformadores de alta frecuencia, pero si en lugar de carecer de ellos, los transformadores están dotados de los mismos, éstos se indicarán en la forma que puede verse en los números 8, 13 y 11, los cuales representan los transformadores de baja frecuencia y en los cuales aparecen las rayas anteriormente citadas.

Cuando existan el circuito, reostatos o potenciómetros, o cualquier otro elemento que signifique una resistencia, él se indicará por medio de una raya quebrada; pero si éste está construído en forma que la resistencia citada pueda ser variada, se mostrará en la forma que se indica en el número 1, en el cual puede verse la representación de un reostato y potenciómetro combinado, como aparece en la figura práctica 2.

Los condensadores se dividen en fijos y variables, llamando, como es natural, fijos a aquellos que su capacidad es constante, y variables los que pueden regularse de acuerdo con las necesidades. Los condensadores variables se indican, como ya se dijo, de acuerdo con el número 7 de la figura 1, y están representados en el dibujo por el mismo número. Cuando esos condensadores son fijos, se representan también por dos rayas paralelas, pero sin cruzarlas con la flecha, tal como se pueden ver en los números 3 y 17 del diagrama, cuyo aspecto externo puede notarse en el dibujo 2 con los mismos números.

Las baterías, a veces, pueden representarse por medio de rayas gruesas y finas, como puede verse en algunos diagramas, pero en el caso que nos ocupa sólo se indican por medio de los terminales indicados — A -|- B — B -|- B, los cuales significan los A los polos negativo y positivo de la batería de acumuladores y los B los polos positivos y negativos de la batería de placa. Estas baterías es fácil verlas en el dibujo correspondiente.

Los teléfonos y altoparlantes tienen también sus signos convencionales, pero, generalmente, se los indica en los diagramas sólo con dos terminales, en donde se marca que deberá colocarse el teléfono o altoparlante, según sea el uso que desee darse al receptor. En el caso presente, los teléfonos están indicados con el número 2 y en el mismo sitio por el 18, lo que indica que el receptor citado puede utilizarse, tanto con altoparlante como con teléfono.

El receptor a cristal es otro de los elementos de radio, que tiene su signo característico, que fué muy usado, cuando en los comienzos de la radio sólo se conocían receptores de este tipo, pero luego se fué dejando, para limitar su uso solamente a los circuitos reflejos, como es el caso que nos ocupa. Este puede verse en el diagrama donde está indicado con el número 14.

Estos son, en principio, los elementos que pueden encontrarse en los circuitos de radio comunes, de manera que sólo es necesario una pequeña práctica, para poder comprender perfectamente los valores y los signos de los receptores que actualmente están en uso, tanto más que en los últimos tiempos, sólo se han reconocido como eficaces un número muy limitado de circuitos receptores y la explicación de ello no sólo es sencilla, sino que está al alcance de la mayoría de los aficionados de radio.

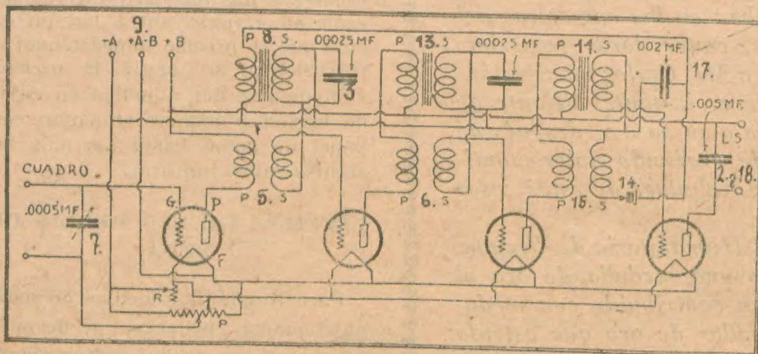


Figura 1.

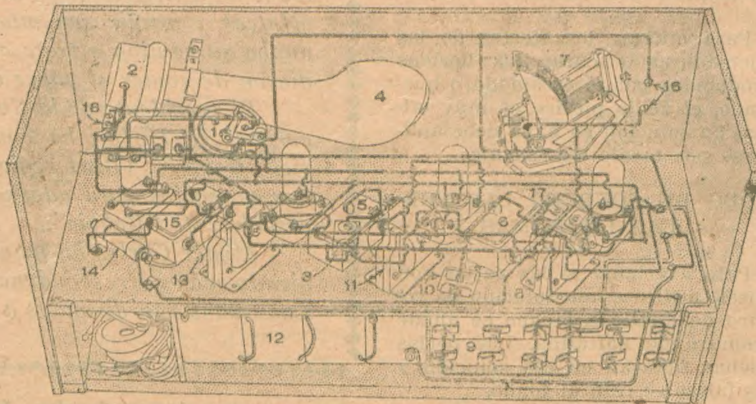


Figura 2.—(1) Potenciómetro y reostato combinado.—(2) Altoparlante.—(3). Condensador fijo.—(4) Bobina.—(5), (6) y (15) Transformadores de radio - frecuencia.—(7) Condensador variable.—(8), (11) y (13) Transformadores de baja frecuencia.—(9) Baterías de placa.—(12) Baterías "A".—(14) Detector cristal.—(16) Bornes del cuadro.—(18) Jack teléfono.



Ultimas creaciones de la moda femenina

Las blusas y sus accesorios.—1. Blusa de tafetán escocés. La cintura tomada de bies, está anudada al costado. La parte inferior de la manga, también va trabajada con bieses.—2. Blusa de crespón Georgette crudo y Georgette marrón, reunidos por unas vainillas. Una cinta de "gros grain" de seda marrón arranca desde la espalda y baja hasta la cintura por encima del hombro, estando terminada por una gran borla de seda. —3. Cuerpo de tafetán flexible orlado con dientes redondos. Una flor estilizada, bordada con seda de varios tonos y un cinturón de cuero barnizado que marca el talle, completan el cuerpo. La bolsa y el sombrero confeccionados con la misma tela.—4. Casaca recta, de marrocain de seda blanca bordada con presillas de seda negra, incrustadas con seda negra. La bolsa y el sombrero hechos con la misma tela.

La Cerveza de Calidad



H. HOPPE

Palermo

TALL. GRAF. A. GARCIA & CÍA. - PATAGONES 2490
INDUSTRIA ARGENTINA